

BASADA EN LOS PERSONAJES DE

PAU FREIXAS

CLAUDIO CERDÁN

ENGÁNCHATE A LA CONTINUACIÓN LITERARIA DE *SÉ QUIÉN ERES*



LA ÚLTIMA PALABRA
DE JUAN ELÍAS

UN *THRILLER* SOBERBIO Y MAGISTRAL QUE NO PODRÁS DEJAR DE LEER

VUELVE JUAN ELÍAS Y NADIE LOGRARÁ DETENERLO



La última palabra de Juan Elías

Pau Freixas
y
Claudio Cerdán



1.ª edición: mayo, 2017

© 2017 by Pau Freixas y Claudio Cerdán

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-737-5

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

1

2

UN DÍA ANTES

3

4

5

6

7

8

9

TRES DÍAS ANTES

10

11

12

CUATRO DÍAS ANTES

13

14

15

SIETE DÍAS ANTES

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

OCHO MESES ANTES

31

32

33

34

35

VEINTIDÓS AÑOS ANTES

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

En los países nórdicos algunos adolescentes se suicidan apoyando el cuello sobre las vías del tren y aguardan acurrucados en su almohada de acero a que el sueño eterno les quite el frío.

El chico que yace sobre los raíles ya no es un adolescente. Viste traje y corbata, quizás en un intento de aparentar más edad de la que tiene, pero en cualquier caso no va al instituto ni a la universidad. Los zapatos están limpios, como si hubiera llegado hasta allí sin tocar el barrizal que lo circunda. Si alguien hubiera apostado cómo iba a morir aquella noche, aquella habría sido una de las últimas posibilidades.

El mercancías se retrasa y eso le da unos minutos más de vida. Un pequeño inconveniente para un destino del que no puede librarse.

La vía comienza a temblar. Al fondo se vislumbra un foco. El chico permanece en la misma posición. A poca distancia, una flor silvestre crece entre las piedras de las vías. Es de color amarillo pálido, de aspecto delicado. Las pupilas del joven se centran en ella.

El tren se aproxima a toda velocidad. Cuando está casi a su altura se accionan los frenos. El maquinista lo ha visto, pero ya es demasiado tarde. La sirena tampoco hace reaccionar al chico. No se inmuta. No parece importarle morir.

Escondido en un lateral, a varios metros de distancia, una figura observa con tranquilidad cómo el tren arroja al muchacho.

Una ambulancia hace girar sus luces junto a las vías del tren. El lugar se ha convertido en un circo, con curiosos y periodistas intentando sacar la imagen más morbosa posible para decorar las redes sociales antes que nadie. De eso se trata, de llegar el primero, no de contar algo interesante.

El inspector Giralt camina despacio entre los raíles acompañado de una linterna. Ha recibido una llamada de sus superiores para que le dé al caso la mayor urgencia posible. El policía comprende el subtexto: hay que restituir el tráfico ferroviario cuanto antes para que las pérdidas económicas de la compañía se minimicen al máximo. Poco importan el difunto o su familia. La sociedad no se compadece de los suicidas. Piensan que ellos mismos se lo han buscado, que matarse por su propia mano es más propio de cobardes que de gente cabal. Criminalizar a las víctimas también está de moda.

Giralt solo hace su trabajo, y entre sus competencias no está la de juzgar al fallecido. Entre otros cometidos, tiene que hablar con la familia y tratar de explicarles lo ocurrido. Nunca le gustó esa parte, pero es necesaria. Él mejor que nadie sabe qué es perder a un ser querido por un suicidio imposible de prever. Después de una muerte así solo queda el vacío y la constante pregunta, día tras día, de por qué tuvo que ocurrir. Una cuestión para lo que no existe respuesta, pero tampoco salida.

En este caso es diferente. Conoce a la familia del chico y sabe que están hechos de otra pasta. No le apetece encontrárselos después de lo que ocurrió hace dos años, pero, de nuevo, forma parte de su trabajo. Le harán preguntas, cuestionarán los hechos y tratarán de buscar un culpable. En definitiva, le complicarán la investigación e intentarán resolver esto por sus propios medios. Es inevitable, ya lo tiene asumido.

Giralt observa toda la sangre que hay alrededor. Apunta un par de notas en su libreta. Por lo que saben, el chico estaba tumbado sobre las vías, de espaldas al tren, esperando la muerte. El maquinista hizo avisos sonoros y pulsó los frenos, pero no pudo detener la inercia del mercancías. Giralt intenta ponerse en el lugar de la víctima, pero ni toda su empatía consigue que entienda qué le puede pasar por la cabeza a alguien para acabar de esa

forma.

El juez Santos ha llegado hace un rato. Giralt lo ve encenderse un puro y caminar hacia el bulto que yace en el suelo tapado con sábanas térmicas.

—¿Un cigarro, inspector? —dice, pero en realidad no se lo ofrece, ni siquiera lo mira—. Mata los olores. Es lo primero que te enseñan en la carrera judicial.

Giralt nunca ha visto al juez Santos hablar de nada que no sea trabajo. Lo habitual es que estuviera enfadado porque le han avisado de madrugada. A nadie le gusta despertarse por una urgencia, pero el caso lo requiere. Giralt sospecha que la cháchara del juez responde a una única causa: está nervioso. No es para menos dada la trascendencia que tiene la víctima.

—¿La identificación es definitiva? —pregunta Santos.

—Yo mismo lo he reconocido. En cualquier caso, la familia debe estar al llegar.

—Aquí no. Iremos al hospital anatómico y allí esperaremos al forense. Haremos esto según el protocolo. Y amplíe el perímetro de seguridad, que esto parece un plató de televisión con tantas cámaras. Solo falta que aparezca el demonio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta una voz tras ellos.

Giralt y Santos se giran a la vez. A unos metros, escoltado por varios agentes, Juan Elías los observa con frialdad.

—Déjenlo pasar —ordena el juez—. Sé quién es.

Los uniformados se hacen a un lado y Elías avanza hacia el cuerpo, muy despacio, casi arrastrando los pies. No parece tener prisa por llegar, por levantar la sábana que cubre el cadáver, por enfrentarse a la verdad. Giralt lo observa. Han transcurrido dos años desde la última vez que se vieron, pero el tiempo apenas ha hecho mella en él. La barba canosa, el traje negro y la camisa desabrochada contrastan con su caminar errático. Giralt tiene la sensación de tener delante al mismo tipo amnésico y desorientado que vagaba por aquella carretera de montaña.

—¿Es él? —pregunta al llegar a su lado.

—Me temo que sí, señor Elías —contesta Giralt.

Juan no se mueve. Giralt sabe que si levanta el telón y mira lo que hay detrás, la pesadilla se hará real. Nadie quiere que su vida cambie a peor por

un trauma, se intenta evitar, incluso se miente a uno mismo para esquivar la tortura. Pero Juan Elías no hace nada de eso, sino que pospone el momento. El punto de no retorno está allí, a sus pies, pero es incapaz de traspasarlo.

—Quizás es mejor que vayamos a una sala con el forense, ¿no le parece, señor Elías? —añade Giralt, adelantándose al juez Santos y a su nulo tacto.

—¿Qué ha ocurrido? —repite Elías.

—Estamos investigándolo —continúa Giralt—. Venga, señor Elías, le acompañaré hasta...

Giralt levanta la cabeza y ve algo que no espera: Alicia Castro abriéndose paso a empujones. Piensa que la fase «furia de la naturaleza» se inventó para casos así, no para terremotos ni inundaciones. Todos los presentes son conscientes de que nada ni nadie podría parar a esa mujer.

—¿Dónde está? —dice Alicia—. ¿Dónde está?

Juan Elías preguntó qué había ocurrido, y Alicia dónde estaba el cuerpo. Dos preguntas distintas, parecidas incluso, pero con matices que diferencian a quien las pronuncia. Giralt da un paso atrás y deja pasar a Alicia. El juez Santos señala con el mentón la sábana térmica del suelo.

Alicia empuja a Juan a un lado. Ni siquiera parece haberlo visto, es solo algo que se interpone entre ella y la verdad. No tiene miedo de mirar al abismo y se lanza a él con urgencia. Al destapar la sábana ahoga un grito. Sus manos tiemblan, tapan su boca, y después acarician el pelo del difunto.

—Pol... —susurra—. ¡Pol!

El tren ha arroyado al chico, destrozando su cuerpo, pero su rostro está intacto. Y allí, en mitad de la noche, una madre llora la pérdida de su hijo.

UN DÍA ANTES

Tras meses de prácticas, por fin había llegado el día en que Pol llevaría un caso solo en el bufete de su padre. Tenía ganas de demostrarles a todos que era un buen abogado y no solo el hijo del jefe. Aquel ambiente, rodeado de juristas, era lo que había mamado desde pequeño y deseaba formar parte de ello. Así que esa mañana se vistió con su mejor traje, planchó él mismo la camisa y se peinó lo mejor que pudo. Puede que los demás no vieran que algo había cambiado en él, pero Pol sí se sentía distinto.

Juan Elías le había prometido un caso sencillo para ir haciéndose con el oficio para, más adelante, ocuparse de temas más importantes. Lo que no esperaba era algo como lo que se encontró en su recién estrenado escritorio.

Pol repasó aquel dossier tres veces, tomando notas, tratando de buscar una defensa plausible para su cliente, pero por más vueltas que le daba no lograba verlo claro. ¿Qué entendía su padre por un «caso sencillo»?

Tras casi dos horas sin avanzar, se dirigió hacia el despacho de Juan Elías. Sabía que sobre esa hora estaba en el interior, mirando correos electrónicos o revisando la contabilidad. Su padre era muy mecánico en sus rutinas.

—¿Papá, puedo hablar contigo? —dijo al asomarse tras la puerta.

Juan Elías le hizo un gesto sin mirarlo. Continuaba con la vista puesta sobre la pantalla del ordenador mientras giraba el dedo índice haciendo tirabuzones en el aire.

—Vuelve a entrar.

—¿Para qué?

—Tienes que hacer las cosas bien. —Seguía sin mirarle—. Aquí no soy «papá», sino «señor Elías».

—Estás de coña, papá.

Por fin levantó la cabeza y miró a su hijo. Estaba serio, casi tenso.

—Aquí todos me llaman «señor Elías» —explicó—. No puedo hacer distinciones, pero si lo prefieres, puedes decir «Presidente».

—¿Presidente?

—Lo usan algunos para hacerme la pelota, pero es tu decisión. Ahora, sal y vuelve a intentarlo.

Pol resopló. La carpeta que tenía bajo el brazo era abultada y los papeles amenazaban con escapar en todas direcciones. Cansado, cerró la puerta, llamó diligentemente y abrió de nuevo.

—¿Señor Elías?

—Adelante —contestó Juan.

Pol se acercó con la mano extendida.

—Creo que no nos han presentado. Me llamo Pol Elías, soy el chico nuevo.

—Sí, me suena tu cara.

—Quizá conozca a mi padre. Es un gilipollas.

—Eso he oído —respondió Juan, igual de serio—. ¿Qué necesitas?

—Déjate de rollos, papá. —Pol dejó la carpeta sobre el escritorio—. Me dijiste que me darías un caso sencillo para empezar, pero esto...

—Es muy fácil.

—Deja que te lea, que quizá ni sepas de qué va. «El detenido bajó de su vehículo con claros síntomas de embriaguez y se lanzó contra uno de los guardias civiles que le dieron alto al grito de “a mí no me apuntas con una espada láser”, en referencia a la linterna con cono que usaba el susodicho agente.» Espada láser, papá. ¿En serio tengo que decir eso en voz alta en un juicio?

—Los alcohólicos siempre sueltan tonterías, es habitual.

—Pero es que la cosa no queda ahí. Cuando declaró ante la jueza Muñoz, se enfadó tanto que le lanzó la silla a la cabeza.

—Lo sé. Desde entonces está anclada al suelo.

—Vamos, papá. Esto es una chaladura.

Juan Elías se inclinó hacia delante, dejando claro que hablaba en serio.

—No solo es un caso fácil, sino que Dmitry, el padre de este pobre chico, es uno de nuestros mejores clientes.

—He mirado su informe laboral. No ha trabajado en cinco años, pero conducía un BMW de 130.000 euros. Papá, este tío es un mafioso.

—No soy quién para preguntarles a mis clientes cómo se ganan la vida.

Solo me importa que paguen bien y rápido. Y Dmitry está muy preocupado por su hijo y quiere sacarlo cuanto antes de la cárcel.

—¿Y cómo defiende lo de la espada láser sin que se ría el jurado?

—Di la verdad: que estaba borracho. Es ruso y no conoce bien nuestro idioma. Tal vez quiso decir otra cosa y entendieron eso.

—Le lanzó una silla a la cabeza a la jueza Muñoz.

—Alega locura transitoria. —Juan se echó para atrás en su sillón y abrió los brazos—. No tengo todas las respuestas, Pol. Está claro que no vas a conseguir que salga en libertad mañana, pero tienes que buscar la forma de lograr atenuantes que convengan al juez para que le imponga una fianza.

—Entonces, si no se puede ganar este caso, ¿por qué me lo das?

—Porque sé que lo harás bien. Dmitry está de acuerdo en que su hijo pase unas semanas en prisión hasta que se le bajen los humos. Es el heredero de su negocio, pero antes de darle carta blanca necesita verlo centrado.

—¿Hablas del ruso o de nosotros?

Juan sonrío bajo la barba. Es casi imperceptible, pero Pol lo conoce demasiado bien y sabe reconocer el gesto.

—Lo hará bien, letrado —dijo Elías—. Póngase manos a la obra.

—No sé qué haría sin tu ayuda, papá —ironizó Pol.

—Sabes que mi puerta siempre estará abierta para lo que necesites —contestó mientras regresaba a la pantalla del ordenador—. Cierra al salir.

Pol lanzó un estufido de frustración y se levantó con la carpeta de nuevo en brazos. Al llegar al pasillo se cruzó con Marta Hess, que lo observaba divertida. No le gustaban los ojos de esa mujer, parecía que lo desnudaran con la mirada. Le daba miedo de que así fuera.

—¿Has hablado con tu padre?

—Sí, por el caso este de Dmitry...

—Lo recuerdo. Espadas láser y sillas voladoras. Muy académico.

—Ya te digo.

Hess se rio entre dientes, como una serpiente siseando a su víctima.

—Es tu primer trabajo, ¿verdad? —No le dejó contestar—. Hay una cosa que se llaman novatadas, y creo que tu padre te la está jugando.

—No. —Pol negó con la cabeza, convencido—. Mi padre me ha explicado

que es muy importante para el bufete.

—¿Te ha dicho que su puerta siempre estará abierta pero que cierres al salir?

Pol permaneció unos segundos estupefacto.

—¿Cómo lo sabes?

Hess se giró sin mirarlo y se marchó por el pasillo.

—Novato...

Pol se quedó unos instantes en silencio, en el pasillo. Vio el rostro divertido de las secretarias, las miradas cómplices de los otros abogados, y entonces comprendió. Más humillado que enfadado, regresó sobre sus pies y abrió de golpe la puerta de Juan Elías.

—No me jodas, papá —dijo—. ¿Me estás puteando?

Pero no obtuvo respuesta porque Juan Elías llevaba riéndose a carcajadas desde que su hijo salió del despacho.

En el hospital les han reservado una pequeña sala de espera junto a un quirófano para que estén tranquilos. Juan Elías no necesita silencio para evadirse. Lleva un rato en otro lugar, muy dentro de sí mismo, y no tiene prisa por salir.

No solo siente que ha muerto Pol, sino una parte de sí mismo que adoraba. Su hijo lo tenía en un pedestal, habría hecho cualquier cosa por él. En sus ojos no era el enemigo público número uno que mucha gente aún recordaba, sino un padre capaz de hacer lo que fuera necesario por su familia. Pol era su apoyo con la realidad, el freno que evitaba que cometiese más locuras, que le animaba a ser mejor persona, que le robaba sonrisas con más facilidad que nadie. Y, ahora que trata de hacerse a la idea de que nunca lo volverá a ver, se da cuenta de que también era un pilar fundamental de su vida, un eje sobre el que girar, la constatación de que todo en su vida no fue un error porque lo tuvo a él, a Pol, a su hijo.

A su lado, Alicia llora. Juan sabe que su desgarró es mayor, distinto al suyo, y sin duda incomparable. Llevan casi dos años separados, viéndose de vez en cuando por asuntos familiares, pero nada más. La experiencia del pasado, con la desaparición de Ana Saura, los cambió para siempre. Fueron días muy intensos, de mucho dolor, donde su vida corrió peligro y estuvo a punto de destruir a su familia.

Lo que consiguieron evitar entonces les ha sobrevenido ahora.

Giralt entra en la sala de espera con dos cafés. Ellos no han podido ir a la máquina del pasillo porque los periodistas ya se agolpan en la puerta. Un enfermero les hizo una foto con el móvil al entrar y es probable que ya esté circulando por las redes. Su fama es una maldición. Juan se pregunta si algún día volverá a salir en los periódicos por algo positivo, por algún logro que haya hecho, por algo que le agradezcan.

—Gracias —dice cuando Giralt le pasa el vaso de plástico.

—No hay de qué —contesta el inspector, dándole el segundo café a Alicia—. Sé que son momentos duros, pero necesito que me contesten a unas preguntas.

—No hay nada que decir —responde Alicia—. Pol ha muerto.

—Verán. —Giralt saca una libreta de la chaqueta y repasa sus notas—. He visto muchos suicidios, pero nunca algo así.

—Déjenos en paz —murmura Alicia.

—Por regla general, la gente se ahorca, o se corta las venas o se toma pastillas. Jamás había visto a nadie tirarse a las vías del tren. ¿Por qué alguien como Pol Elías decidiría hacer algo así?

—¿Adónde quiere llegar, inspector? —pregunta Juan.

Giralt tiene el gesto serio. Pasa un par de hojas de su libretita y saca un bolígrafo de un bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Por qué no saltaron las alarmas? —pregunta.

Juan Elías agradece que el inspector no comience preguntando si vieron algún indicio de que Pol pensaba suicidarse, dado que la respuesta era obvia.

—Pol era muy pasional —explica Juan—. Amaba a su hermana con locura, le gustaba divertirse, salir con sus amigos... Había empezado a trabajar en mi bufete hacía unas semanas y se le veía ilusionado. No es que su muerte haya sido inesperada, Giralt, sino que ha sido lo último que podíamos prever.

—¿Saben qué hacía a esas horas en las vías del tren?

Elías no contesta. No tiene respuesta.

—Está en un sitio bastante deshabitado. Encontramos su coche a unos doscientos metros del lugar. Los del laboratorio ya están buscando huellas.

—¿Huellas? —pregunta Juan.

—Tratamos estos casos como un homicidio, señor Elías.

—Es que alguien ha matado a mi hijo —dice Alicia.

Los dos hombres miran a la mujer. Sus ojos lucen enrojecidos de tantas lágrimas como ha derramado, pero la entereza sigue presente.

—¿Sabe algo que no nos ha contado, jueza Castro? —pregunta Giralt.

Ella niega con la cabeza. Muy despacio.

—Nada cuadra —contesta—. Nada. Que Pol aparezca arrollado por un tren es como si encuentran un elefante en Marte. No tiene sentido. ¿Soy la única que se da cuenta?

Alicia aprieta mucho los puños. Sus nudillos se ponen blancos. Juan sabe

que su mujer destila furia por los cuatro costados y cuando explote arrasará con todo. Le duele verla así, vulnerable y a la vez iracunda, cuando su fuerte raciocinio es lo que más admira de ella.

—No hemos descartado ninguna línea de investigación, jueza Castro. — Giralt carraspea—. Seguiremos indagando por el entorno de Pol, por si acaso le confesó a algún amigo que pensaba suicidarse.

—¿No me ha oído? —Alicia se incorpora—. Han matado a mi hijo.

—Ya le he dicho que no hemos descartado ninguna hipótesis, y eso incluye tanto el asesinato como el suicidio.

—Si eso es cierto y alguien ha matado a Pol —interrumpe Juan—, ¿quién ha sido?

—Eso es lo que tendremos que averiguar. ¿Pol tenía algún enemigo?

—Ninguno —dice Elías con rotundidad.

—Creo recordar que vendía droga.

—Eso fue en el pasado —zanja Alicia.

Giralt anota algo en su libreta.

—El pasado es un lugar peligroso, jueza Castro.

—Le repito que Pol no tenía enemigos —dice Elías—. Pero yo sí.

Juan no se gira. Sabe que su mujer lo está taladrando con la mirada. Cuando sucede algo horrible, cuando todo se viene abajo, lo más sencillo es buscar alguien a quien echarle las culpas. Es un comportamiento humano. Él lo usa mucho en sus juicios con jurado. No hay nada más placentero que acusar a alguien, cargarle con todas las culpas y esperar que se derrumbe bajo ellas. Y, ahora mismo, Juan es un culpable perfecto para Alicia.

—¿A qué se refiere, señor Elías? —pregunta Giralt.

—Hace dos años desapareció Ana Saura. Fueron momentos complicados, usted estuvo presente. Mucha gente quiso verme entre rejas.

—Diga nombres, señor Elías —le insiste el inspector—. ¿Habla de Heredia? ¿Santi Mur? ¿Héctor Castro?

Juan medita. Si hiciera una lista de la gente que le odia y otra que lo aprecia, la primera sería mucho más larga.

—Si lo supiera, se lo diría —contesta casi en un susurro.

—¿Y por qué matar a Pol? ¿Por qué hacerlo pasar por un suicidio?

—Para hacerme daño. Quien haya sido sabía que esto me derrumbaría. Quiere destrozarme poco a poco y sabe que la forma más efectiva es a través de mis hijos.

Giralt se pone tenso.

—¿Y Julieta? —dice.

—Con mi hermana —contesta Alicia.

—¿Te fías de ella? —pregunta Juan.

Sus miradas se cruzan. Esta vez Elías aguanta el vendaval que proviene de su esposa. Él lo ha provocado, pero tenía que decirlo. Si van a jugar con fuego, toca quemarse.

—El juez no me va a autorizar a ponerle vigilancia hasta que no se verifique si Pol ha sido asesinado o se trata de un suicidio. La autopsia quizás arroje algo de luz.

—No quiero autopsia —afirma Alicia.

—Es el procedimiento, jueza Castro. Usted sabe mejor que nadie que en estos casos se actúa siempre solicitando la autopsia.

—¿Y qué van a sacar en claro? ¿Qué alguien lo había drogado y lo puso sobre las vías? Eso se consigue con un análisis de sangre. El cuerpo de mi hijo ya está bastante magullado para que lo sigan troceando. No, no quiero autopsia.

—Eso no está en mi mano, lo siento —se disculpa Giralt.

—¡Mi hijo ha muerto! —grita, y Elías no puede más que sorprenderse de ver a su mujer perdiendo los papeles—. Solo quiero despedirme de él y enterrarlo de una vez. ¿Tanto pido? De verdad, ¿tan difícil es?

—El protocolo...

—El protocolo son solo una serie de consejos para que aquellos que no saben ni atarse los zapatos puedan realizar su trabajo siguiendo unos pasos preestablecidos, como máquinas sin cerebro. No quiero autopsia, ni esperar a que el médico acabe de trabajar. Solo quiero a mi hijo, Giralt. Solo eso. Y si usted no va a mover un dedo por ayudarnos, ya me ocuparé yo misma.

Alicia sale de la sala de espera. Juan siente el aura que desprende, una especie de bola de fuego invisible que la rodea por completo y calcina a quien está cerca. Entiende la reacción de su mujer, pero no la comparte. Su mente ha entrado en modo operativo y solo tiene un objetivo: llegar a la

verdad.

—Manténganos informados de sus progresos, inspector —dice—. Prometo que no le molestaremos en su trabajo. Sea un suicidio o un asesinato, cuente con nosotros para desvelar este asunto.

Juan ve la duda en los ojos de Giralt. Está claro que, diga lo que diga, el inspector lo pondrá en tela de juicio.

—Es mi hijo el que reposa en una camilla metálica —continúa—. Soy el primero que quiere acabar con esto. De verdad, mi colaboración es plena. Cualquier dato que tenga, si nosotros podemos ayudar, de verdad, háganoslo saber.

Giralt asiente despacio, pero Elías no tiene claro que haya aceptado sus mentiras. No es un problema, dado que tiene otros métodos para conseguir esa información sin requerir al policía.

La conversación se interrumpe cuando la puerta se abre y aparecen Silvia y Marc acompañando a Julieta. Elías observa los nervios de la pequeña, nada disimulados, y no puede evitar pensar en cuánto sufrimiento puede aguantar una niña antes de no lograr levantarse por sí misma.

—¿Es cierto? —pregunta.

—Se ha enterado por las redes sociales —explica Silvia—. Lo siento, Elías, he intentado que no mirase el móvil, pero...

—¿Es cierto? —repite de nuevo Julieta, más firme, más seria.

Juan Elías se humedece los labios y se acerca a ella. Sabe que la niña reconocerá la evidencia solo con verla caminar, con la forma en que se dirige a ella. Se arrodilla a su lado, le pone las manos en los hombros.

—Cariño, Pol...

No consigue terminar la frase porque Julieta cae desmayada entre sus brazos.

Alicia Castro fuma en muy raras ocasiones, al igual que Juan Elías. Normalmente lo hace de forma inconsciente mientras piensa, pero ahora es distinto. Lleva el filtro a sus labios esperando que el efecto también funcione al revés y al fumar lleguen pensamientos analíticos y fríos. Su mente es un hervidero de contradicciones, de sentimientos, de recuerdos. No acepta la realidad, pero la ha visto con sus propios ojos. Sus pies la mantienen erguida sobre la azotea del hospital, pero el suelo parece el de un castillo hinchable y amenaza con derribarla en cualquier momento. Alicia aspira una nueva bocanada y espera que el humo traiga la calma que no encuentra.

Siente la presencia de Elías antes de verlo. Es algo instintivo que viene de mucho tiempo atrás. Saber que está ahí, acechando o vigilando, pero a su lado al fin y al cabo.

—Cuando tenía siete años otro niño lo empujó desde lo alto de un columpio —dice Alicia, sin siquiera girarse—. Llamaron desde el colegio para que fuera corriendo. Al llegar, Pol tenía una brecha en la cabeza y los inútiles de los profesores ni siquiera lo habían llevado al hospital. Al hacerle la radiografía descubrieron que tenía una pequeña fractura en la frente.

—Tuvo que ir con un casco de bicicleta varias semanas —contesta él a su espalda—. Cómo olvidar aquello.

Alicia estira la mano con el cigarro entre los dedos y Juan lo coge por inercia. Sabe que cuando se lo devuelva el filtro traerá el aroma de su saliva, que como en un rito ancestral están intercambiando fluidos, compartiendo algo tras varios años de matrimonio roto. Ese sabor le traerá recuerdos, pero se aferra a la esperanza de que no serán agradables y eso la hace centrarse más en su determinación.

—Denunciamos al colegio y lo cambiamos de centro. Los otros padres nos suplicaron que no lo hiciéramos, pero nosotros no nos echamos atrás. El juez les impuso una multa muy elevada y tuvieron que cerrar. Y yo, como madre, supe que había hecho lo correcto. No solo había defendido a mi familia, sino a las familias de los demás. Ese colegio estaba mejor con el candado en la puerta.

Juan se acoda junto a ella en la terraza. Alicia lo observa con el rabillo del ojo, sin mirar de frente. Su marido expulsa el humo del cigarro con tranquilidad, pero sospecha que ya tiene la mente lejos de allí. Siempre fue igual: el Juan que estaba presente y el que maquinaba planes para el futuro inmediato, ya fueran de trabajo o de su vida personal. Nunca le importó, era parte de su personalidad, pero ahora le gustaría que estuviera de verdad junto a ella, en persona completa y no solo como un maniquí testigo de los acontecimientos.

—Siento no haber estado ahí para protegerlo.

Fue ella quien le pidió que se marchase. Pensó que era lo mejor tras todo el suceso de la desaparición de Ana Saura. Le dijo que era por su familia, para tener a los niños lejos de sus problemas, pero en el fondo lo hizo por ella misma. No quería tenerlo cerca, no porque ya no lo amara, sino porque no confiaba en él. Y la desconfianza trajo consigo las suspicacias, la paranoia y alejó la pasión para transformarla en olvido.

—Era mayor de edad —contesta ella, aunque no suena muy segura—. Antes o después tenía que volar solo. Como tú dices, era el momento de «matar al padre».

—Pero sigo vivo —dice—. Y él ha muerto.

La mirada de Alicia Castro era capaz de derretir el metal y de convertirlo en ceniza. Todo aquello que se cruzase con sus pupilas corría el riesgo de arder para siempre.

—Hace dos años, cuando desapareció Ana, tuvimos que defendernos como familia —explica con voz firme—. Te protegimos, Juan, lo dimos todo por ti. Luchamos con el mundo en contra y salimos victoriosos. Pero ahora es distinto. Han venido a por nosotros y nos han golpeado donde más duele, sin darnos tiempo a reaccionar. No tiene sentido protegerse cuando ha llegado la hora del ataque. Esa es la gran diferencia respecto a hace dos años: ahora somos nosotros los que vamos a atacar con todo lo que tengamos en nuestra mano.

Juan Elías, a su lado, asiente despacio, aceptando las palabras de odio de su mujer que, al fin y al cabo, son las mismas que habría dicho él.

—Quiero saber qué ocurrió con Pol —prosigue ella—. Con quién habló tras salir del bufete, hasta dónde se dirigió con el coche, qué pasó en cada segundo de su vida hasta que acabó tumbado sobre las vías del tren.

Y después sacaremos conclusiones y tomaremos medidas para que esto jamás, Elías, jamás nos vuelva a pasar.

Juan Elías le pone la mano en el hombro y ella empequeñece. Nunca reconocerá en voz alta que lo echó de menos en ocasiones, que sentía un escalofrío en la nuca cada vez que se cruzaban en las reuniones o por el juzgado. Tampoco reconocerá nunca si ese estremecimiento era de amor o de miedo porque ella misma lo confunde a veces.

—Dime todo lo que sepas, Elías. ¿Quién tendría motivos para hacernos algo así?

—No lo sé. Mucha gente.

—¿Quiénes?

—Todos.

Alicia se gira por fin hacia él. Juan está serio, apretando la mandíbula. Tiene los ojos rojos, pero no aparenta estar cansado.

—¿Tan cínico eres?

—Alicia, toda persona que conozco tiene motivos para hacerme daño, desde la gente del despacho hasta tu hermana.

—Deja a Silvia fuera de esto. Sabes de sobra que ella no podría haber ideado algo así.

—Tiene tan poca personalidad y es tan manipulable que puede estar involucrada.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Solo digo que no puedo confiar en nadie. Cualquiera podría ser culpable o estar implicado de alguna forma.

Alicia da un paso atrás. No puede creer lo que oye.

—¿También yo?

Elías niega con la cabeza.

—No, y por eso te cuento mis preocupaciones. Sé que tú eres la última persona que le haría daño a Pol. Tú le querías.

No añade nada más. Alicia espera a que diga «tanto como yo», pero no lo hace. Ignora si es porque no lo considera necesario, porque se sobreentiende, pero la realidad es que necesitaba escuchar esas palabras saliendo de su boca.

—No voy a dejar que me contagies tu paranoia. Soy jueza, Elías, y los jueces nos basamos en pruebas y testimonios, no en conjeturas o en

corazonadas. Si tienes un palpito sobre quién puede haber matado a Pol, más vale que lo consultes con un psicólogo, porque yo necesito certezas.

Juan Elías asiente despacio, acatando las palabras de su mujer, pero Alicia sabe que no le hará caso, que terminará resolviendo todo a su manera y eso la aterrará. Uno puede cruzar la línea una vez, dos, quizá tres... pero antes o después acabará por tropezar. Y ahora, en un momento tan duro, es muy fácil cometer errores.

—¿Qué pasó con el niño que empujó a Pol del columpio? —pregunta él.

Alicia estira la mano. Elías le pasa el cigarro de nuevo. Apenas queda la colilla, pero aun así toma una última calada que calienta sus pulmones.

—Pol decía que cuando lo viera le lanzaría por las escaleras —explica—. Esa fue la razón principal de que me decidiera a cerrar el colegio: para que no volviera a verlo. No quería que mi hijo tomara ese camino.

No se refiere a la venganza. Esa es una vía aceptable. Alicia habla de ir de frente, directo al objetivo, sin tapar las huellas. Ese no es el estilo de los Elías Castro. Era preferible actuar en consecuencia, con la ley de su parte, para acabar derrotando a su adversario y lograr su caída. El colegio cerró, ese niño acabó en otro colegio y Pol no tuvo antecedentes por peleas escolares. Sí, la venganza llegó, pero a su manera. Esa era la lección que debía aprender Pol.

—Silvia ha llegado hace un rato —explica Juan—. Julieta se ha desmayado al entrar. La tienen en la planta de observación.

—¿Qué? —Alicia siente el deseo de gritarle a Elías todo lo que se ha callado durante tantos años—. ¿Y me lo dices ahora?

—Prefería que te calmases antes de contártelo. No es nada grave, ha sido la presión.

Alicia lanza el cigarro por la cornisa. Ve la brasa encenderse al contacto con el aire de la noche y desaparecer a la altura donde se concentran los periodistas de sucesos.

—Siempre diferenciaste muy bien entre lo urgente y lo importante, pero esta vez has errado el tiro.

Da media vuelta y se marcha. Siente la mirada de Elías en su espalda, y Alicia es consciente de que su vida se ha roto en un pedazo más con la muerte de Pol.

Silvia observa a Julieta en una habitación del hospital. Se siente bien al poder ser de ayuda, un apoyo para su hermana en esos raros casos en los que necesita auxilio. Esa es su función, siempre la fue, es lo que mejor sabe hacer. Quedarse a los pies de una niña que, en muchos aspectos, es más madura y fuerte que ella.

A su lado está Marc, cabizbajo, apoyado de pie contra la pared. Casi no recuerda la última vez que levantó la cabeza. Su hijo no es el mismo desde que murió Ramón, su padre adoptivo. Tiene la sensación de que aún busca su lugar en la vida, pero que este está cada vez más lejos.

—Tendríamos que avisar a Ana —dice en voz baja.

—Está de camino.

Silvia siente un pinchazo en el pecho al escuchar el nombre de Ana. Nunca fue una buena madre, pero lo intentó. Ana, por su parte, jamás la aceptó, jugando siempre a ser la hija díscola, a hacerle daño, a los dobles sentidos y las palabras hirientes. Es fácil hacerle daño a Silvia, al menos en apariencia. No, su relación es artificial y compleja, imposible de arreglar a esas alturas.

Y luego está Marc. Aunque trate de ocultarlo, su hijo aún sufre por ella. Intenta no buscar culpables en lo que pasó, se dice que fueron cosas de chicos, que se acostaron y ya está. Pero a veces cree que fue Ana la que lo provocó todo, la que jugó con los sentimientos de un niño bueno como Marc solo para demostrarse a sí misma que podía hacerlo. Sin embargo, lo que más rabia le da es que para Ana no significó nada. Ella pasó página y se olvidó del tema, pero Marc sigue anclado en ese mismo lugar, en ese punto en el que le partieron el corazón y es incapaz de salir de él. Es muy difícil racionalizar las emociones cuando el cerebro te dice una cosa, pero el corazón indica la contraria. Desde aquello, Marc no ha tenido una sola relación normal con otra chica porque todas le recuerdan a Ana. Incluso las pocas novias que tuvo se parecían físicamente. Marc busca a Ana en otras mujeres, aunque sabe que jamás la encontrará.

—¿Y el abuelo? —dice Marc.

La pregunta la pillan por sorpresa. Héctor Castro es esa persona de la que nunca hablan, a la que nunca se nombra. Incluso está prohibido pensar en él.

—¿Qué ocurre con él? —contesta, tratando de no darle importancia.

—Es su nieto el que ha muerto —explica Marc—. Alguien debería ir y contarle lo que ha pasado.

Silvia se cierra en banda. El solo hecho de hablar con él la pone de los nervios. Detesta que Alicia cambiase de opinión y dejase que Pol y Julieta fueran a visitarlo a la cárcel. Marc se enteró y decidió ir con ellos. Era mayor de edad y no pudo impedírselo.

—No me gusta que lo visites, Marc, ya lo sabes.

—Es inofensivo. ¿Cuánto tiempo lleva en la cárcel? Hay terroristas que han salido de prisión cumpliendo menos años que él. Es un viejo, ya no está tan bien de salud.

—No le compadezcas, Marc. Es lo que él quiere. —Se pone en pie y le acaricia la cara—. Ese hombre es peligroso. No creas nada, ¿me oyes?, nada de lo que te diga.

Se calla de repente. Ha elevado la voz y no le gusta. Prefiere pasar desapercibida, ser una mujer discreta, no llamar la atención. Pero ese tema la pone nerviosa. Teme que su padre le llene la cabeza de pájaros a Marc. Su hijo es muy influenciable, ella lo sabe bien, y no quiere que Héctor Castro lo lleve a su terreno. Si manipula a Marc podría convertirlo en su mano fuera de la cárcel, y teme lo que eso pueda significar.

—Está bien, mamá, pero Pol sigue siendo su nieto.

Prefiere cambiar de tema. Si sigue luchando contra su hijo, perderá. Siempre pierde, ni puede ni quiere evitarlo, pero en ese momento no le apetece seguir en ese rumbo.

—¿Cómo estás tú? —dice, más cálida que protectora.

Marc se encoge de hombros. Silvia sabe que es una pregunta vacía, que la respuesta es obvia. El dolor tiene determinadas escalas, y él está en una intermedia baja. Hacer que lo diga en voz alta solo sirve para que se olvide de Héctor y de Ana por unos segundos.

—No sé —responde—. No me lo creo. Es tan... irreal. No teníamos la misma relación que hace un par de años, pero nos llevábamos bien. Es una de esas noticias que te pillan por sorpresa.

Silvia asiente. Es el momento de decirle a su hijo cómo sentirse, cómo reaccionar. Es mejor eso a que llegue a sus propias conclusiones, casi siempre erróneas, como cuando drogó a Juan Elías antes de dar su discurso en las elecciones a rector. No, ella debía velar para que esos comportamientos se mantuvieran a distancia.

—Date tiempo. De momento, vamos a apoyar a Juan, a Alicia y a Julieta. Son nuestra familia y nos necesitan.

Marc no dice nada, pero Silvia sabe que lo ha entendido. Le abraza y le da un beso en la mejilla. Sí, su pequeño está tan perdido que hasta ella puede manipularlo. Se pregunta qué será de él cuando ella no esté y no pueda protegerlo más de sí mismo.

—Y no le cuentes a nadie lo que sabes de Pol —añade—. No queremos que te relacionen con su muerte, ¿verdad?

Marc continúa en silencio. Silvia regresa a su sillón, junto a Julieta, convencida de que al menos su hijo tiene esa lección bien aprendida.

Las salas de autopsias son demasiado frías. Parece que alguien se esforzó en hacerlas desagradables e impersonales. Alicia siente el vacío que desprende la morgue, el aire lleno de productos químicos, el silencio solo roto por el rechinar constante de los congeladores donde aguardan los cuerpos listos para ser diseccionados.

Piensa en su hijo en uno de esos sarcófagos metalizados y la ira vuelve a brotar en ella.

El doctor Dólera aparece por uno de los pasillos. Alicia piensa que un forense no debería parecerse a Papá Noel, sino más bien al doctor Jeckyll. El hombre se ajusta las gafas al verla.

—Jueza Castro —dice—. ¿Qué hace aquí?

Alicia no se sorprende de la pregunta vacía. La gente es así, suele pronunciar las obviedades en voz alta. Sin embargo, en lugar de hacerle ver su ineptitud, trata de parecer conciliadora.

—Necesitaba ver a mi hijo una vez más.

El doctor Dólera no sabe qué hacer. Alicia ve sus dudas, pero decide dejarle nadando en ellas.

—Quizás es mejor que salga —dice él—. Ahora tengo que realizar la autopsia.

Alicia sonrío. Una sonrisa afligida, dolida, real.

—De eso se trata, doctor Dólera. Prefiero que no se la haga.

El forense cada vez está más perplejo. Alicia es consciente de que no sabe tratar con seres vivos que le cuestionen su trabajo.

—Es necesario —tartamudea—. El juez Santos me ha ordenado...

—Mi hijo ya ha sufrido bastante —interrumpe, tajante—. No quiero que le corten en pedazos otra vez.

Dólera mira para otro lado. Alicia no sabe si el médico tiene hijos o no, tampoco le importa. Solo tiene un objetivo en mente: que dejen el cuerpo de Pol en paz.

—Prometo ser respetuoso con él, jueza Castro —dice Dólera al fin—. Pero

debo hacer la autopsia. Es mi trabajo.

Alicia asiente. Sabe que no conseguirá nada apelando al lado emotivo de un tipo tan frío como el forense, pero debía intentarlo. Opta por cambiar de táctica y atacar a su lado racional.

—Lo entiendo y lo respeto, doctor. Pero se lo pido como favor personal: sea lo menos invasivo posible. Le ha pasado un tren por encima, creo que la causa de la muerte está clara.

Dólera reacciona de forma positiva. Esta vez ha entendido el mensaje. No es necesario esforzarse mucho con alguien que está en tan mal estado. Con un par de análisis de sangre, una exploración superficial con la que comprobar que no hay nada extraño es suficiente. ¿Para qué hacer horas extra con un caso claro de suicidio?

—Iré con tacto, se lo prometo, jueza Castro.

—¿Cree que podría verlo?

—¿Ahora?

Dólera se da cuenta de que, de nuevo, su pregunta ya tenía respuesta. Alicia piensa que es una persona muy transparente.

—Por favor —añade ella a modo de presión final.

—Está bien —dice Dólera, ahogando un resoplido—. Pase conmigo.

En el interior de la sala hay una mesa metálica con canaletas alrededor para el drenaje de la sangre. A Alicia se le revuelve el estómago solo de imaginar a su hijo tendido ahí.

No tiene que fantasear mucho porque sus pesadillas se hacen reales casi al instante.

El doctor Dólera abre uno de los cajones frigoríficos que tapizan la pared y extrae una bandeja sobre la que hay un bulto tapado con una sábana. Alicia sabe qué hay debajo y una sensación de vértigo se adueña de su cuerpo.

—¿Está segura? —pregunta el médico.

—Por favor —repite ella.

Con cuidado, Dólera dobla una de las esquinas de la sábana y deja al descubierto el rostro de su hijo. Alicia lo observa inmóvil sin darse cuenta de que una lágrima huidiza resbala por su rostro y muere en la comisura de sus labios. Piensa que ha perdido color, que tiene el pelo sucio, pero le consuela saber que su cara está intacta, que puede despedirse de él con el ataúd abierto.

—Sea amable con él —le dice al médico—. Es mi pequeño.

Ya no habla la jueza, sino la madre. Alicia acaricia por última vez el rostro de su hijo y da media vuelta. Al girarse se encuentra a Giralt bajo el vano de la puerta.

—Necesito hablar con usted.

Giralt lleva buscando a Juan Elías y a Alicia Castro más de veinte minutos, pero nadie los ha visto. Por fin, encuentra a uno de los fantasmas en la sala de autopsias. No sabe por qué ha ido a buscarla allí. Tal vez, se dice, él hubiera hecho lo mismo que ella de tratarse de un ser querido.

—Siento molestarla, pero tenemos que hablar.

Alicia está pálida, pero se recompone rápidamente. Giralt siente que la ha visto pasar de la derrota al ataque en pocos segundos. La Alicia Castro que se acerca a él es firme y dura, como siempre la recuerda.

—Aquí no —dice ella al llegar a su lado—. Salgamos fuera.

Avanzan en silencio por los largos pasillos del hospital. Ninguno de los dos tiene la menor intención de pronunciar una sola palabra. Llegan a una sala de espera donde una enfermera se aburre junto a un mostrador. Hay bancos vacíos y varios pósteres sobre medidas higiénicas colgados de las paredes. Alicia se cruza de brazos y espera el envite.

—Los chicos del laboratorio han terminado de recopilar información en la escena del suceso —dice Giralt.

—Vaya al grano, por favor.

Lo peor de hablar es no tener las respuestas. Giralt se encuentra en ese instante, pero necesita hacerlo. No sabe cómo decirle que Pol se suicidó, que no deben sentirse culpables por ello, que nadie sabe qué piensa realmente la persona que tienen al lado, que fue su decisión, que nadie pudo hacer nada por evitarlo, que la vida es una mierda. Que no se rinda. Que se puede salir del pozo, pero que la losa permanecerá siempre atada a sus tobillos. Giralt no sabe cómo decirle eso, y cree que tampoco le corresponde a él hacerlo, así que opta por actuar como un policía. Uno al que nunca se le suicidó un ser querido.

—He pedido al jefe del servicio que me haga un avance de lo que han averiguado. A falta de algunas pruebas menores que llevarán más tiempo, según su experiencia todo indica que su hijo se suicidó.

Alicia acepta el golpe, estoica, un atolón en mitad del mar donde van a

romper las olas.

—Se equivocan —asegura—. Alguien lo mató.

Giralt temía algo así. ¿Por qué aceptar la realidad cuando la fantasía es mejor? Es la base de la religión, de los medios de comunicación, del amor ciego.

—No es fácil admitir una muerte así, jueza Castro, pero debe entender que no hay nada que haga sospechar de otra cosa.

Alicia se enroca. Giralt es consciente de ello. Piensa que la tempestad está cerca.

—Dijo que no iba a cerrar ninguna línea de investigación.

—Y no lo haré.

Y sucede. Los ojos de la jueza se incendian. No hay ningún cambio aparente en su aspecto salvo esa nueva luz que emana de sus pupilas.

—Entonces indague —dice ella—. Haga su trabajo. ¿No había huellas sospechosas?

—Hay como una docena de pisadas alrededor. Algunos trabajadores atraviesan las vías para así evitar rodear por el puente. Pueden ser de cualquiera.

—Pues compruébelo.

—El juez Santos debe autorizarlo, y, como le digo, las evidencias encontradas sugieren que Pol Elías se quitó la vida voluntariamente.

Alicia se aleja unos pasos y se apoya sobre una silla. La enfermera del mostrador se da cuenta de lo que ocurre y saca una foto furtiva con el móvil. Giralt la señala con el dedo y la mujer guarda el teléfono.

—Confío en usted, inspector Giralt —continúa Alicia—. Sé que es un buen policía. Solo le pido que, si de verdad es sincero conmigo, no dé este caso por perdido e investigue a fondo.

Giralt se muerde la lengua. No puede decirle cosas que ella ya sabe, pero que olvida a propósito, como que tiene varios casos más entre manos y no puede hipotecar todo su tiempo en lo que parecía ser un suicidio. Sin embargo, algo dentro de él le empuja a continuar la investigación. Cuando su pareja se disparó con su propia pistola, se quedó sin respuestas. La soledad lo absorbió, sintió que se merecía ese castigo y durante mucho tiempo persiguió una razón lógica para lo que había sucedido, pero nunca la encontró. Quizá,

solo quizá, la familia Elías Castro podía obtener ese descanso.

—Dedicaré todo el día de mañana a este caso, jueza Castro. Pero, si las pistas me conducen a que fue un suicidio, como así parece ser, tendré que dejarlo.

—Un día...

—Es todo el tiempo que puedo dedicarle, lo lamento.

Alicia asiente con la cabeza muy despacio, rumiando las palabras del inspector. Giralt sabe que no aceptará una derrota, jamás. Las cinco fases del duelo se dividen en Negación, Enfado, Negociación, Dolor y Aceptación. Giralt veía a Alicia Castro oscilar entre la primera y la segunda, pero tal vez ya estaba a las puertas de la tercera. Hasta llegar a la aceptación le quedaba un largo camino.

—Los chicos del laboratorio también me han dado esto. —Giralt saca una bolsa de plástico que contiene la cartera de Pol Elías—. Ya han terminado con ella, así que he pensado que lo mejor era devolvérsela a ustedes.

Se la tiende y Alicia la coge como si fuera una hoja otoñal que se puede convertir en polvo solo con tocarla. Con delicadeza, la saca de su funda de plástico transparente y la abre. Encuentra la documentación de Pol, sus tarjetas de crédito, un par de billetes y algo más.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Esperaba que usted nos lo dijera. ¿Pol era muy religioso?

Alicia niega con la cabeza. Entre sus dedos tiene la entrada al Museo Eclesiástico de la ciudad. Giralt también lo consideró sospechoso, pero esperó a ver la reacción de la madre.

—Es de hace pocos días. ¿Sabe qué podía hacer Pol en un sitio así?

—No tengo ni idea. Es... desconcertante. No debería estar aquí. ¿Cree que lo puso alguien? ¿El asesino?

Giralt no tiene respuestas, pero podía buscarlas.

—Lo investigaré —contesta—. No le quepa duda.

Hay un detalle que se le escapa a Juan Elías, pero no sabe qué puede ser. Lleva dándole vueltas a la cabeza varias horas en busca de ese cabo suelto, ese que tiene delante de sus propias narices y no ve, pero es inútil. Su concentración dista mucho de ser perfecta. Cada vez que cree aproximarse a esa pieza del puzle, ve la cara de Pol, sonriéndole, hablándole, acusándole. Da igual, es Pol, siempre Pol. Y, entonces, con su imagen en mente, olvida todo el hilo de sus pensamientos. Es frustrante.

Lo peor de todo es la sensación de que, si Pol estuviera vivo, una charla con él habría bastado para pensar con claridad. Él tenía ese don. Sabía situarse, veía el mundo de una forma más sencilla, que no simple, sin tantas aristas ni bifurcaciones. Las cosas eran de una determinada manera y había que actuar en consecuencia. Era mucho más impulsivo que Juan Elías, y, a veces, esa sangre caliente era lo que necesitaba para ubicarse en la realidad.

Escucha cómo la puerta de la azotea se abre y se cierra. Alguien debería de engrasar las bisagras, se dice. Juan se vuelve y ve a Alicia caminar en su dirección.

—¿Qué haces aquí todavía? —pregunta ella.

—No tengo ningún otro sitio adonde volver.

—Tu hija está abajo. Yo también. Pero tú... tú sigues aquí arriba.

El tono de reproche no es disimulado, sino una daga envenenada directa al estómago. Elías lo sabe, pero prefiere no decir nada para no hacer más grande la hoguera. Hay pocas cosas que deteste más que le digan cómo debe actuar en un determinado momento. Se dio cuenta cuando perdió la memoria y todos le ordenaban lo que hacer o decir. Actuaban por su bien, sí, pero él tomaba sus propias decisiones.

—Hay algo que no vemos en todo este tema, Alicia.

—¿Y vas a descubrirlo en el tejado?

—Me ayuda a pensar.

—Crees que te ayuda a pensar, que es distinto. Puedes hacerlo en cualquier parte. Y ahora mismo Julieta necesita a su padre.

Juan Elías asiente.

—Bajaré enseguida.

De un salto, sin que Alicia pueda reaccionar, se coloca sobre la repisa que da a la calle. Es un tipo alto y las puntas de sus zapatos quedan sobre el vacío. Siente cómo el aire lo azota, tratando de derribarlo a él, a su imperio, a todo lo que ha conseguido. Mira hacia el precipicio y la noche le devuelve la mirada.

—¿Qué haces, Juan? —pregunta muy seria Alicia, que ha retrocedido un par de pasos—. Bájate de ahí.

De nuevo, le dicen lo que tiene que hacer. Desea actuar en sentido contrario, dar un paso al frente, dejarse caer, volar, morir. Se siente tentado. El momento es ahora, con su hijo muerto y con la cabeza trastocada por ello. Nadie se lo echaría en cara, sino más bien se preguntarían por qué tardó tanto tiempo en decidirse.

Pero algo, otra ley no escrita, instintiva, tira de él hacia el lado contrario. Con agilidad, regresa a la terraza de un salto y se sienta sobre las losetas. Alicia, despacio, se pone a su lado.

—Elías...

—Tienes razón, Alicia. Pol no se suicidó. Yo no he podido, y él tampoco. Alguien lo ha matado.

—Elías, no vuelvas a hacer algo así.

—Necesitaba ponerme en su piel, sentir lo que él sintió. Su muerte escapa a mi razón, Alicia. Pero al estar ahí arriba, a un paso de la muerte, me he dado cuenta de que él jamás habría saltado. —Se gira hacia ella—. Alguien ha matado a nuestro hijo y vamos a encontrar al culpable.

Se quedan en silencio. Juan Elías sigue sin pensar con claridad. Se siente tan perdido como cuando quedó amnésico y redescubrió la imponente familia que tenía. Aprendió a quererlos de otra manera, más humana, menos condicionada por las rutinas del día a día. Tuvo la sensación de que era él mismo, el de verdad, después de mucho tiempo oculto en alguna parte. Y, con la muerte de Pol, todo eso se había esfumado. Necesita pensar, y para ello tiene que acabar con ese tema cuanto antes.

—Pol odiaba cuando alguien se dedicaba a juzgarlo —cuenta Juan—. «Pol, eres un tío noble», le decían. «No seas como tu familia.» —Se vuelve

hacia Alicia, quien lo mira con el entrecejo fruncido—. Me lo confesó una noche, y también me dijo que sus amigos no tenían ni idea de cómo era él en realidad. Llamarlo «noble» o «buen tío» era una forma de coaccionarlo para que no hiciera determinadas cosas, pero él lo vio venir. También me dijo «que nadie me juzgue nunca más». Así que dejé de hacerlo yo también.

—Era un buen chico. Cualquiera podía verlo.

—Estoy de acuerdo, pero detestaba que se lo dijeran. No le gustaba cómo le veían los demás, quizá porque no se correspondía a cómo se veía a sí mismo. Por eso creo que no habría querido funeral, ni entierro.

Alicia le toma del brazo y le obliga a girar el cuerpo.

—¿De qué estás hablando, Juan?

—Piénsalo, Alicia. ¿Un cura? ¿Una ceremonia con todos hablando de lo bueno que era Pol? No, eso no habría ido con él. No le habría gustado.

—Esa ya no es su decisión. El entierro es más para los que quedamos vivos que para el que muere.

Juan niega con la cabeza, muy despacio. Ha tomado una determinación y espera que su mujer la acepte.

—Quiero que lo incineremos.

—¿Qué? —grita Alicia.

—Necesito acabar con esto cuanto antes. No puedo pensar si su cuerpo todavía está entre nosotros.

—No, ni hablar. Nada de incinerarlo.

—Podemos lanzar sus cenizas en Villa Castro. Planteaba construirse una pequeña casa cerca de la gran masía, en el mismo paraje. Estaba ahorrando para ello. Ni siquiera quería que le ayudáramos económicamente. Buscaba su propio camino y debemos dárselo ahora que ha fallecido.

Alicia niega. Y niega. Y reniega. Juan Elías sabe que le duelen sus palabras, pero es el momento de tomar decisiones.

—No, Elías. No voy a quemar a mi hijo.

—Tienes que dejarlo marchar, Alicia.

—¡Así no!

—¿Entonces cómo?

Alicia no dice nada. Se muerde los labios tan fuerte que parece que vaya a sangrar. Juan observa cómo se aguanta las lágrimas, no sabe si de frustración

o de dolor.

—Es lo que Pol habría deseado —dice, incorporándose—. Y es lo mejor para todos.

Le tiende la mano. Alicia la mira un instante, dudando si saltaría al vacío con él.

Ana sueña con escapar.

En sus fantasías imagina playas de agua limpia, olas que montar con su tabla de surf, un sol tan blanco que disipa las sombras de su vida. Al contrario que en la película de Di Caprio, en su utopía no hay casi nadie. Soledad, paz y anonimato. Nadie sabe quién es, ni susurra a sus espaldas, ni la juzga por la espalda. No es Ana Saura, la chica que desapareció y resurgió de sus cenizas, sino una persona anónima que busca la felicidad.

Le gusta esa imagen: un lugar donde nadie la pare y diga «sé quién eres».

Sin embargo, sus pies la llevan en otra dirección. No quiere ir, pero debe hacerlo. Algo dentro de ella tira hacia el lado contrario, como casi siempre, pero ha sabido aplacarlo y al final opta por hacer lo que se espera de ella, por lo que ha luchado, para lo que está destinada. Vive en una prisión de azúcar, contentando las expectativas de los demás que, con el tiempo, pasaron a ser las suyas propias. No hay tanta diferencia a cuando Juan Elías la encerró en aquel zulo. Todo a su alrededor la conduce a una prisión de la que necesita huir, pero en la que decide quedarse.

Aparca el coche en el parking cercano al tanatorio y camina los últimos metros hasta la entrada. Sabe que se encontrará con un enjambre de periodistas, o mejor dicho, gente con cámara. No buscan la verdad porque ya la conocen, sino la imagen impactante, el titular engañoso, la noticia morbosa. «La superviviente Ana Saura visita los restos mortales de su primo Pol Elías.» No los odia. Al contrario, compadece a esos desgraciados capaces de pasar horas y horas de pie en la calle bajo la promesa de una paga a final de mes. Ella ha visto cómo iban y venían, viejas caras, nuevos rostros. Las agencias apenas mantenían a sus corresponsales tres meses para sustituirlos por la siguiente hornada de becarios. Sí, los medios son molestos, pero no se dan cuenta de que se están suicidando lentamente.

Suicidio. Ana se detiene antes de llegar y toma aire. Todavía no la han visto. Piensa en Pol, en su alegría por vivir, en su desparpajo, en su sentido de la familia. No puede creer que se arrojara a las vías del tren, pero quiere hacerlo, porque la otra opción es mucho más aterradora.

Alcanza la entrada y se escabulle al interior antes de que los periodistas puedan reaccionar. Llueven flashes y preguntas, los micrófonos chocan contra su pecho, pero la tormenta dura apenas unos instantes. Ya en el interior, sube unas escaleras y llega a la zona del horno.

Nadie habla. Ni siquiera susurran. Cada cual está en una esquina, mirando nada, haciendo nada. Ve a Juan, a Alicia, a Marc, a su madrastra Silvia, pero sus pies la conducen hasta Julieta.

—Hola, Juli —dice—. ¿Me puedo sentar contigo?

La niña asiente. En realidad ya se asoma a la adolescencia, pero para Ana siempre será su prima pequeña. La luz es tenue, la calefacción está muy alta, huele a productos químicos para limpiar las butacas de cuero de imitación. Hay coronas de flores con mensajes de dolor. Sin saber por qué, le recuerda a todas las fotos y vídeos que vio sobre su secuestro. Todos aquellos homenajes en la escalera de la facultad, los carteles, las velas... Tiene la sensación de revivir su pesadilla.

—Que nadie te diga cómo debes sentirte —continúa—. Perdí a mi madre y después a mi padre, y todos me daban el pésame. Pero nadie, nadie, Juli, puede entender tu dolor, porque eso es muy personal. Así que si quieres llorar, llora. Si quieres gritar, grita. Y si quieres salir corriendo, yo te llevo en coche.

Le acaricia el pelo. Sabe que hay varias miradas puestas sobre ella, pero le da igual. No va a levantar la cabeza para enfrentarse a ellas. Hoy no. Ha muerto Pol y no es momento para la guerra.

—Siento rabia —contesta Julieta—. Y no... no entiendo por qué...

—Algunos momentos en la vida no tienen explicación. Simplemente, ocurren. No vamos a encontrar nunca la respuesta, pero tendremos que convivir con la pregunta.

La toma de la mano. Quiere mostrar entereza ante su prima pequeña, que no se derrumbe, evitar el efecto contagio. Le gustaría tener el valor para llorar, para asomarse y ver el ataúd de su primo, para dar un emotivo discurso, pero esta vez sale la Ana rebelde, la que está contra las normas, y se queda junto a Julieta.

Sin embargo, la realidad es algo que no puede controlar, y Alicia Castro toma la palabra.

—Estamos todos —dice—. Primero, queríamos daros las gracias por venir en un momento tan doloroso como este. Nuestra familia os lo agradece.

Nadie dice nada. Ana observa a Marc, que la mira con tristeza, o tal vez odio. Nunca supo distinguir bien esas emociones en su hermanastro. Quizá ni siquiera él lo tenga claro.

—Pol ha muerto —continúa Alicia, y por un momento se le rompe la voz, pero enseguida logra recomponerse—. Nuestro hijo apareció en las vías del tren y la Policía piensa que se suicidó. Sin embargo, nosotros no estamos seguros de qué ocurrió realmente. Por eso os pedimos ayuda. Si sabéis cualquier cosa, lo que sea, que pueda echar luz a todo este asunto, por favor, contádnoslo.

Ana aprieta la mandíbula. Hay algo que le quema por dentro, pero no puede decírselo a nadie. Al menos, no de momento. Es su secreto y el de Pol. Ignora si está relacionado con su muerte, y teme la respuesta. Hace tiempo que no cree en las casualidades ni en la magia. Y es sospechoso, muy sospechoso, que Pol haya muerto justo ahora.

—En la cartera de Pol apareció una entrada al Museo Eclesiástico —prosigue Alicia—. La Policía va a revisar los vídeos de seguridad, pero necesitamos saber la verdad. Por favor, ahora más que nunca necesito que seamos todos sinceros y estemos juntos. Si sabéis algo, hablad.

Ana levanta la cabeza y ve de nuevo a Marc atravesándola con las pupilas. Sus ojos han cambiado. Ana cree leer en ellos algo parecido al conocimiento y se pregunta si sabe lo que Pol y ella tramaban.

TRES DÍAS ANTES

Pol volvía a ser Pol. Nada de trajes, ni zapatos charolados, ni corbatas finas como en el bufete. Una sudadera con capucha era todo lo que necesitaba para pasar desapercibido. Caminó con las manos en los bolsillos y los cascos en las orejas, aunque no llevaba música puesta. Necesitaba sus cinco sentidos alerta por lo que pudiera pasar.

Caminó primero por la acera de enfrente, hizo tiempo atándose los cordones de las zapatillas, pero no vio nada extraño en el Museo Eclesiástico. Al regresar se asomó a la puerta, pero apenas dejaba entrever la recepción, con un mostrador y una anciana aburrida que miraba una revista.

—No hay nada fuera de lugar —dijo Pol al regresar al coche de Ana.

—¿Estás seguro?

—Es una iglesia. Dentro solo habrá vírgenes y crucifijos.

Pol vio la preocupación en el rostro de su prima. La conocía demasiado bien para que pudiera disimularlo. Recordaba los momentos de compañía mutua para combatir la soledad en los últimos compases de su desaparición, cómo él intentó consolarla y al final fue ella la que lo calmó solo con el calor de su cuerpo. Ahora era su turno de proteger a Ana.

—Vamos a entrar.

—No, Pol —dijo—. Prefiero no saber qué hay ahí dentro.

—Yo estaré a tu lado. No te va a pasar nada.

—Pero...

—Salvo que seas una bruja o un vampiro. Creo que arden si les señalas con una cruz.

Pol consiguió robarle una sonrisa muy leve. Era todo lo que necesitaba. La agarró de la mano con suavidad y la invitó a bajar del vehículo.

—Venga. Follow the leader.

Caminaron hasta llegar a la entrada del museo. La anciana levantó la cabeza y los miró con suspicacia.

—Son tres euros cada uno.

—Aquí tiene.

La vieja agarró el dinero y le devolvió dos tiques. Pol guardó el suyo en la cartera junto con el cambio de la entrada. Ana lo dejó dentro del bolsillo trasero del pantalón a la espera de encontrar una papelera.

El museo era lúgubre. No solo ya por la exposición de figuras de mártires y crucifixiones, sino por la soledad que desprendía. No parecía que por allí hubiera pasado nadie en décadas. Pol repasó la sala con atención, intentando evitar las miradas de mármol de las imágenes.

—No hay cámaras.

—Claro que no —confirmó Ana—. ¿Para qué necesitan vigilar esto?

—No sé, quizás haya cosas de oro, un cáliz o algo así.

—A saber.

Avanzaron hasta una segunda sala. Era la pinacoteca, con cuadros religiosos que recordaban a lo más oscuro de la Edad Media.

—Este es el que buscamos —dijo Ana, mostrando una foto en su móvil que había encontrado en Internet.

No tuvieron que indagar mucho. El retablo era enorme y se encontraba en un sitio de honor en el centro de la sala. Mostraba el martirio de san Judas, de autor desconocido.

—Judas —dijo Ana—. El rey de los traidores.

—Aquí tampoco hay cámaras —continuó Pol—. Ya les vale.

—Céntrate —le pidió ella, nerviosa—. Quiero salir de aquí cuanto antes.

Pol deslizó la mirada por la sala hasta encontrar lo que buscaba: un radiador en la pared a la derecha del gran cuadro. Con disimulo, se arrodilló a su lado y metió la mano por uno de los extremos. Al instante notó algo en la punta de los dedos.

—Lo tengo —dijo.

—¿Qué es? —quiso saber Ana, expectante.

—No te lo vas a creer...

Decir adiós es difícil, sobre todo cuando el corazón te dice todo lo contrario. Alicia lo sabe, pero no queda más remedio. Piensa que es cierto, que un padre no debería sobrevivir a su hijo. El vacío no ha hecho más que crecer y crecer desde que se enteró de la noticia, y sospecha que irá a peor. Siente un agujero negro en su pecho donde antes tenía el corazón, aniquilando la luz, expandiéndose mientras arrasa todo a su paso. Y nada podrá detenerlo, porque Pol no está y ella se resiste a despedirse.

Ha llegado más gente aparte de la familia. Alicia ve a un grupo de amigos de Pol, encabezados por Lola, su compañera de la universidad. Ve cómo se acerca a Ana y ambas se enzarzan en un abrazo largo y lleno de lágrimas. Lola susurra algo de que era su mejor amigo. Alicia la odia. Ella seguirá con su vida, a todas luces peor que la de su hijo, mientras Pol ha terminado su viaje. Tan joven. Tan lleno de vida. ¿Por qué ha tenido que pasarles esto a ellos mientras hay gentuza que se merece el infierno? Alicia siempre creyó en salir a buscar la suerte, construir un mundo solo con sus manos, sin esperar al azar o la buena ventura. Pero esto es impredecible e inexplicable. No, la justicia divina queda para los poemas.

Marta Hess charla con Elías a unos metros. Alicia capta su ambición incluso en la distancia. Si está aquí es para marcarse un punto extra, o quizá para manipular a Juan Elías en su momento más bajo. Duda de que tenga más sentimientos que el individualismo.

Observa a su hermana Silvia, con su cara de acelga hervida, tan mustia y poca cosa. Parece que sea ella la que va de luto, a la que deban consolar, cuando no está más que por miedo. Alicia la conoce demasiado bien. Silvia teme los reproches que le caerían de no haber ido, pero no quiere estar ahí. Obedece como la oveja dócil que siempre ha sido, aunque Alicia sabe lo que esconde su piel de cordero.

Un operario del crematorio avisa de que el ritual del fuego empezará en cinco minutos. Alicia no puede creerse lo que oye: «ritual del fuego». Van a quemar a Pol y ese imbécil usa el mayor eufemismo imaginable. La muerte no es zen, sino dolor, furia, pena. Se arrepiente de haberse dejado convencer

por Elías para quemarlo. Aún piensa en su hijo como si estuviera vivo, como si pudiera sentir las llamas. No quiere hacerle más daño, y por eso intercedió en la autopsia. Y ahora lo van a quemar. No, definitivamente tuvo que haber peleado para que lo enterraran.

La puerta se abre una última vez. Alicia piensa que es algún periodista que ha conseguido burlar el control, pero es algo mucho peor. Al girarse, su corazón da un vuelco al encontrarse cara a cara con su padre, Héctor Castro.

—Lo siento mucho —dice.

Héctor trata de abrir los brazos y abrazar a su hija, pero los grilletes se lo impiden. Uno de los guardias que lo escolta le hace un gesto al otro, pero este niega con la cabeza. No le van a quitar las esposas.

—¿Qué haces aquí?

Su padre mira alrededor. Parece desorientado.

—Dímelo tú —contesta.

Alicia niega varias veces. No necesita eso. No quiere verlo, su sola presencia le revuelve las tripas. Desea que se marche, que se muera, que sea él quien ocupe el espacio de su hijo en el crematorio.

—Lárgate —dice, tratando de mantener la calma.

Ana se acerca y toma a Héctor del brazo. A Alicia nunca le gustó la relación que tuvo con su padre. Se supone que él estuvo involucrado en su desaparición y ahora lo agarra cordialmente de la manga. Esta niña disimula fatal.

—Quiero que se marche —ordena.

—Es su nieto quien ha muerto —comienza Ana, en modo abogada defensora—. Tiene derecho a estar aquí al ser un familiar directo.

—Este es un lugar privado. Yo pago todo esto, así que decido quién puede entrar y quién no.

—Ha muerto mi nieto —repite Héctor.

—Por favor, Alicia...

—He dicho que no.

Los ojos de Héctor Castro se llenan de lágrimas.

—Ha muerto Marc... —murmura.

Todos se quedan sorprendidos ante esas palabras. El propio Marc se suelta de Silvia, quien lo estaba reteniendo, y se acerca al grupo.

—Estoy aquí, abuelo —dice al llegar.

—¡Marc! —Héctor se alegra mucho de verlo—. Pero si me habían dicho que estabas muerto.

—No, abuelo —prosigue—. Es Pol...

—Pol...

El silencio se vuelve denso. Héctor mira hacia delante, pero sus ojos parecen no ver nada. Ana toma la palabra.

—Es tu otro nieto.

Alicia pierde la paciencia. No soporta la presencia de su padre en el crematorio, y mucho menos sus juegos mentales.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta, casi gritando—. ¿Me lo puedes explicar, Ana?

Ana se sorprende al escuchar la voz irritada de su tía. Alicia se da cuenta de ello. Echa una mirada furtiva alrededor y es consciente de que todos los están espiando.

—Tiene Alzheimer —dice Ana.

—¿Qué?

—Se lo diagnosticaron hace unos meses. —Ana frota la manga del anciano, como intentando que entre en calor—. Está perdiendo la memoria. Muchas veces no sabe dónde está, o quién está a su lado. A veces, las menos, está muy lúcido y lo recuerda todo, pero otras se convierte en lo que ves.

Alicia trata de buscar a su padre en los ojos de Héctor, pero para su sorpresa no lo encuentra. La montaña rusa de emociones es mucho para ella. Ha perdido a un hijo y, aunque pensó que no le importaría, también a un padre. «No es tan significativo», se dice, pero personificaba todos los males del mundo. Si tenía que acusar a alguien de todas las desgracias de su vida, allí estaba Héctor Castro. El peligroso abogado, el maquinador, el inteligente. Ahora solo quedaba su cascarón vacío, un anciano preso que no sabía dónde se despertaba cada mañana.

—¿Es eso cierto? —les pregunta a los guardias.

—Ayer preguntó varias veces por su esposa. Quería saber si volvería pronto.

La mención de su difunta madre hace que la entereza de Alicia se tambalee. Sabe que está en un momento muy vulnerable, y no quiere que su

padre le vuelva a hacer daño, aunque esté demente. La presión del grupo la incita a perdonarlo, a darle un abrazo pacificador, pero ella se niega a pasar por ese aro.

—Que se quede si quiere —dice, dándose la vuelta—. Mañana no se acordará.

Alicia avanza hasta la cristalera. Elías hace el amago de pasar su brazo sobre su hombro, pero ella lo elude. El ataúd ya está cerrado y eso la reconforta. No sabía si sería capaz de ver por última vez el rostro de su retoño. Desde otra habitación se prenden los controles y las llamas inundan el habitáculo. Y mientras ve arder a su hijo, jura que encontrará al culpable de su muerte y se lo hará pagar. Mira por encima del hombro y observa a los presentes. Se pregunta si alguno de ellos ha tenido algo que ver en lo ocurrido, y de ser así, sabrán lo que es sufrir la ira de Alicia Castro.

Las cenizas están frías. Juan Elías sostiene la urna funeraria y piensa que debería de estar caliente, conservar algo del calor de las ascuas. Pero no es así. El metal no transmite sensación térmica alguna pese a que han quemado a su hijo a más de 900 °C.

No piensa en el más allá. Su mente es demasiado racional para eso. No cree en ángeles ni demonios, ni en castigo ni en perdón. La muerte no es la antesala de nada más que de la desaparición. Y, en el caso improbable de que hubiera un lugar adonde ir, tampoco le importa porque Pol y él estarían separados. No se pueden volver a juntar dos partes que ya están rotas.

Porque alguien ha matado a Pol.

La gente se ha marchado. La familia aguarda en la sala de espera. Juan piensa que ahora queda lo más difícil: volver a la normalidad. Y eso lo aterra.

—Tengo que irme —le dice a Alicia, a su lado y a la vez muy lejos de él.

—¿De qué estás hablando?

—Lo siento —se disculpa—. No puedo aguantar un segundo más aquí dentro.

Le tiende la urna con las cenizas y sale de la sala. El crematorio les ha preparado una salida trasera para que puedan evitar a los periodistas. Juan llega al sótano, pasa varias habitaciones vacías y al fondo ve la salida. Antes de alcanzarla, una mano lo agarra por la espalda y lo obliga a girarse.

—¿Cómo te atreves? —le grita Alicia, enfurecida—. ¿Cómo te atreves a desaparecer así?

Juan se zafa de su mano con violencia. Pega un tirón hacia el lado contrario y yergue todo su cuerpo para ponerse frente a ella. Da un paso adelante, no piensa retroceder ni un metro más.

—Fuiste tú la que me echaste de casa —le recrimina—. ¿Qué quieres que haga?

La cara de Alicia es de puro asco, como si Elías se hubiera convertido en una montaña de basura. Se pregunta si siempre lo vio con esos ojos, cuando se besaban, cuando planificaban el futuro juntos. Él no tiene la sensación de

haber cambiado, siempre fue el mismo, sin engañar a nadie, así que quizá la que se ha transformado sea ella. Sin duda alguna.

—Sigues siendo un cínico —dice Alicia, masticando cada palabra.

—Soy realista —contesta con todo el cinismo del que es capaz solo para molestarla.

—No me importa una mierda lo que te pase, Elías —prosigue ella, analítica—. Por mí como si revientas. Pero ahora más que nunca Julieta necesita a un padre.

La mención a su hija le sacude por dentro. Nada le apetece más que abrazarla y estar con ella, protegerla hasta el fin de los tiempos para que no le ocurra lo mismo que a Pol. Pero si quiere defender a su familia, sabe que tiene que ser proactivo en vez de pasivo, y no le queda otra que marcharse de allí a entrevistarse con el demonio.

—Todos vivimos el dolor a nuestra manera, Alicia. Yo no puedo perder más tiempo aquí.

Alicia se da cuenta. Elías ve cómo saltan sus alarmas, los ojos se le ensanchan y el entrecejo se frunce todavía más, si es que algo así es posible.

—¿Sabes algo? —pregunta.

Elías niega.

—Lo mismo que tú.

No miente, pero tampoco cuenta toda la verdad. Eso forma parte del juego. Lo mejor para ella es que no sepa lo que le pasa por la cabeza.

—No, sabes algo. A mí no me engañas. —Lo agarra por la pechera en una acción más teatralizada que efectiva—. ¿Qué estás tramando?

—Necesito tiempo para aclarar todo esto, ¿de acuerdo?

Ella no lo suelta. Aprieta los dientes. Juan sabe que está viendo culpables por todas partes. La paranoia no es buena consejera.

—Tienes que hablar con la Policía y contar lo que sabes, Elías.

Juan se separa de ella con un gesto. Da un paso atrás y se quedan mirando, como dos viejos pistoleros antes del duelo final en el salvaje oeste. Alicia se humedece los labios y dice:

—No puedes actuar en solitario. —Ahora el tono es de súplica, pero Elías no va a cambiar de opinión—. Tenemos que afrontar esto juntos, encontrar al asesino y arruinarlo en la cárcel. Así es como actuamos.

—Así es como actúas tú —matiza—. Yo maté a Ezequiel Cortés, ¿recuerdas?

Es algo que olvidan pronto. Los malos recuerdos tienden a acabar en el vacío, en ese lugar oscuro y sórdido de nuestro interior donde es mejor no mirar. Él es un asesino. Lo ha aceptado. Y Alicia lo sabe, aunque prefiere no darle importancia. Nadie quiere que un psicópata bese a tus hijos.

—¿Vas a matar a...?

—¡Han asesinado a Pol! —grita—. Por supuesto que acabaré con el culpable de esto. Tú lo dijiste: nos han atacado y no tenemos que defendernos. Un ataque implica violencia, consecuencias, y no quiero que esto salpique a Julieta.

«Ni a ti», piensa, pero no lo dice. Solo quiere que entienda que al atacar también está protegiéndolas.

—No sé cómo va a acabar esto, Alicia. Pero si todo se me va de las manos, si acabo en prisión... —Se interrumpe, agacha la cabeza, se concentra en la punta de sus zapatos, vuelve a levantar la mirada—. Alguien debe quedar impune para cuidar de Julieta.

Alicia no se mueve. Elías se da cuenta de que no lleva las cenizas que le ha dado. Por un instante teme que las roben, que se pierdan, que alguien le haga daño. Agita la cabeza. Es un pensamiento demasiado humano y debe desterrarlo si quiere estar operativo para lo que viene.

—Vuelve con Julieta —dice—. Quédate a su lado. Necesita a su madre mucho más que a mí.

Y se marcha de allí sin mirar atrás.

A Marc Castro le enseñaron desde pequeño que si peleaba por sus sueños, estos se harían realidad. Es un concepto muy de moda hoy en día. De hecho, se ha comprado varios libros de autoayuda que hablan de eso mismo. «Lucha, y lo lograrás.» «Esfuézate, y alcanzarás tus metas.» Así lo hizo en todos los aspectos de su vida: gimnasio, estudios, familia.

Hasta que llegó Ana y, por más que se esforzó, no logró sus propósitos.

O, mejor dicho, no consiguió conservar sus logros. Porque él suspiraba por ella a escondidas. Estaba enamorado, aunque no se atrevía a reconocerlo. ¿Se puede estar colado por tu hermana? Solo si no lo es en realidad, si es esa chica que vive en tu casa a la que tratas como si fuera de la familia. Nunca se pelearon, nunca discutieron, nunca se enfrentaron por un juguete, por un privilegio o por el amor de sus padres. Eran algo distinto, más que hermanos. Cómplices. Se contaban sus intimidades, sus miedos, sus anhelos. Ana quería marcharse lejos, vivir otras vidas, correr aventuras, soñar. Marc solo quería estar con ella. Y, una noche de borrachera, la tuvo. No fue como a él le habría gustado, pero bastó. Sin embargo, algo se cristalizó y ya no volvió a su estado anterior. Ana dejó de ser su hermana, pero también su confidente. Él quiso que fuera su pareja, pero ella prefirió convertirse en una desconocida.

Y Marc peleó, se abrió a ella, luchó con todo lo que tenía... y perdió.

La observa marcharse desde la ventana. La muerte de Pol ha sido un palo muy grande para ella, está seguro, pero le duele que no lo haya usado como paño de lágrimas. No entiende por qué, dado que él estaba ahí, se ofrecía a ella, no le habría importado. Se niega a confesar que incluso lo deseaba. Y al verla alejarse por la puerta de atrás se imagina que jamás la volverá a ver, y decide creer una vez más, luchar por lo que es justo.

—Me voy, mamá —le dice a Silvia—. Nos vemos en casa.

—¿Adónde vas?

Marc sabe las sospechas de su madre. A su manera, es una mujer muy lista. En muchas ocasiones se hace la tonta para que la gente le cuente cosas. O habla de sí misma como si fuera una víctima y así obtiene lo que necesita.

No la verá nadie en primera línea de batalla, pero desde su trinchera consigue sus objetivos. Marc lo sabe y prefiere no alargar la conversación.

—Luego hablamos —dice antes de salir escaleras abajo.

Casi al instante se arrepiente de haberlo hecho. Su modo de defensa ante su madre es huir, alejarse de ella y de todos, tratar de que nadie sepa nada y arreglarlo todo por su cuenta. No le ha dado demasiados resultados en el pasado, pero él se sabe portador de la verdad, por lo que no puede estar equivocado. Y si pelea por algo justo, logrará sus objetivos. Abanderado con esas razones se enfrentó con los Elías cuando desapareció Ana. Y aunque se metió en más de un lío, salió airoso y Ana regresó. No fue gracias a él, pero lo que tiene claro es que ahora que la ha recuperado no volverá a perderla.

Atraviesa la puerta de salida y no la ve. Sospecha que se ha marchado deprisa. Sabe que hay un parking en las inmediaciones, así que sale corriendo hacia allí. Un periodista cree reconocerlo, pero no sale en su busca, sino que descubren la entrada trasera al crematorio. Lo siente por los que han quedado dentro, ya que no podrán esquivar a los medios, pero no es su culpa. Nunca lo es.

La encuentra pagando con tarjeta en una de las máquinas automáticas.

—Ana... —dice con voz dulce.

Ella se asusta. Se gira y se lleva la mano al pecho. Esa no era la reacción que esperaba, aunque se lleva repitiendo una temporada.

—Dios, Marc. ¿Qué haces aquí?

—No hemos hablado nada en el tanatorio.

Ella mira hacia el cielo y suspira. Marc cree que Ana teatraliza, que solo lo hace para molestarle, para marcar distancias. La versión de la realidad que tiene Marc siempre es más idealizada. Le gusta así. Es más digerible que la verdad.

—No era el momento, ¿vale?

—¿Y cuándo es el momento?

—No lo sé. —Se gira de nuevo hacia la máquina y extrae el recibo—. ¿Qué quieres que te diga? Prefería estar con Julieta. Es ella la que ha perdido a su hermano.

Se sabe hundido en un mar negro, pero de vez en cuando sale a la superficie a respirar una bocanada de aire. Y allí está ella, surfeando sobre las

olas, y se vuelve a sumergir por voluntad propia. Pero otras veces ella lo arroja, lo aplasta y tarda tiempo en volver a asomar la cabeza. Así que decide pasar al ataque antes de que le hagan daño.

—¿Y tú qué? —pregunta Marc.

Ana le ignora. Le sale bien. Camina hacia los coches aparcados en batería y lo deja atrás. Él da un par de zancadas y se pone a su altura.

—¿Yo qué? —contesta Ana al fin.

—¿Acaso no te afecta lo de Pol?

—Pues claro. ¿A ti no? Pero no es lo mismo un hermano que un primo.

—¿Y un amante?

Ella se detiene ante su vehículo. Él ve brillar algo en sus ojos y lo interpreta erróneamente como pasión.

—¿De qué hablas ahora? —pregunta Ana, alterada.

Marc aprieta los labios. Quiere parecer digno. El conocimiento otorga poder, y él sabe algo.

—Os seguí —dice—. Os vi juntos.

Ana abre mucho los ojos. Marc fantasea con que se derrumba, que se pone a llorar contra su pecho, que se lo cuenta todo. Es lo que hacen los hermanos, o eso cree. Confunde lo que le gustaría que fuera con lo que realmente será.

—¿Que has hecho qué?

Ella no va a buscar su abrazo. Ni siquiera parece que vaya a confesarle qué hacían juntos. Esta vez su enfado es más evidente y Marc lo siente de frente, casi una bofetada. Sabe que ya es tarde para echarse atrás, que su papel es el de hermano protector, pero también puede ser más conciliador.

—Solo fue esa vez, te lo juro, Ana —miente—. Te noté preocupada y quise saber qué te ocurría.

—¿Ya vuelves a las andadas, Marc? —Su voz suena exasperada, pero él no lo nota—. ¿Seguirme, en serio?

—Os vi entrar juntos al Museo Eclesiástico. —Se pone serio—. ¿Qué está ocurriendo, Ana?

—No es asunto tuyo.

—¿Por qué no se lo has dicho a Alicia?

Ana no lanza una sonrisa sarcástica. Marc hace todo lo posible por

malinterpretarla, pero no lo logra y su mensaje llega nítido a su cabeza: «eres idiota».

De nuevo, Ana lo ignora. Monta en el coche y enciende el motor. Marc se siente dolido por que no confíe en él, pero si es así como quiere jugar, le parece bien. Golpea un par de veces la ventanilla del coche hasta que ella lo mira y entonces lanza su ataque final.

—O me lo dices a mí o se lo cuento a Alicia.

Es difícil pasar página. A veces se siente anclado a ese momento del pasado, preguntándose qué habría sido de su vida de haber actuado de otra forma. Se arrepiente y luego se dice que era lo que tenía que pasar, pero el destino choca con sus enseñanzas de sacrificio y perseverancia. Así que le da vueltas a la cabeza y por más que gira y gira no encuentra la salida a su laberinto y continúa ahí, en las redes de Ana. Siempre Ana.

—Tienes que contármelo, Ana. Soy tu hermano. Confía en mí.

Pero si luchas por lo justo, saldrás victorioso.

CUATRO DÍAS ANTES

Cuando alcanzas tu sueño y entras en la rutina, a veces te sientes decepcionado. Ana se preguntaba al entrar por la puerta del bufete qué le tocaría hacer ese día. Era una de las socias, pero aún quedaba mucho camino para que pudiera tomar decisiones. De momento, Juan Elías se fiaba más de Marta Hess.

Ana no sabía si era un obstáculo o una aliada. Esa percepción variaba según tuviera el día Hess. En alguna ocasión era capaz de resolver situaciones complicadas en apenas dos segundos, y otras impedía que nadie más avanzara. Los casos que llevaban eran distintos, pero todos repercutían de una u otra forma en el prestigio del bufete, el cual empezaba a remontar tras el escándalo que protagonizaron Heredia y Elías con motivo de su desaparición.

—Ya está aquí Cenicienta —se burló Hess al cruzársela por el pasillo—. ¿Ha dormido bien la princesita?

—Hola, bruja del Norte. No he descansado tan bien como tú. ¿Eso que huelo es desodorante de hombre?

—Entre las necesidades básicas del ser humano está comer, beber, dormir y cagar. Pero yo añado la de follar. Incluso diría que es la más trascendental.

—Que algo sea placentero no quiere decir que sea importante.

—Confundes el orden: todo lo que hacemos o decimos busca como fin último tener placer. El atajo más rápido es nadar en dinero para comprar una buena cama, un buen filete o una tele grande. Si no sabes disfrutar de la vida, te vuelves una amargada.

—¿O una cínica?

—No, cariño. Cínica se nace.

Pese a lo que pudiera parecer desde fuera, había un respeto mutuo en mitad de todo el desafío. Hess siempre buscaba los límites de las personas, saber hasta dónde podía llegar para, más adelante, sobrepasar esa línea y poner la frontera más lejos. Ana admiraba su seguridad, su constancia, su

inteligencia y, sobre todo, envidiaba su mala hostia. Soñaba con ser como ella, pero al mismo tiempo temía convertirse en un monstruo. Desde que murió Ramón Saura, su padre, el miedo a quedarse sola creció y creció hasta ponerles freno a muchos de sus impulsos. No quería perder lo que había conseguido, aunque tampoco estaba segura de apreciarlo en toda su magnitud.

No se despidieron. Ana lo consideraba una más de las estratagemas de control de Hess. Se preguntaba si de haber pesado 120 kilos se comportaría del mismo modo, y se contestó a sí misma que no, pero que habría aprendido otra clase de técnicas para conseguir sus objetivos. Marta Hess era una bomba que parecía a punto de explotar, pero que en realidad no dejaba de detonar ni un solo instante.

Al llegar a su despacho encontró a la secretaria ordenando papeles mientras hablaba por el teléfono fijo y consultaba algo en el ordenador al mismo tiempo.

—Un momento —le dijo a su interlocutor al otro lado del auricular—. Señorita Saura, tenemos el recurso del caso de la joyería y acaba de llegar la sentencia del tema del alzamiento de bienes. Al final el juez ha reulado y ha aceptado la nulidad del juicio al considerar ilegales las escuchas de la Policía.

—Estupendo —contestó Ana.

—Le he dejado el correo encima de su mesa junto con los documentos que tiene que firmar y sellar. —La mujer regresó a la conversación telefónica—. No, te repito que «dal» no significa «decilitro», sino «decalitro», así que se anula el análisis de sangre a no ser que puedan demostrar que le sacaron 5 decalitros al sospechoso.

Dejó a la secretaria discutiendo sus temas y cerró la puerta del despacho. El mail rebosaba de spam, al igual que el correo ordinario. No sabía la cantidad de seguros para abogados que podía haber, pero calculaba que más de mil, dado que cada día recibía tres o cuatro ofertas distintas. Una tras otra fue destruyendo las cartas en la trituradora de papel. Era una costumbre que había ido adquiriendo por orden de Juan Elías, y le pareció el consejo más sensato que le habían dado en su formación.

Un sobre le llamó la atención. Era pequeño, pero estaba acolchado. No tenía remitente, pero en la parte del destinatario había una etiqueta con su

nombre impreso. Lo abrió con calma y le sorprendió que estuviera vacío. Iba a destruirlo cuando cayó una tarjeta de memoria negra.

Ana observó el cuadrado de plástico con curiosidad. No tenía claro cómo actuar en estos casos, si enviando la memoria al departamento informático por si acaso era un virus, o si acceder directamente por si se trataba de información confidencial. Revisó de nuevo el sobre en busca de alguna nota con instrucciones, pero allí no había nada.

Decidió arriesgarse. Ya apenas tenía momentos en los que lanzarse de cabeza hacia lo desconocido, así que no le hizo ascos a ese nuevo misterio. Introdujo la tarjeta de memoria en el lector del portátil y esperó. El antivirus no detectó ninguna anomalía y abrió automáticamente una lista de acciones a realizar. Ana pulsó en «abrir».

La memoria contenía un único archivo de texto. Ana hizo doble clic y accedió a su contenido. Lo que leyó la dejó sorprendida. En mayúsculas, sin ningún formato o floritura, se podía leer el siguiente mensaje:

**MARTES.
MUSEO ECLESIAÍSTICO DE SAN JUAN.
CUADRO DEL MARTIRIO DE JUDAS.
TRAS EL RADIADOR**

Algo le llamó la atención. Al final del mensaje se veía un marco negro. Pensó que la pantalla había partido la página y abajo había algo que todavía no había visto. Hizo scroll con el ratón y la pantalla se deslizó hacia abajo.

Fue entonces cuando su corazón dio un vuelco.

El archivo contenía una foto. Se la veía a ella, de frente, mirando a la cámara. Sabía exactamente en qué momento fue tomada, dado que fue ella misma quien lo hizo hacía casi dos años. La imagen correspondía al vídeo que grabó inculcando a Elías de su desaparición, contándolo todo.

Un vídeo que, creía, estaba a buen recaudo en una notaría. Un vídeo del que apenas unas pocas personas conocían su existencia. Un vídeo que, en realidad, solo ella sabía dónde estaba.

El cerebro de Ana se puso a trabajar a toda velocidad. Atar cabos no le costó ningún esfuerzo. Estaba claro que alguien había accedido a esas imágenes y ahora le estaba haciendo chantaje. Ese fotograma no era más

que el primer aviso. La pregunta que le rondaba por la cabeza era saber quién estaba detrás de todo.

En ese instante entró Pol al despacho sin llamar. La reacción de Ana fue bajar la pantalla del portátil para evitar que lo viera, pero al instante se arrepintió de hacerlo pues levantó las sospechas de Pol.

—¿Qué ocurre?

Ana dudó. ¿Debía mantenerlo en secreto o podía confiar en él?

Giralt trataba de no dejarse llevar por las emociones. Sabía que existe una diferencia abismal entre lo que se espera y la realidad. Los golpes le habían enseñado que eso era así, que no cambiaría, y para recordárselo tenía un reloj con cuenta atrás que marcaba la esperanza de vida de los desaparecidos.

El caso de Pol Elías es distinto. Todo hace indicar que se ha suicidado, por lo que revisar de nuevo todo el informe le parece una pérdida de tiempo. Sin embargo, accedió ante las súplicas disfrazadas de exigencia de la jueza Castro. Aquellas eran horas extras que nunca le pagarían, pero no le importaba con tal de tener la conciencia tranquila.

A la luz del día las vías lucían de otra manera. El cielo ya no amenazaba lluvia y el sol brillaba tras algunas nubes blancas. Algunas flores amarillas brotaban de la tierra anunciando la llegada de días mejores, más cálidos, más fértiles. El lugar donde encontraron el cuerpo la pasada noche ya estaba despejado, permitiendo la circulación de trenes, tal y como sus superiores, y los superiores de estos, habían priorizado.

El método de Giralt es científico. Primero observa la realidad, y solo en ese momento se deja llevar por sus corazonadas. El mirar detenidamente sin sacar conclusiones precipitadas, sentir los palpitos que le indicaban qué era importante y qué accesorio, le habían convertido en un buen policía. Después de observar, procedía a formar una teoría, y mediante la inducción iba rellenando los huecos que fallaban en la historia con tal de generar una hipótesis. Tras eso llega lo más complicado: verificar lo que sabe y comprobar si es cierto o no, lo cual a veces necesita de mucho papeleo.

—No sé qué esperas encontrar aquí —dice García, a su lado—. Los del turno de noche ya peinaron toda esta zona.

—A veces es más importante lo que falta que lo que está. —Giralt le pasa el informe del forense—. Pol Elías tenía los zapatos limpios. ¿Qué te dice eso?

García se mira sus propios botines. Los tiene llenos de barro hasta casi la mitad. En aquella parte, el sitio es un lodazal.

—Esa noche llovió —continúa García—. Quizá la lluvia arrastró la tierra de su calzado.

El inspector Giralt no lo ve tan claro. Algo falla en esa idea.

—El tren le pasó por encima. Encontramos un zapato a diez metros y el otro a cinco. Tenían alguna mancha, pero no en las suelas. Estaban impolutas, sin rastro de barro. Además, ya he comprobado el parte meteorológico y durante esas horas no llovió en esta zona.

—No todo es fango. —García señala alrededor, marcando una posible ruta que esquivaba los charcos.

—Es posible, pero no probable —matiza Giralt—. Si alguien se quiere suicidar, se mata y ya está. No da un rodeo para no mancharse los zapatos. Y, en el caso de que fuera así, no concuerda que luego se tirase a las vías, mojadas y sucias como están, a esperar a que pase un tren.

Giralt camina en círculos. Su mente va desechando lo que es inverosímil y trata de quedarse solo con los hechos contrastados.

—Entonces vino volando, como Superman —bromea García.

—O alguien lo cargó en hombros y lo depositó en las vías.

—El forense no encontró rastros de drogas en su sangre. —García indica un párrafo del informe—. ¿Cómo pudo traerlo sin que se resistiera?

—Tal vez estaba inconsciente... o muerto.

Las teorías se ramificaban por momentos, y eso solo serviría para complicar más todo el asunto. Necesitaba filtrar todo lo que sabían, encontrar un camino directo a las respuestas. De lo contrario prevalecería la verdad oficial, en la que se contaba que Pol Elías, con sus zapatos immaculados, se suicidó en mitad de un cenagal.

—Encontramos su coche allí. —Giralt señala una zona en la que está la valla caída—. Por tanto, si vino caminando, tuvo que seguir esta dirección. Pero ¿cómo sabía que justo ahí se podía acceder a las vías?

—Conocía el terreno.

—Según su familia, no había estado aquí nunca.

—Tal vez justo aquí no, pero sí por las cercanías.

Giralt mira de nuevo alrededor. Inducir, crear una hipótesis y deducir. Pero primero, el paso más importante, era observar.

El lugar está desierto. No hay nada en ninguna dirección. Por la parte sur

aparecen algunas viviendas de los barrios deprimidos de la zona. Al otro, comienza el polígono industrial. El resto es el descampado de las vías, donde aparece algún arbusto a los lados. Nada fuera de lo común, pero ese pálpito, ese instinto que le dice que persiga a un fantasma aunque no lo vea, le empuja a ser más exhaustivo y metódico.

Extrae su móvil y accede a su ubicación en el mapa. El GPS le da las coordenadas precisas, así como todo lo que tiene alrededor con vista por satélite. Comprueba la ubicación de la barriada cercana, así como del polígono, pero algo le llama la atención.

—¿Qué es esto? —pregunta a García.

García primero amplía el mapa y luego accede a la opción de Street View. Con un par de movimientos más logra obtener una imagen nítida de lo que perturba a Giralt. En la pantalla observan un edificio semiderruido, con el tejado en el suelo, de cristales rotos y ventanas arrancadas.

—Parece un...

—Es un colegio —zanja Giralt—. Y parece que lleva abandonado algún tiempo.

—¿Crees que Pol Elías vino desde allí?

—Vamos a investigarlo.

Silvia entiende que todos los cambios son siempre para peor. Lo ideal es dejar las cosas como están, sin darles más vueltas, sin preocuparse en exceso. Cuando su padre, Héctor Castro, mató a su madre y cambió el testamento, todo se convirtió en una desgracia. Cuando murió Ramón, volvió a quedarse sola. Y ahora ha fallecido Pol, y todo parece teñido de gris. Sí, es mejor que nada cambie, porque los cambios significan la muerte.

El microondas emite un pitido indicando que el agua ya está caliente. Saca las dos tazas y las coloca sobre una bandeja, junto a varias infusiones. Sale con todo y llega hasta el comedor, donde su hermana Alicia observa cómo duerme la pequeña Julieta.

—Crecen tan rápido... —dice mientras le acaricia el pelo a su hija—. Ella cada día está más joven, y a mí me cuesta esfuerzo ponerme en cucullas.

Han ido al piso de Silvia. Alicia no quería volver a su casa y enfrentarse a la realidad de que nada volverá a ser lo mismo, de encontrar su habitación vacía pero no atreverse a quitar nada por miedo a perturbar su recuerdo. No lo pronunció en voz alta, pero Silvia supo leer su mirada. Así que se sentaron en su salón, pusieron la tele de fondo y prepararon un té.

—Siempre será tu pequeña, Alicia —añade Silvia, pasándole una taza—. Aunque tenga cincuenta, sesenta, cien años... dará igual, porque tú siempre verás a tu hija como a una niña.

Julieta se remueve en sueños. Alicia le ha dado un tranquilizante, algo que jamás habría hecho Silvia por miedo a no verla despertar. En el fondo, Silvia le tiene miedo a todo.

—Los hombres no pueden entender que los hijos siempre serán parte de nosotras —continúa—. Crecen en nuestras entrañas, son parte de nuestra sangre. Ellos, simplemente, un día despiertan y tienen un bebé entre sus brazos.

Alicia niega con la cabeza y sonrío con amargura.

—Continúas siendo una idealista —contesta—. Mi visión del mundo es más pragmática, más racional. Tienes hijos, los crías, los disfrutas, y los ves

partir cuando están preparados. Pero lo de Pol...

—Ninguna madre debería pasar por algo así.

Silvia intenta hablar poco. Prefiere que sea Alicia la que le abra su corazón, aunque sabe que es improbable. Aun así, los nervios le hacen sacar temas de conversación constantemente para evitar los silencios.

—¿De verdad crees que lo han asesinado? —pregunta.

Alicia no responde. Sigue absorta mirando a su hija pequeña, lo único que le queda. Poco a poco, abandona su postura cansada y se inclina hacia su hermana. Silvia aguarda, expectante.

—Algo me hace pensar que es así —explica—. Por más que trato de imaginar a Pol suicidándose... no, es imposible, él jamás haría algo así.

—¿Y qué opina Elías?

Alicia lanza una sonrisa socarrona que se agota casi al mismo tiempo de nacer.

—¿Quién sabe lo que le pasa a Elías por la cabeza!

—Es tu marido.

—Estamos separados.

—Pero estuviste años a su lado. Tiene que haberte contado algo.

—Elías es un experto en guardar secretos. A veces pienso que no sé quién es en realidad. ¿Qué música le gusta? ¿Qué libros lee? ¿Ve películas, o practica deporte, o tiene amigos? Son aspectos de una relación que cualquier esposa debería saber. Pero Elías no escucha la radio, no lee más que tratados de derecho, nunca pone la televisión, ni va al gimnasio, y su núcleo cercano somos su familia.

Silvia escucha con atención. No quiere perder detalle de lo que diga su hermana. Es de las pocas veces que recuerda que Alicia le cuenta asuntos familiares, y le sorprende que no haya tenido que tirarle de la lengua. Era complicado saber qué pensaba Alicia Castro, pero más todavía saber qué sentía.

—Esa es la verdad —prosigue—. Elías tiene un plan en mente para su familia y para su trabajo, pero solo me cuenta aquello que desea que conozca en el momento que decide.

Las palabras de su hermana no sorprenden a Silvia. Considera a Elías un libro cerrado, imposible de abrir por nadie. Solo descubren lo que trama

cuando ya ha pasado, como cuando se presentó a las elecciones al rectorado solo por fastidiar a Ramón, y además usó a Ana en su contra. Aquello no fue casual, ni un acto improvisado, sino que lo llevaba madurando mucho tiempo en su interior, en silencio, sin que nadie sospechara nada. Y así era en todas las demás facetas de su vida. Para Silvia, Juan Elías no era solo un tipo discreto, sino también traicionero.

—Cuando perdió la memoria empezaron a surgir temas que había mantenido en secreto durante años. —Alicia toma un trago de su infusión—. Cosas que no le había contado a nadie, que se guardaba para sí mismo, y que al final le explotaron por los cuatro costados.

—¿Como cuáles?

La pregunta de Silvia trastoca el monólogo de su hermana. Silvia cree que lo ha fastidiado, que ha tensado demasiado el cable, que se ha dado cuenta de que no estaba pensando en voz alta, que su hermana estaba allí de testigo. No dice nada durante un buen rato, alargando uno de esos silencios que tanto molestaban a Silvia.

—Es decir —continúa para intentar arreglarlo—, tal vez Elías sepa algo sobre la muerte de Pol.

—¿Qué tratas de decir?

Alicia se pone seria. Silvia traga saliva. No le gustan los cambios. Prefiere sentir a su hermana amigable, no la inquisidora que surge de vez en cuando.

—Tú lo has dicho, Alicia. Es difícil saber qué piensa Elías. Por eso digo que tal vez sepa algo que no haya contado.

Alicia niega con la cabeza, muy despacio.

—No —dice muy segura—. Elías amaba a Pol. Si supiera algo de lo que ha ocurrido, lo diría.

—¿Por qué estás tan convencida? Tengo la sensación de que Elías suele arreglar sus propios asuntos sin pedir ayuda de nadie.

Alicia se gira hacia su hermana. Silvia ve que ha despertado a la bestia. Sus ojos brillan con llamas de antaño, la gorgona se agita en su interior, el ambiente se vuelve más frío por segundos.

—¿Por qué tratas de hacerme dudar de Elías?

—¿Yo? —Su interpretación de mujer ofendida va más allá de la sobreactuación para pasar a ser casi una parodia—. Pero si has sido tú quien

me ha contado todo eso de que no le conoces.

—El que no le guste la música no quiere decir que sea capaz de estar involucrado en la muerte de su hijo.

—Yo no he dicho eso, Alicia.

—Pero lo piensas. Te conozco muy bien, hermanita.

Silvia se siente avergonzada. Es una sensación habitual. Sus conversaciones con su hermana suelen acabar así, con Alicia sobre ella alzándose victoriosa. No le importa, ya es costumbre, e incluso busca aparentar ser menos de lo que es. La mosquita muerta, la que nunca ha roto un plato, la mujer sumisa que nadie miraría dos veces.

—Entonces, ¿dónde está ahora?

El dardo envenenado golpea a Alicia de lleno. Silvia se arrepiente casi de inmediato. Prefiere estar en segundo plano, no atacar de frente, pero a veces sale esa fiera que se agazapa en su interior y que se disfraza con piel de cordero. Primero lanza el zarpazo y después se esconde. No quiere que cambie nada, aunque a veces tenga que romper algo para lograrlo.

Silvia sabe que la duda está creciendo en el cerebro de Alicia. Debía hacerlo, sembrar las sospechas hacia Elías, porque su hermana sigue ciega de amor por él y en un momento tan duro no es capaz de ver la realidad. Ha tenido que empujarla para que empezara a correr sola, pero era necesario. A veces no se sabe lo que se tiene delante hasta que alguien lo señala con el dedo.

—¿Puedes quedarte con Julieta esta noche? —pregunta Alicia.

—¿Te marchas?

—Necesito comprobar una cosa.

—Pero... la niña...

—Necesita a su madre, ya lo sé. —Alicia levanta la voz por primera vez, pero al instante vuelve a callarse por miedo a despertar a su pequeña—. Pero no puedo desdoblarme y ahora tengo que estar en otro sitio. ¿Puedo contar contigo?

Silvia asiente en silencio. Ella es el apoyo, la muleta que necesita para no caer, se siente realizada en ese papel. Cuidar de los demás, asegurarse de que estén bien.

Para que nada cambie. Para que todo siga igual.

Confiar en alguien es lo más difícil. Lanzarse al vacío sin red esperando que el otro trapecista llegue a tiempo de agarrarte de los brazos requiere no solo de valentía, sino también de un poco de locura. Una vez que cuentas un secreto en voz alta, este ya no te pertenece, no puedes controlarlo, pero él sí puede ejercer control sobre ti.

Ana observa a Marc pensando en todo eso. Trata de poner en orden sus pensamientos, organizar una línea temporal coherente que le permita explicárselo todo con las mínimas palabras posibles. Desea acabar con eso cuanto antes para intentar encontrar una solución al lío en el que se encuentra metida, pero duda de que Marc pueda aportarle ninguna solución.

A Ana le molesta que Marc repase su casa con la mirada una y otra vez. Es la primera vez que su hermano la pisa y parece que trate de memorizar cada objeto, cada lugar, para luego recrearlo en su mente e idealizarlo, como siempre hace. De repente ve agredida su intimidad, incluso en los objetos más banales a los que no solía prestar atención, se convierten en piezas de su identidad y no desea que Marc las mire. No con esos ojos. Ana no ve en él a un niño enamorado y bienintencionado, sino al tipo que les ha estado siguiendo. La línea que separa al admirador del acosador es muy fina.

—Alguien me está chantajeando —explica.

Marc deja de curiosear el cuarto de estar y mira a su hermana. Toma asiento en el sofá, mientras que Ana se coloca en un sillón que da a la ventana.

—¿Desde cuándo?

—Hace cinco días recibí un archivo de memoria con un contenido que... me perjudica.

—¿De qué se trata, Ana?

Marc no entiende que ella le contará solo lo que quiera, no lo que él le pida, pero aun así lo intenta. Se parece tanto a Silvia que le da rabia. Ve en él la misma debilidad de su madre, las mismas carencias afectivas que suple con ánimo de ayudar a los demás, cuando en realidad intentan llenar el vacío que

sienten por dentro.

—Eso no importa ahora —prosigue—. Revisé la memoria en busca de alguna pista, pero no había dejado marca digital de ningún tipo. Quien lo haya hecho, sabe borrar sus huellas.

—Pero ¿con qué te extorsionan?

Ana se da cuenta de que no puede proseguir su historia sin explicar algunos detalles. Hace un plan mental del camino que va a tomar y sigue hablando.

—Hace un tiempo grabé un vídeo, y no es lo que te imaginas —añade antes de que Marc pregunte si salía desnuda—. Lo tenía a buen recaudo, o eso creía, en una notaría del centro.

—Espera, espera. ¿Crees que tu notario te está...?

—Déjame terminar, por favor —le pide ella. Su paciencia disminuía a toda velocidad con Marc, sintiendo que era una molestia más que una ayuda—. Lo primero que hice fue ir corriendo a la notaría. Allí me dijeron que el notario había fallecido por un infarto, pero que nadie quiso tomar el control de su negocio. No se encontró socios dispuestos a llevar su oficina, es de locos.

—¿Entonces no fue él?

—Los hijos contrataron a una gestora para que se hiciera cargo de sus asuntos e informara a los clientes. Al verme, me dio los papeles que firmamos y me entregó la llave de una caja en un banco. Cuando fui, la caja estaba vacía.

—Allí estaba el vídeo —deduce Marc—. Y alguien se lo había llevado.

—La directora del banco me puso las cámaras de seguridad. Al parecer, un tipo se presentó con el DNI del notario y abrió esa caja con una copia de la llave.

—Dios, ¿entonces mataron al notario para conseguir la llave y el DNI?

—O se aprovecharon de su muerte para ello. No lo sé y no creo que sea importante.

—¿Y quién era el tipo que abrió la caja?

—Un yonki.

—¿Qué?

—No lo reconocí allí, pero al salir lo encontré tirado en una esquina, mendigando. Estaba casi en la misma puerta del banco. Me dijo que un

hombre le había dado cincuenta euros para que le sacara el contenido de la caja.

Ana observa a Marc, perplejo, intentando encontrar la salida del laberinto. Decide dejarlo unos instantes perdido antes de darle las respuestas:

—El mendigo dijo que venía de parte del notario, les mostró el DNI y abrió con su llave. Nada fuera de lo normal.

Qué fácil era atracar un banco. Un documento oficial, una copia de la llave y ábrete sésamo. Ana se sentía estúpida al creerse a salvo con todas las medidas de seguridad que contrató, pero todo era un espejismo y hasta un drogadicto podía obtener su secreto más valioso.

—Le interrogué sobre el tipo que le había contratado, incluso le di algo de dinero, pero no supo decirme mucho. Solo recordaba que llevaba barba.

Marc abre mucho los ojos. Cree tener la solución, pero Ana sospecha que cualquier cosa que diga ya lo habrá sopesado ella con anterioridad.

—Juan Elías.

Ana niega con la cabeza.

—No pudo ser Juan.

—¿Quién si no? ¿Le mostraste alguna foto al vagabundo?

—Sí.

—¿Y lo reconoció?

—No estaba seguro. ¿Ya te he dicho que abusa de las drogas? Es el típico testigo que te echan para atrás en un juicio precisamente porque no sirve para nada.

—Pero se acordaba de la barba. Tiene que ser Elías.

—¿Por qué estás tan seguro?

—¿No lo ves? Es su forma de actuar. Consigue lo que quiere sin que nadie lo relacione con el asunto.

Por primera vez, Ana tuvo la sensación de que Marc había dado en el clavo. Juan Elías era el primer interesado en que ese vídeo desapareciera, y fue su primer sospechoso durante mucho tiempo. Sin embargo, algo no cuadraba: ¿por qué chantajearla? Si Elías hubiera robado el vídeo no habría conseguido nada, porque ella podía grabar otro en cualquier momento. Pero eso no podía contárselo a Marc.

—No creo que fuera —repite.

—Seguro que sí. Elías siempre tiene un plan que nosotros no podemos ni llegar a imaginar.

—Quienquiera que fuera, en la memoria de ordenador había unas instrucciones que no me quedó más remedio que obedecer.

—¿De qué estás hablando?

—Debía ir al Museo Eclesiástico y recoger algo detrás de un radiador.

—¿Y te llevaste a Pol?

—Se dio cuenta de que me pasaba algo y se lo tuve que contar.

Ana observa la desilusión en Marc. No ya porque supiera falsas las teorías de que Pol y ella eran amantes con las que sin duda se había estado torturando, sino por algo que todavía era más doloroso: Ana había confiado antes en Pol que en él en ese asunto. Volvía a ser el segundo plato, puede que incluso el postre.

—¿Qué encontraste? —pregunta muy serio.

Ana resopla. No quiere enfrentarse a la verdad. No le gusta. Prefiere soñar que surfea en una playa limpia, de olas grandes y blancas, mientras el sol lame su piel mojada. Pero sabe que el paquete está ahí. Lo siente palpitar en su bolso. Así que lo saca con cuidado y se lo muestra a Marc.

Es un teléfono móvil antiguo, de los que solo pueden recibir llamadas y enviar mensajes. Es un milagro que todavía funcione. Ana se preguntó de dónde sacaría alguien un cacharro así, hasta que descubrió por Internet un amplio catálogo de segunda mano a precio de risa.

—No tiene números en la memoria —dice—. Y todavía no ha sonado.

Marc lo observa como si fuera una bomba a punto de explotar y pregunta:

—¿Por qué no te lo envió directamente junto con la nota?

Ana también se había planteado eso, y la respuesta la llenaba de incomodidad e inquietud.

—Creo que quería ver si era capaz de obedecer sus órdenes.

—Una prueba —recalca Marc.

—Para mostrar sumisión.

—¿Y no lo denunciaste a la Policía?

—No lo entiendes, Marc. —Le quita el móvil de las manos—. El contenido del vídeo no tiene que llegar a la justicia de ninguna manera.

Marc se lleva las manos a la cabeza. Su pasión a veces llegaba a ese extremo de vivirlo todo con demasiada fuerza, de sentirlo todo con mucha emoción, y solía pasarse de frenada.

—Madre mía, Ana. ¿En qué te has metido?

—Querías que te lo contara y ya lo he hecho.

—Pero ¿qué hay en ese vídeo para que te asuste tanto?

«La confesión de que Juan Elías me secuestró y me encerró durante semanas.» Pero no lo dice. Nadie más puede saberlo.

—Es hora de que te vayas, Marc —insiste—. Ya sabes lo que querías.

—No, Ana. Ahora tengo un millón de preguntas más.

—Vamos, márchate de mi casa.

—Es mejor que me quede. Alguien tiene que protegerte.

—¿Y ese serás tú? —se burla ella.

Sus palabras hieren a Marc. Ana observa cómo se hunde el puñal de la desconfianza en sus costillas, cómo siente el dolor de su desprecio, pero lo que no espera es que contraataque.

—Está claro que tú sola no sabes hacerlo —contesta.

Ana sonríe, exasperada, y le indica la puerta de salida.

—Vamos, lárgate.

—Ana... Te están chantajeando.

—¿Y qué? —Se incorpora de un salto y le planta cara—. Ese es mi problema, no el tuyo. Me chantajea, sí. ¿Y a ti qué te importa?

—Soy tu hermano...

—Tú también me has chantajeado para que te contara por qué fui con Pol al museo. Me has estado espiando, joder. ¿Cómo sé que no tienes nada que ver con esto?

—Ana, que soy yo.

—Por eso lo digo, Marc. Sé quién eres. Y no me fío de ti.

Marc niega varias veces mirando al suelo, agarra su chaqueta y se dirige hacia la puerta.

—Se lo conté a mamá.

—¿A Silvia?

—Sabe que os vi juntos y me dijo que no dijera nada, pero creo que esto

tiene algo que ver con la muerte de Pol.

—No digas nada —ordena Ana—. Nada.

—Alicia querrá saberlo.

—¿Esta es la confianza que me demuestras? ¿En serio esperas que piense otra cosa de ti comportándote de este modo?

—No actúas con claridad, Ana. Te dejo hasta mañana para que recapacites, y si no te comportas como una adulta, lo haré yo y hablaré con la tía Alicia.

Las dos Anas pelean en su interior por salir. La emocional quiere patear a Marc hasta echarlo de su casa, de su familia, de su vida. La otra, la racional, decide zanjar el asunto a su manera, de forma contundente y rápida.

—Si hablas, acabaré en la cárcel. Y si eso pasa te juro que me corto las venas.

Cierra la puerta y abandona a Marc con el peso de la culpa y de la duda. Sabe que lo deja sufriendo y eso, por alguna extraña razón, la reconforta.

SIETE DÍAS ANTES

A Heredia nunca le gustaron las puertas mecánicas de la prisión. Ese chasquido eléctrico cada vez que se abrían, el olor a aceite lubricante de los engranajes, la espera a que terminara de abrirse para que te dejaran pasar. Esto último es lo que más le molestaba: el tener que pedir permiso. Observó al funcionario novato que le acompañaba y pensó que le doblaba la edad. ¿Y tenía que pedir su beneplácito si necesitaba mear? Podían irse todos a la mierda. Él no era un niño pequeño.

Avanzaron pasando por el perímetro exterior, con los del tricordio asándose en sus garitas. Alcanzaron una oficina. Un gordo al otro lado les recibió con aburrimento. Heredia se fijó en sus dedos rechonchos buscando entre los papeles, en la papada que oscilaba de un lado a otro. Se preguntó si podría perseguir a un preso con ese enorme culo y pensó que no, que por eso lo tenían poniendo grapas a los informes.

—Aquí tienes tus cosas —dijo—. Es tu primer permiso de fin de semana, así que no te pases fuera.

«Haré lo que me salga de los huevos», pensó Heredia, pero en su lugar contestó:

—Sí, mamá.

El funcionario se rio en voz baja. A Heredia le importaba lo mismo que una cagada de pájaro. A él solo le importaba salir de esa ratonera que apestaba a testosterona. Solo deseaba saber dónde tenía que firmar para salir por la puerta.

Le dieron una caja con sus cosas. Habría llorado de emoción, pero no sabía hacerlo. Encontró su cartera, su documentación, algo de dinero y su anillo de casado. Al reloj se le había gastado la pila, pero curiosamente marcaba la hora correcta. Se lo puso. Iba a juego con el traje que había decidido ponerse. Nadie más iba a volverlo a ver con chándal. Ese día volvía a ser Ricardo Heredia, y esa era su armadura.

Una puerta. Otra. Un control. Más puertas. Heredia pensó que cuando lo trajeron prácticamente le dieron una patada en el culo y lo metieron en la

celda, pero para salir se hacían los interesantes. Según avanzaban hacia la libertad, recordó a su mujer, que le pidió los papeles del divorcio según pisó el talego. No la culpaba: siempre fue una cobarde. Pensó en su hija, que solo lo visitaba para sacarle pasta. Tampoco la culpaba: casi la juzgan por colaboración en el secuestro de Julieta.

Sol. Le sorprendió mirar y encontrar un horizonte. No quería volver a saber nada de paredes, ni de baños compartidos, ni de duchas con hongos. Era libre 48 horas y tenía mucho tiempo que recuperar.

Y, al final de la escalera, la muerte: Juan Elías.

Heredia aminoró la marcha sin darse cuenta. No sabía si besarlo o darle dos hostias. Observó a Elías: la barba bien recortada, el traje recién planchado, un coche que parecía de concesionario. La cabeza de Heredia iba a mil por hora. Tenía envidia de Elías. Siempre quiso ser como él, y ahora se sentía estúpido por haber chupado cárcel mientras otros disfrutaban del bufete que ayudó a levantar. Luego piensa en sus pecados, en la pobre niña que casi muere y que con toda probabilidad se despierta gritando por las noches al recordar las pesadillas. Un horror que le proporcionó él, Ricardo Heredia, cuando la paranoia le consumió el alma y se le enganchó a los huesos.

Se pusieron cara a cara. Elías sonrió. Heredia dudó.

—Querido amigo —dijo Juan—. Te he echado de menos. No se sabe lo que se tiene hasta que se pierde.

Heredia notó el olor de su aftershave, el calor de su cuerpo, el sudor bajo la camisa. Y, sin saber por qué, sintió que volvía a estar en casa.

—Me alegro de verte, Juan —contestó.

La suite de hotel donde se aloja Heredia está en un edificio distinto que la de Juan Elías, aunque pertenecen al mismo grupo inversor. Elías llega al hall de entrada y monta en uno de los ascensores. Nadie le pregunta adónde va por la convicción con la que camina. Casi parece que el complejo hotelero sea de su propiedad. No es así, pero él ayudó a que no se hundiera, así que parte de su ADN está en esas paredes.

Las puertas del ascensor son cromadas y reflejan su rostro. La luz cenital crea sombras en los ojos de Juan Elías, quien tiene que concentrarse mucho para reconocer a la persona que le devuelve el reflejo. Ese mismo rostro que durante un pequeño pero eterno lapso de tiempo le pareció extraño y a la vez familiar. Perder la memoria fue una experiencia traumática de la que pudo salir airoso, pero a veces aún siente que se pierde en una encrucijada de recuerdos hasta el punto de preguntarse si realmente sabe quién es.

La puerta se abre. Su fantasma desaparece. Juan Elías cruza las dos hojas y va directo a la habitación 721. Llama con firmeza y espera hasta que Heredia surge de las tinieblas como una visión de ultratumba.

—Elías —dice—. Pasa.

La habitación tiene un salón, un baño y un dormitorio, casi como un apartamento pequeño pero lujoso. El interior está muy ordenado. Está claro que Heredia no pasa mucho tiempo allí. Lo recibe en mangas de camisa, con el último botón desabrochado.

—¿Tan pronto te vas a dormir? —Elías se mira el reloj—. No son ni las siete.

Heredia camina hacia él, saca una botella de whisky del minibar y lo sirve en dos vasos.

—En la cárcel apagan las luces a esa hora —explica—. Nos tratan como a niños pequeños, pero al final el cuerpo se acostumbra al horario. La putada es que al salir, esos hábitos permanecen.

Le tiende uno de los vasos a Elías. Este lo agarra con firmeza mientras clava sus ojos en los de su socio.

—Siento no haber ido a la ceremonia —dice Heredia.

—Te echamos de menos, Ricardo. —Y añade—: Yo te eché de menos.

—Lo lamento, Elías. De verdad que sí. Pero esos lugares no son para mí. No habría sabido qué decir ni qué hacer, aparte de que tengo una orden de alejamiento de Julieta.

—Eso son excusas. Eres mi amigo, tenías que haber ido.

—Y yo me chupé dos años de trena y apenas me visitabas una vez cada mes y medio a ver cómo estaba —contesta—. Los amigos no siempre están cuando se les necesita.

Algunas cosas no son comparables. Mira al suelo y da media vuelta hasta sentarse en la cama con el whisky en la mano. Elías sabe que se arrepiente de su reproche. No es lo mismo perder a un hijo que pasar unas vacaciones a gastos pagados en la cárcel. Él ha hecho el esfuerzo de perdonarle por el secuestro de Julieta. La niña pudo haber muerto, pero decidió no darle mayor trascendencia. Aceptó los principios de reinserción que promulgan las instituciones penitenciarias y apostó por una segunda oportunidad.

Elías arrastra una silla de las que hay en la suite y la coloca cerca de su amigo.

—Creemos que alguien ha matado a Pol —dice.

Heredia se atraganta con el licor. Juan Elías estudia su reacción, a todas luces sincera, pero que quizás esconda más de lo que debería. Siempre pensó que, de tener superpoderes, elegiría desdoblarse para así abarcar más trabajo. Nunca consideró la telepatía útil porque él ya sabía leer la mente de las personas, pero en ese momento habría dado lo que fuera por conocer los pensamientos de su socio.

—Hostia —contesta Heredia al fin—. ¿Estáis seguros?

—Hay cosas que no encajan. Y creo que alguien las dejó ahí para que tirásemos del hilo, para que solo nosotros nos diéramos cuenta.

—¿Has avisado a la poli?

—Giralt lleva el caso. Cree que se cerrará como suicidio.

—¿Sospechas de alguien?

La pregunta se contesta sola. La realidad, y Heredia es consciente de ello, es que Pol apareció muerto justo cuando a él le dieron la condicional. Elías es enemigo mortal de las casualidades. Cada vez que algo ocurre por azar, sus

alarmas se disparan. Veía una conexión entre el excarcelamiento de su socio y la muerte de su hijo. Y cuando Heredia no asistió al funeral, ese vínculo creció hasta convertirse en sospecha pura y dura. Quiere saber la verdad, por difícil que sea encontrarla.

—Yo no fui, Elías —dice Heredia, comprendiendo las motivaciones de su amigo—. Sabes que nunca haría algo así.

Heredia va de tipo duro, pero en realidad es un blando. «Nunca haría algo así» se traduce por «yo habría contratado a un sicario y jamás habríais encontrado su cuerpo». Lo sabe porque él habría actuado igual en esa situación. En el fondo siempre se llevaron bien porque eran muy parecidos en el plano operativo. Nunca discutían el modo para conseguir sus objetivos ni los medios para alcanzar los fines. Tomaban decisiones cada uno por su lado con la certeza de que el otro habría hecho exactamente lo mismo.

—Te creo —miente Elías.

Nada iba a librar a Heredia de sus sospechas. Juan Elías lo conocía como abogado, pero no sabía cómo había cambiado tras dos años encerrado. En sus visitas lo notaba más hosco, malhumorado, sin ganas de seguir luchando. La prisión marca a las personas y Heredia lo llevaba grabado a hierro candente en el rostro. Elías no iba a descartar a ningún sospechoso. Mientras durase la investigación, todos podían ser culpables.

Todos.

—¿Quién crees que pudo hacerlo? —pregunta Heredia.

—Cualquiera.

A Elías nunca le gustaron las películas de asesinos en serie. La Policía no tenía manera de relacionar las pistas. Pero lo más desconcertante de todo era que, si el asesino podía ser cualquiera, cualquiera podía ser un asesino. Él mismo lo había comprobado al matar a Ezequiel Cortés, pero sobre todo al hundir el filo de su cuchillo en el pecho de Eva Durán.

Aún soñaba con ella algunas noches, y por alguna razón Eva siempre sonreía.

—¿Pol le había tocado los huevos a alguien? —pregunta Heredia—. Quizás esto no tenga que ver contigo, sino con él.

—No, Pol era un buen chico. No se metía en problemas.

—Trapicheó con drogas a tu espalda hace un tiempo —le recuerda

Heredia—. Y no sería por falta de dinero en casa.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez el chaval tenía una doble vida que desconocías.

Elías se pone en pie. Camina por la habitación hasta llegar a la ventana. Tras el cristal, la ciudad parece lejana y en penumbra.

—No, imposible —contesta—. Pol trabajaba en el bufete. Ya me ocupé yo de que tuviera poco tiempo libre.

—Entonces tienes que ir descartando gente. ¿Quién fue la última persona que vio a Pol con vida?

Algo hace «clac» en su interior. Los engranajes de su cerebro comienzan a funcionar a toda velocidad. Una pieza ha encajado y hace rodar la maquinaria.

—¿Elías?

Su mente es una turbina. No puede contestar porque está resolviendo la madeja.

—Tengo que marcharme —dice Elías, volviéndose para salir por la puerta.

—Te acompaño.

—No —se niega—. Iré yo solo. Es mi hijo. Es mi pelea.

—Elías, coño.

—Quédate cerca del teléfono por si te necesito. Si no llamo en dos horas, quiere decir que estoy muerto.

Lo que más le duele a Alicia es que hasta su propia hermana, la sosa de Silvia, haya visto que Elías esconde algo. En su apartamento la trató de ciega, y eso la quema por dentro. Esto tiene que resolverlo ella, por su cuenta, con sus medios, a su manera. Debe encontrar al asesino de Pol antes de que Elías se vuelva loco y mate a alguien.

Llega al bufete justo cuando están a punto de cerrar. Sabe que incluso en sábado habrá alguien haciendo papeleo u horas extra de cara a un juicio próximo.

Mientras asciende en el ascensor piensa en Juan Elías. Sabe de lo que es capaz, pero ahora mismo está alterado por la muerte de Pol y es capaz de cometer errores. Salió bien parado con la desaparición de Ana Saura, pero la lotería no suele caer dos veces en el mismo hogar. No acepta sus palabras de que uno de los dos debe quedar libre para cuidar de Julieta, porque eso significa que ya cuenta con acabar entre rejas. Su hija ha perdido a su hermano, no puede quedarse también sin padre.

Las oficinas están casi desiertas. Encuentra algunas luces encendidas. Se dirige a la que tiene más cerca. Sabe quién aguarda dentro. Solo espera que esté con las bragas subidas.

—Necesito toda la información sobre los casos que llevaba Pol —dice al entrar.

Marta Hess la observa como si fuera una aparición sobrenatural. La exfiscal está trabajando en su ordenador. A ambos lados del escritorio se acumulan montañas de expedientes. Si quiere ser la mejor y llegar a lo más alto, también tiene que esforzarse más que los demás. Alicia sabe que su aparente frivolidad contrasta con la capacidad organizativa y de sacrificio, lo cual no exime que le guste tomar atajos cada vez que puede.

—Ven conmigo —contesta, poniéndose en pie.

Alicia se coloca a su lado y la sigue. Ella fue la valedora de Hess en el bufete de Elías y Heredia. Su relación se basaba en los objetivos. Ambas sacaron de la otra lo que quisieron en el pasado. Alicia necesitaba saber la

información policial del caso de Ana Saura, y Marta Hess se la proporcionó siendo fiscal. Cuando se volvió insostenible, Hess optó por una retirada a tiempo e ingresó en las filas del bufete de Elías. Todos salieron beneficiados. Quizá por eso Alicia y Hess no habían tenido ningún conflicto. Admira su talento para escalar posiciones y le prevé un futuro glorioso. Lo que no sabe es qué hará cuando llegue a lo más alto y quiera seguir escalando, porque para esa mujer no existen fronteras.

—Pol llevaba solo un caso —le dice al llegar a su despacho—. Elías lo escogió porque era tan sencillo como defender a un borracho, pero en el fondo era para gastarle una novatada.

—Es la primera noticia que oigo en casi treinta años de que Juan Elías tiene sentido del humor.

—A su manera, sí.

Marta Hess accedió al ordenador de Pol. Usó sus contraseñas y le mostró los archivos sobre los que trabajaba. Después sacó una copia del expediente y la dejó sobre la mesa.

—El cliente es Alek Kozlov, hijo de Dmitry Kozlov.

—¿De qué me suena ese nombre?

—Es uno de los clientes más antiguos del bufete, de los pocos que aguantaron cuando saltó el escándalo de Ana Saura. Tiene una empresa de importación y exportación. Operan desde los muelles.

—Quiero ver su expediente.

Uno de los infiernos en los que creen los orientales es el Paraíso. En él todo es paz y amor, pero en el momento que se tenga un solo pensamiento malo, te expulsan de él y acabas en el Averno. Por eso es un infierno, por la tortura psicológica que provoca. Y, en el momento en que Alicia Castro pronuncia esas palabras, siente a Marta Hess dudar. Es apenas un instante, lo que tarda en pestañear y ponerse en marcha, pero ese momento casi imperceptible hace que Alicia la baje del Paraíso al Averno. Porque su hijo Pol ha muerto y cualquiera puede estar detrás de su trágico final.

Marta abre la carpeta del ordenador donde tienen la información de Dmitry Kozlov. Alicia no le quita ojo de encima. Se pregunta si la ambición desmesurada de Hess está relacionada con la muerte de Pol, y no obtiene respuesta. La exfiscal no mueve un dedo si no es para sacar algún beneficio,

ya sea monetario, personal o sexual.

—Aquí están todas sus empresas —explica Hess—. Aparte de la matriz de importaciones de las que te he hablado, también hay concesionarios, una constructora y varios restaurantes.

—¿Qué operaciones hacéis para él?

—Ya lo sabes.

Alicia la mira muy seria. Están trabajando, no perdiendo el tiempo.

—¿Qué operaciones hacéis para él? —repite.

—¿Hace falta que lo diga en voz alta? —pregunta—. Asesoría legal, constitución de sociedades, compra venta de otras empresas...

—Blanqueo.

Hess sonríe.

—Te dije que lo sabías.

A Alicia se le escapa un detalle. No sabe qué es, pero intuye que falta algo importante en toda la información. Minimiza el dossier que tiene en pantalla y abre el navegador. La primera búsqueda que realiza le da un baño de realidad.

—¿Esto es cierto?

Hess no responde. Alicia no puede creer lo que lee: «La viuda de Vicente San Julián acusa a Dmitry Kozlov del asesinato de su marido»; «Un empresario vinculado a Dmitry Kozlov aparece calcinado en su vehículo»; «Kozlov absuelto del descuartizamiento de su exsocio»; «Dmitry Kozlov: el poder oculto de la mafia rusa».

—¿A qué se dedica realmente? —dice Alicia con tono de urgencia.

—Eso no está tan claro.

—¿Qué?

—No preguntamos, Alicia —explica—. Es un buen cliente que paga bien. Nos dice que es inocente y nosotros lo defendemos, nada más.

—¿Elías le dio a Pol el encargo de defender a este animal?

—A su hijo. Y por una causa inofensiva.

—Me da igual, ¿lo entiendes? Me da igual. Esta gente es peligrosa. Ya has visto los titulares. Cualquiera que se ha enfrentado a ellos ha acabado muerto. ¿Cómo sé yo que Pol no vio algo que no tenía que ver? ¿O que no descubrió algo que debía permanecer oculto?

Hess no dice nada. Parece increíble que se haya quedado sin palabras. O tal vez prefiere guardar un prudente silencio y que sea Alicia la que confiese lo que sepa.

—Voy a llamar al inspector Giralt y contárselo todo.

—Habla primero con Elías.

—¿Para qué? —dice ella, buscando el número en la agenda del móvil.

—Llamó hace un rato —explica—. Ha ido a ver a Dmitry Kozlov.

Juan Elías nunca acusa a las ovejas de cobardes por ir camino del matadero porque no son conscientes de que van a morir. Del mismo modo, no condena a la sociedad en la que vive, cada vez más retraída, porque no se dan cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

Sin embargo, el conocimiento es la clase de poder más peligrosa, y Juan Elías sabe lo que ocurre bajo el letrero de neón que anuncia el restaurante Estepa. Ubicado estratégicamente en la zona del puerto, cerca de los muelles, para el viandante común no es más que otro bar de pescadores donde tomar cazalla al acabar la jornada. Pero para aquellos como Elías que conocen la forma en la que fluye el dinero, allí dentro hay algo distinto, más cruel y antiguo que la misma esperanza.

Lleva fumando casi cinco minutos en la puerta, apoyado sobre su coche. Sabe que lo han visto, pero nadie sale a recibirlo. Por lo que a los parroquianos respecta, es solo un tipo que fuma ante su puerta. Pero le interesa que lo observen, que comprueben que está solo, haciendo tiempo mientras consume su cigarrillo.

Al acabar, lanza la colilla a un lado y avanza hacia la entrada. Por primera vez en su vida no sabe darse un porcentaje de victoria ante la batalla que se aproxima. Incluso en los momentos más duros de la desaparición de Ana Saura, siempre entrevió una relación de éxito y otra de fracaso, pero ahora es distinto. Los rusos son impredecibles y peligrosos. No, no se atrevía a calcular un porcentaje.

El interior es cálido, incluso acogedor. Las paredes están revestidas con listones de madera y hay varias fotos de monumentos rusos. Los camareros son gente joven, así como las cuatro personas con chándal que departen en las mesas. Juan saluda con la cabeza y avanza sin que nadie le pregunte. En el fondo hay un reservado. Al correr la cortina, se encuentra cara a cara con Dmitry Kozlov.

—Elías —dice—. Lamento tu pérdida.

Tiene la edad de Juan, pero su aspecto es el de un criminal de guerra. Viste un traje hecho a medida, con gemelos de oro y un enorme reloj que debe

pesar una tonelada. Su rostro está chupado y las canas ya florecen en su pelo. Indica a Elías la silla frente a su mesa y este se sienta a su lado.

—¿Recibisteis mi corona de flores? —pregunta en un perfecto español casi sin acento.

—No estoy seguro.

—Pensé que era lo correcto. Paul parecía un gran muchacho.

—Se llamaba Pol, no Paul.

Dmitry cambia su gesto jovial y se pone tenso. Se ha dado cuenta de que Elías no está allí en busca de consuelo, sino por negocios. Como siempre han hecho.

—Creemos que alguien asesinó a mi hijo.

Los ojos albinos del ruso se entrecierran. Elías le aguanta la mirada.

—¿Tienes pruebas? —pregunta Dmitry.

—Pol llevaba el caso de tu hijo. ¿De qué hablasteis?

El ambiente se tensa. El ruso no está a gusto con el rumbo de la conversación, es evidente. A Juan Elías le parece bien. No está allí para hacer amigos, ni tampoco para perder el tiempo.

—No me gusta lo que insinúas.

—¿Prefieres que te acuse directamente?

Dmitry golpea la mesa con violencia. Elías sabe que está jugando con fuego en un polvorín lleno de dinamita.

—No me hagas esto, Elías. Nuestra relación depende única y exclusivamente de la confianza mutua. Y si rompes eso, rompes conmigo.

—Entonces contesta a mis preguntas.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que maté a tu hijo? Eso no ocurrirá.

—¿Fuiste tú?

—¿Qué motivos tendría para matar al abogado de mi chico? Apenas lo conocía.

Elías piensa rápido. Ya ha repasado esta escena en su cabeza varias veces y sabe cómo acaba. No le gusta ese final, pero tampoco ve otro posible, así que abre la boca y dice:

—Pol descubrió algo. O puede que se lo dijera tu chico. Me da igual. Solo sé que tú lo mataste y lo hiciste pasar por un suicidio.

Dmitry Kozlov extrae una pistola de debajo de la mesa, la amartilla y se la pone a Elías en la frente. Juan no se mueve. Tampoco es la primera vez que le sucede.

El colegio se quemó varios años atrás y todavía no hay consenso sobre si era mejor reconstruirlo o tirarlo abajo definitivamente. La crisis económica dio al traste con las obras, por lo que los niños todavía asisten a clase en barracones prefabricados. A nadie parece importarle un barrio pobre como aquel, ni siquiera a los propios vecinos.

De nuevo, Giralt siente que están criminalizando a las víctimas. Parece como si los chavales se merecieran esa desgracia solo por ser de origen obrero. En un barrio rico, al día siguiente habría empezado la remodelación. Pero allí no. Aquello eran las afueras y a nadie le interesa vivir en un barrio viejo levantado con ayudas estatales, con las vías del tren próximas y cercano a un polígono industrial. Mientras avanzaban para allá encontró un blog en el que se jactaban de que los niños pobres no tuvieran adónde ir e incluso promovía el derrumbe de todos los edificios colindantes. Sin duda, Internet daba voz a los mediocres.

La puerta del colegio está tapiada. Es de lo poco que queda intacto en la edificación. García y Giralt rodean la mole de hormigón y encuentran varias tapias caídas. Pasan al interior por la zona del patio y se sorprenden al ver el destrozo que provocaron las llamas.

—¿Qué estamos buscando? —pregunta García.

Giralt no lo sabe, pero tiene una intuición. En aquel sitio ocurrió algo, lo presente.

—Es un lugar perfecto para un asesinato —dice.

—¿Lo mataron aquí?

En la mente del inspector se traza una senda que no quiere transitar. Está a medio camino entre la fantasía y la realidad, pero cada vez cobra más sentido. Decide expresar sus pensamientos en voz alta, para que García le ayude a atar cabos sueltos o le diga que está loco y regrese al punto de inicio: observar la realidad.

—Quizá Pol Elías vino a este lugar para reunirse con alguien —explica—. Hubo una pelea, él acabó con el cuello roto y su atacante lo puso sobre las

vías cercanas para simular su suicidio.

«Es una hipótesis válida», se dice. Explica todo lo que ha ocurrido. Además, lo avala el hecho de que la mayoría de crímenes que se cometen suelen ser de oportunidad, es decir, no están premeditados. Una pelea, una caída, un mal golpe... cualquier cosa podía desencadenar una muerte no deseada.

—Entonces el asesino lo improvisó todo —añade García.

—Pol Elías era delgado, pero aun así debió de costarle lo suyo transportarlo hasta allí. Nosotros hemos tardado casi diez minutos y es de día.

—Tenía que ser un tipo fuerte.

—O lo hicieron entre varias personas.

Caminan sobre los cascotes con cuidado de no torcerse un tobillo. Giralt tiene sus dudas sobre su tesis. No sabe si realmente el colegio abandonado está relacionado con el caso o es él quien está empeñado en que encaje y así elaborar una teoría que contente a la jueza Castro. La navaja de Ockham dice que la solución más sencilla suele ser la correcta, pero Giralt conoce demasiado bien a la familia Elías Castro y sabe que con ellos lo increíble se convierte en una realidad plausible.

—¿Y qué hacía Pol aquí? —pregunta García.

—Aún no lo sé. Su móvil no registró llamadas sospechosas, al igual que su correo electrónico.

—Quizá recibió un mensaje por otro medio.

—¿Alguien se lo entregó en mano? Quizás alguien que conocía.

—El asesino es de su entorno.

Todas las deducciones parecen correctas desde el prisma de la Policía. Giralt no se fía. Están elucubrando sobre una respuesta que no está confirmada. No siguen las pistas para llegar a una conclusión, sino que partiendo de que alguien ha matado a Pol Elías tratan de buscar indicios que lo corrobore. Es un camino parecido, pero inverso, y por tanto más inestable y peligroso.

Encuentran otro agujero en la pared y entran por un pasillo. La cochambre lo inunda todo. El techo está derrumbado, dejando a la vista las plantas superiores. Sacan las linternas y avanzan despacio, intentando encontrar algo en mitad de toda la porquería.

—El sitio está lleno de pintadas —indica García—. Quizás anoche había algún grafitero por aquí y vio lo que pasaba.

—Es un buen refugio para mendigos y toxicómanos —añade Giralt—. Vayamos con cuidado.

Los escombros crujen bajo la suela de sus zapatos, convirtiendo la internada silenciosa en toda una sinfonía de crujidos y chasquidos. Giralt se harta y decide ir de frente.

—¿Hola? —grita—. Somos la Policía. ¿Hay alguien?

El eco del pasillo le devuelve su propia voz. Le cuesta imaginar que en mitad de aquella ruina, en algún momento del pasado, los niños rieron, jugaron y aprendieron. El aire apesta a polvo y a zotal. Giralt ilumina la segunda planta del edificio. Es imposible llegar hasta allí. Más adelante encuentra las escaleras, también derruidas. No, si hay alguien en este lugar, debe estar abajo.

Un ruido los sobresalta. Procede de una de las aulas. Giralt y García flanquean la puerta.

—¿Hola? —repite Giralt—. Somos agentes de policía.

El sonido se repite. El inspector no es capaz de identificarlo, pero está claro que hay alguien dentro. Hace un gesto y García prepara su arma. La última vez que indicaron su posición a la comisaría estaban en la zona de las vías. Tampoco llevan la radio encima para pedir refuerzos, así que si el asunto se descontrola solo les queda llamar por teléfono. En cualquier caso, están solos en una ruina que amenaza con derribarse sobre sus cabezas persiguiendo a un supuesto asesino. Giralt también extrae su pistola. Más vale ser precavido.

—Le hemos oído moverse —continúa el inspector—. Sabemos que está ahí.

—Solo queremos hacerle unas preguntas —añade García.

El silencio es su única respuesta. Giralt asiente con la cabeza y García comprende. Es el momento de entrar.

Primero se asoma al interior, pero no ve nada. Hay muebles carbonizados que todavía mantienen su forma. La visión es de pesadilla, pero la estancia parece vacía.

Entra apuntando al suelo, sujetando la pistola con ambas manos, con el

dedo estirado sobre el protector del gatillo. García hace lo mismo y se separan. Uno a la derecha y otro a la izquierda.

No hace falta que busquen mucho. Unas ratas salen despavoridas en todas direcciones y se pierden por los muchos agujeros de las paredes. Giralt observa que hay una paloma muerta en el suelo. Las alimañas la estaban devorando. La imagen tiene poco de poético.

—Tranquilo, García —dice, guardando el arma—. Solo es la fauna de la zona.

—Inspector —le llama su subalterno—. Tiene que ver esto.

Giralt interpreta el tono de García. Ha encontrado algo, y parece importante. Despacio, desanda el camino hecho y llega a su lado. Lo encuentra observando uno de los muros. Su linterna ilumina una pintada de aspecto reciente.

—¿Pido refuerzos? —pregunta García.

El inspector duda unos instantes. Lo que tiene ante sus ojos no debería estar allí. Según todos sus razonamientos, es imposible que esté sucediendo. Sabe que no es una alucinación porque García también lo está viendo, pero la realidad no se corresponde con lo que esperaban.

—«Te quiero Charry» —lee Giralt en un grafiti.

Lo contempla un rato, pensando cómo proceder. No sabe si esas letras desmontan su teoría o la corrobora.

—Llama a la central —ordena el inspector—. Que nos digan si Santi Mur continúa en la cárcel.

La última persona que apuntó a Juan Elías con un arma está muerta. No le gusta pensar en ella, ni siquiera pronunciar su nombre. De vez en cuando alguien le recuerda a aquella joven abogada con la que compartió un romance hacía años y él asiente, en silencio. Si le insisten, cuenta que lamentó mucho su muerte en aquel trágico accidente de tráfico y que sigue afectado por ello, por lo que prefiere no hablar del tema. Al llegar a ese punto, los curiosos dejan de preguntar.

El ruso es distinto. Al contrario que la abogada, él sí sabe lo que hace. Lee en su mirada que ha disparado muchas veces, que no le cuesta nada matar. Juan Elías quemó un informe secreto donde se contaban las atrocidades que hizo Dmitry Kozlov como criminal de guerra en Chechenia cuando se hacía llamar por otro nombre. Por eso no sabe si saldrá con vida de esa.

—Si quiero matar a alguien, lo mato —dice el ruso—. No tengo que hacerlo pasar por un accidente, ¿lo entiendes? Y, si es necesario, me ocupo de que nunca encuentren el cuerpo.

Los tipos con chándal que estaban en una mesa se levantan y se distribuyen por el bar. Uno cierra las puertas, otro saca una escopeta de debajo de la barra. Los camareros abren la puerta que da al almacén. El más alto lleva un plástico muy grande que lanza sobre el suelo. En apenas unos segundos, el matadero revela su verdadera naturaleza.

Pero Juan Elías no es un cordero más. Él sabía que entraba a morir cuando cruzó el umbral. Y por eso se guarda un as en la manga.

—No es muy sensato esconder armas en un bar de tu propiedad —dice con tranquilidad, sin quitar la vista del ruso—. Ni tampoco pegarle un tiro a un cliente que lleva activado el GPS de su móvil.

Dmitry intenta mirar a través de Elías, pero este es un témpano de hielo opaco y frío.

—Hay al menos dos personas que saben que estoy aquí. Puede que este numerito asuste a los camellos que te deben pasta, pero nosotros jugamos a otros niveles, Dmitry.

—Nada de lo que has dicho me asusta, abogado.

—¿Y qué tal esto? O me dices lo que sabes de Pol o te hundo.

El ruso se tensa. La mano que sostiene la pistola se engarfia, apretando la culata con fuerza. Elías sabe que ha pasado el punto de no retorno y solo le queda huir hacia delante.

—Mi bufete lleva toda tu contabilidad. Sé dónde guardas el dinero y cómo acceder a él. Si me tocas un solo pelo, perderás todo lo que has invertido en nosotros y todos tus trapos sucios saldrán a la luz.

Dmitry niega, muy despacio. Aprieta la mandíbula hasta que sus dientes crujen.

—No lo harás —dice—. Tú también saldrás perdiendo.

—Pol ha muerto —contesta—. Ya he perdido todo lo que me importaba.

Los segundos se dilatan. El tiempo transcurre pastoso y lento. Elías siente un sabor amargo en la boca y piensa que no hay tanta diferencia entre saltar desde una azotea y mosquear a un mafioso con una pistola. Finalmente, Dmitry baja el arma, la guarda bajo la mesa y se recuesta sobre la silla.

—Nosotros no matamos a tu hijo —explica—. Y tampoco sabemos quién lo ha hecho.

—¿Respondes por tus hombres?

—No se limpian el culo si no se lo ordeno.

—¿Por qué debería creerte? —pregunta Elías—. ¿Qué me impide venderte a la Policía?

—Ya te lo he dicho antes, Elías: la confianza. Está claro que tú la has perdido por completo, pero no te culpo. Me molesta más que me acusen de algo que no he hecho. Pero esta vez lo dejaré estar. Entiendo que estás trastornado por la pérdida de tu chico.

—No entiendes nada —dice Elías—. Y Pol no se ha perdido, sino que alguien lo ha matado.

Pero Elías sabe que el ruso tiene razón. La muerte de su hijo lo ha dejado en una posición vulnerable. Ni siquiera sabe si le está diciendo la verdad o no, y eso es algo que siempre se le dio muy bien. Quizás está viendo espejismos en el desierto, creyendo aquello que le apetece creer en lugar de encontrar al verdadero culpable. Duda de sí mismo hasta el punto de no saber ni quién es en realidad.

—Confianza —repite Dmitry—. Tienes que confiar en mí, Elías. Solo vi a tu hijo en una ocasión. Vino con esa otra abogada y hablamos un rato.

—¿Quién? ¿Marta Hess?

—No, la joven desaparecida. Ana.

Ana y Pol visitaron juntos al ruso. Elías no sabe si significa algo o si fue normal. Era el primer caso de Pol, quizá le pidió ayuda. Lo que no entiende es por qué Ana no dijo nada. Trata de convencerse a sí mismo de que ella no vio la relación entre la muerte de Pol y la mafia, pero le cuesta fiarse incluso de su sombra.

—No tengo motivos para desearos mal a ti o a tu familia. Debes aceptarlo. Al igual que tienes que entender que nuestros métodos son otros. Por lo que cuentas, si es cierto que tu chico no se suicidó, yo diría que es obra de unos aficionados, no de gente profesional.

—Pues les salió muy bien, ya que hoy he incinerado su cuerpo.

Dmitry se inclina hacia Elías. No es para hablar de forma confidencial, dado que todos los del bar siguen atentos a sus palabras, sino para tenerlo cara a cara. Elías siente su aliento en el cuello, pero no retrocede.

—Igual que tú eres capaz de reconocer a un abogado novato, yo sé que quien mató a tu hijo lo hizo improvisando sobre la marcha. En tu lugar, buscaría en otra parte.

Elías asiente. Uno de los tipos en chándal levanta la persiana metálica que da a la salida. Otro enciende la televisión y todo parece regresar a la normalidad. Incluso Dmitry se cruza de brazos esperando a que Elías se marche.

La batalla no ha salido como esperaba. Habría apostado todo su dinero a que los rusos eran los culpables, pero ahora no está tan seguro. No piensa descartar a nadie hasta que se resuelva definitivamente el asunto, así que de momento lo deja pasar. Se levanta con tranquilidad, se da la vuelta y se dirige hacia la salida cuando escucha la voz de Dmitry a su espalda.

—Yo creo en ti, Elías. Así que pondré a mis chicos a indagar en el caso. Si descubro algo, te lo haré saber.

Elías se vuelve y contesta.

—Gracias, Dmitry.

Y sale de allí más derrotado que nunca.

Llega al coche y se monta, pero no arranca. Se da cuenta de que no tiene ningún sitio al que ir. Ni siquiera sabía si saldría con vida de allí dentro. Pero esa falta de objetivo lo aterra y, sobre todo, lo llena de frustración. Golpea el volante varias veces para descargar la rabia. Necesita pensar con claridad y pero está perdido. No había vuelto a sentirse así desde el accidente de automóvil que lo dejó amnésico. Ahora volvía a notar las mismas vibraciones en el aire.

Odiaba estar perdido.

El teléfono lo saca de su ensimismamiento. Es Marta Hess.

—¿Qué ocurre?

—Me alegro de que no seas comida para los peces —dice—. Tu mujer ha estado en el bufete.

—¿Qué quería?

—Se ha enterado de que Pol defendía a un mafioso, pero la he convencido para que no avise a la Policía.

—Gracias.

—No te llamaba por eso —añade Hess antes de que Elías cuelgue—. Mis contactos en el juzgado me han dicho que Giralt ha pedido interrogar a Santi Mur.

Elías se queda petrificado. Hacía tiempo que no pensaba en Mur. Para él era una piedra más en el largo camino que llevaba recorrido, pero al oír su nombre sintió que algo se le aceleraba en el pecho y trataba de abrirse paso a puñetazos.

—Santi Mur está en prisión —dice en voz alta mientras trata de atar cabos.

—Giralt tiene una pista contra él, pero no sabemos cuál. Van a trasladar a Mur a la Ciudad de la Justicia por orden del juez Santos.

El mecanismo de su cerebro vuelve a ponerse en marcha, cada vez más deprisa, más revolucionado. El que tomen declaración a Mur en el juzgado y no en la propia cárcel indica que se trata de algo sólido y, sobre todo, le da una oportunidad para intervenir.

—Cuando sepas algo más, llámame —ordena Elías.

—¿No lo hago siempre?

Cuelga sin despedirse. Sus pensamientos se agolpan en su mente, pugnando unos contra otros por abrirse paso en la nueva posibilidad que tiene

ante sí. ¿Santi Mur ha podido matar a Pol estando encarcelado? ¿Tan lejos llegan sus tentáculos?

Elías abandona todas esas ideas y se centra en actuar en consecuencia. Tiene que estar presente cuando lo interroguen. Eso es lo más importante. Agarra de nuevo el teléfono móvil y marca un número de la agenda.

—Tenemos que vernos —dice cuando descuelgan al otro lado.

Regresar a la normalidad es imposible. La cabeza de Ana vaga de un lado a otro, incapaz de concentrarse en un solo pensamiento. Primero oscila hacia Marc y el agobio que le produce. Sabe que sus intenciones no son malas, pero vuelve a comportarse como un poeta torturado de amor. Ella siempre le para los pies antes de que vaya a más, pero en ocasiones no se da cuenta y actúa demasiado tarde. Y cuando todo regresa a la normalidad, cuando vuelve a ser su hermano y Ana baja las defensas, la cordialidad alimenta de nuevo al niño enamorado que lleva en su interior. Cada muestra de cariño, aunque sea superficial, familiar o incluso por educación, Marc la malinterpreta como un signo de atracción hacia él. Siempre gira en torno a lo mismo y llega a ser angustioso para ella.

Luego piensa en Silvia, en la vida que ha llevado, en su personalidad, en la crianza de un hijo como madre soltera, y cree vislumbrar las razones por las que Marc mendiga afecto. No tuvo que ser fácil, pero ella tampoco se enfrentó de cara a sus problemas. La vida le vino resuelta con un Héctor Castro que tuvo éxito en los negocios pero que se olvidó de crear lazos familiares con sus hijas. Su afán por proteger a Marc se volvió rutinario y excesivo al mismo tiempo. A veces se pregunta qué vio su padre, Ramón Saura, para decidir casarse con ella.

Ana pasea por la casa. No sabe qué hacer. Su mente de pronto fluctúa de nuevo y se encuentra pensando en Pol. Con él todo era distinto. Conectaban a varios niveles, no como con Marc, y siempre era capaz de robarle una sonrisa. Se siente feliz de haber compartido cama, risas y lágrimas junto a él y lamenta su muerte tanto que le cuesta reconocerlo. En el pasado estuvo perdida e incluso se obsesionó con acostarse con su padre, Juan Elías, y justo cuando volvía a estar centrada, Pol aparece en las vías del tren.

Un fogonazo llega a su mente: el teléfono móvil que encontraron en el Museo Eclesiástico. No quiere pensar en eso, trata de olvidar incluso que existe, pero una y otra vez el hilo de sus pensamientos lo lleva hasta él. Lo observa desde lejos, colocado de cualquier forma sobre la mesa como si no fuera importante, pero Ana sabe que no es así. Le pone nerviosa incluso

tenerlo cerca, pero no puede alejarse de él. Trata de olvidarlo, pero no deja de pensar en qué pasará cuando suene. Lo ha revisado mil veces y no hay nada en su interior, ni siquiera un número al que llamar. Piensa en lanzarlo por la ventana, hacer una maleta y tomar el primer vuelo que salga con destino a un lugar con sol y olas, alejarse de todos y de todo, olvidar que existió una Ana abogada, una Ana hija, una Ana amante, y correr hasta que le duelan las piernas y olvide quién es. Pero, en lugar de eso, conecta el teléfono a la red para que no se agote la batería.

Ana camina alrededor del salón, desesperada. Se para ante un cuadro que cuelga de la pared. Es un collage que hicieron con fotos suyas el día que desapareció y que dejaron ante la puerta de su casa a modo de homenaje. En el centro aparece en letras grandes su nombre. No sabe por qué lo conservó. Se dice que para no olvidar el cariño que le profesaron sus amigos, pero en el fondo siente que lo que no desea perder de vista es el horror que sufrió. Tenerlo presente para conseguir evitarlo.

Se tumba en el sofá. En el salón hay un espejo que refleja el cartel. Ana observa su nombre en él. Da igual cómo lo mire, cuántas Anas haya en realidad, porque su nombre no cambia. Se lee igual del derecho que del revés y eso le devuelve el espejo: una Ana inmutable con todas sus contradicciones.

Algo la sobresalta. No sabe qué es. El corazón se le acelera al comprobar que se trata del teléfono del extorsionador. Siente los latidos en las sienes, la respiración agitada, el pulso le tiembla. La pesadilla se hace real y ella solo quiere correr, y correr, y correr. Pero su mano actúa sola y agarra el móvil y descuelga y su boca se abre y dice:

—Soy Ana.

Al otro lado, una voz distorsionada con aparatos electrónicos contesta:

—Sé quién eres.

Mientras conduce camino del hotel de Juan Elías, Alicia Castro se repite las mismas palabras una y otra vez: «no soy su esposa, no soy su madre, no soy su amiga». Y por esas razones y no otras sabe que Elías no iba a obedecerla, ni a plegarse a sus deseos. Ignora si va a usar la mano dura o una suave caricia para que cuente lo que tenía en mente. Porque puede que no sea nada de lo anterior, pero es algo mucho más poderoso: la madre de sus hijos.

Alicia aparca y sube al ascensor del hotel. Se concentra en no montar el espectáculo, en no gritarle a la cara, en no golpearle, pero no se promete nada. Mandó a su hijo a trabajar con un mafioso ruso, nada menos. Y ahora Pol está muerto.

Camina por el pasillo que conduce a su habitación. Ni siquiera sabe si estará allí. La está esquivando, lo sabe, pero le da igual. Antes o después lo tendrá cara a cara y entonces hablarán claro. Si quiere resolver eso a su manera, ella estará a su lado. No le queda otra solución.

Alcanza la suite donde duerme su marido desde hace casi dos años, pero cuando va a llamar, la puerta se abre sola. Una chica rubia, no muy alta, pero de una belleza asombrosa sale de la habitación. Sus miradas chocan y Alicia intuye rápidamente que se trata de una prostituta. Su lenguaje corporal, la manera de moverse, la sonrisa burlona acompañada de una caída de pestañas... Sí, la chica no trata de disimular con qué se gana la vida.

—Tú debes de ser Alicia —dice—. Me llamo Sam.

Le tiende la mano, pero Alicia no piensa tocarla ni con guantes. Le asquea lo que pueda haber hecho con ella, no ahora, sino durante toda su vida. Para Alicia, Sam no es más que un saco de enfermedades.

—Sí, debes de ser ella —contesta la prostituta, retirando el saludo.

—Veo que te ha hablado de mí.

—Claro, es lo que hacen todos. Llorar de lo malas que son sus mujercitas que no se dejan meter mano. Mi trabajo tiene más de psicóloga que de comer pollas.

—Apártate —dice—. He venido a hablar con Elías. Tú no me interesas lo

más mínimo.

Sam sonríe de medio lado y chasca la lengua. Alicia es inmune a todas sus artimañas porque ella misma es una experta en ellas.

—No te imaginaba así —continúa Sam.

—Así como.

—Tan vieja —contesta—. Me imaginaba... no s , una mujer florero, tal vez una modelo sin sesos.

—Siento decepcionarte.

—Tranquila, querida, no es culpa tuya. Juan no es de llevar fotos en la cartera.

Sam se hace a un lado. Alicia sabe que le divierte hacerla enfadar, por lo que no mueve un solo músculo. No le dará esa alegría. Prefiere que se marche con su perfume barato imitación de Chanel, con su maquillaje de bazar oriental. Sam rasca el aire con las uñas y se marcha. Alicia observa sus tacones, la forma de mover el culo, y piensa que caminar así es un hábito aprendido. Y, según se aleja, se da cuenta de que la herida que ha dejado permanece.

Encuentra a Elías guardando algo en el bolsillo interior de la chaqueta. Parece dispuesto a irse corriendo tras la *escort*.

—Siento que hayas tenido que verla —dice Elías, ajustándose la americana.

Alicia explota. Pensaba guardar la calma, de verdad que quería hacerlo, pero algunas gotas no solo colman el vaso, sino que desbordan los pantanos.

—Pol ha muerto —dice, llena de odio—, y tú te tiras a esa furcia.

—No es lo que crees —contesta él.

— Y qué es?  Qu  tengo que pensar? Llevo busc ndote horas y cuando te encuentro veo salir a una puta de tu habitación y a ti coloc ndote la chaqueta.

—No es lo que crees —repite Elías.

— Claro que lo es, joder! Basta de juegos mentales, Elías. Me tienes harta. Tu reacción ante la muerte de Pol es esconderte y ocultar información. Y ahora esto.  C mo s  que no has sido t ?

Elías niega con la cabeza. Está muy serio. Alicia le ha dado donde más le duele.

—No est s en tus cabales —contesta.

—Tú eres el que está fuera de sí, Elías. ¡Te acabas de follar a una puta! ¿Cómo voy a confiar en ti después de esto? Acabamos de enterrar a Pol y tú te dedicas a...

—¡No es lo que crees! —grita él.

—¿¡Y qué tengo que creer!?! —contesta Alicia, elevando aún más la voz.

Elías agarra un cenicero de cristal que hay sobre una mesa y lo lanza contra la pared. Los fragmentos de vidrio salpican la cama, el suelo, la mesita de noche. Alicia no se mueve. No le impresionan sus muestras de furia y frustración.

—No puedo contártelo —dice Elías—. Aún no.

Alicia ya no sabe quién es su marido. Le muestra una cara que no había visto, y que tal vez siempre estuvo allí, por lo que quizás ella fue la que no quiso descubrirla. En cualquier caso, odia todo lo que representa, lo que hace, lo que dice. No puede sentir más desprecio por nadie en ese momento. Están muy cerca, pero a la vez lo siente más lejos de ella que nunca, y lo peor es que no quiere que se acerque de nuevo.

—Cuando todo esto se aclare —dice Alicia, remarcando cada palabra—, quiero que te marches.

—¿De qué hablas?

Alicia se planteaba todo ese asunto desde el prisma de que Julieta no podía perder a un padre y a un hermano al mismo tiempo, pero ahora se da cuenta de que Elías solo les hará daño y prefiere que desaparezca.

—No quiero que Julieta se críe junto a ti. Eres un peligro para ella igual que lo fuiste para Pol. Si no quieres irte, seremos nosotras las que nos vayamos.

—Desvarías, Alicia. Siempre seré su padre.

—No, no lo eres —contesta ella—. Cualquier juez aceptará la prueba de paternidad en un litigio y me dará la razón.

Elías aguanta el golpe bajo mejor de lo que Alicia espera. Sabe que no lo va a aceptar, que luchará con todo lo que esté en su mano para que jamás pase lo que propone, y eso la aterra porque es consciente de hasta dónde es capaz de llegar Elías por sus objetivos.

—No le volverás a hacer daño a Julieta —dice—. Jamás.

—Hablabamos de esto cuando resolvamos lo de Pol —contesta Elías, con

un tono frío que la inquieta—. Ahora te necesito lista para lo que viene.

—¿De qué hablas?

—Santi Mur está detrás de la muerte de Pol.

Al escuchar esas palabras, Alicia olvida a la mafia rusa, a Sam, incluso a Elías, y siente cómo se abre la docena de cicatrices que marcan su espalda.

Ana tiene el vello de punta y los sentidos afilados al máximo. Está absolutamente concentrada en el teléfono, en su interlocutor, sumergida en una especie de pecera invisible que la aísla del mundo.

—Tengo el vídeo —dice la persona al otro lado de la línea.

El distorsionador transforma la voz hasta hacerla irreconocible. Es un tono muy bajo, casi de ultratumba, que impide que Ana sepa con quién está hablando. Trata de adivinar si es un hombre o una mujer, pero es imposible. Sin duda, quienquiera que sea, sabe cubrir sus huellas.

—Si no quieres que salga a la luz el lunes —prosigue la voz—, debes seguir mis instrucciones.

Ana hace cálculos mentales. Están a sábado, por lo que apenas tiene dos días de margen. Menos incluso, dado que si el extorsionador pretende entregar la cinta a los periódicos, estos tendrán que tener la noticia preparada para el domingo por la noche.

—En la carretera C-33 dirección norte, kilómetro 27, gira a la izquierda y sigue hasta un almacén abandonado —continúa—. Nos veremos allí a medianoche.

Ana apunta las señas en un folio. Sus ojos se paran en el cuadro que cuelga de la pared que tanto le recuerda a su cautiverio. Un arrebató de valor hace que apriete mucho los dientes y la dignidad que creía perdida renace de sus cenizas.

—Ven sola y trae...

—No —interrumpe Ana.

El silencio se espesa a su alrededor y le pitan los oídos, pero no se arrepiente de su decisión. Ya no es la Ana víctima, sino la Ana abogada.

—¿Qué has dicho? —pregunta la voz.

—Ya me secuestraron una vez —explica ella, muy seria—. No voy a pasar por lo mismo de nuevo.

—Escúchame, niñata...

—Casi muero. Fue la peor experiencia de mi vida, así que no pienso ir a

ninguna casa abandonada en mitad del campo para estar a merced de otro. No soy tan estúpida.

La voz estalla al otro lado. Ana lo nota antes incluso de que empiece a gritarle.

—Pequeña zorra, harás lo que yo te diga o...

Ana cuelga.

Deja de nuevo el teléfono sobre la mesa y se lleva las manos a la cabeza. Gira sobre sí misma, preguntándose por qué lo ha hecho, pero sabe que tiene que actuar así. No va de farol, pero está tensando el cable hasta el punto de que se puede romper. Se acerca a la ventana y mira a través de las rendijas de la persiana. Las tiene echadas desde que comenzó toda esa locura del chantaje por miedo a que la estén espionando. Barre la calle con la vista y encuentra una sombra que se esconde tras un portal.

Alguien la está acechando.

Ana camina sobre sus propios pasos. Va y viene, vuelve y va. Le duele el pecho, está a punto de echarse a llorar, pero aguanta con la esperanza de no haberla fastidiado, de estar haciendo lo que debe hacer. El chantajista tiene que doblegarse y volver a llamar. Ella no puede hacerlo dado que la telefonaron desde un número oculto.

—Vamos... Vamos...

El teléfono suena. Ana se lanza sobre él. Está a punto de descolgar, pero se detiene. Deja que suene otra vez, y otra, y otra. Al quinto tono, contesta.

—Quiero un lugar neutral —dice ella antes de que su interlocutor hable.

El sonido es la respuesta. Se escucha un crepitar al otro lado, tal vez la respiración del chantajista sobre el aparato que distorsiona la voz. No lo sabe, no le importa. Solo quiere que todo acabe cuanto antes.

—Cerca de los muelles hay un descampado donde van a construir un centro comercial —continúa ella—. Es una parcela grande, con buena visibilidad. Nos veremos allí.

—Ni hablar —ronca la voz—. Yo doy las órdenes, así que escucha.

—No, escúchame tú —interrumpe Ana—. A mí no me perjudica ese vídeo, sino a Juan Elías. ¿Entiendes eso? En realidad, no tienes nada contra mí, sino contra él. Yo soy la víctima. Sí, tendré que declarar en el juicio, pero no iré a la cárcel ni me supondrá una gran pérdida. Así que deja de

comportarte como mi amo y lleguemos a una solución que nos satisfaga a los dos. Tú quieres hablar conmigo cara a cara y yo no quiero que me secuestren. Creo que es un trato justo.

Ana espera que acepte. Le había dado de plazo hasta el lunes para hacer pública su confesión contra Juan Elías, así que confía que también sienta la presión de los plazos. No hay demasiado tiempo para ninguno, por lo que tiene que aceptar sus condiciones.

—Nos veremos en tres horas. Tienes tiempo de sobra para pasear por el lugar, ver las rutas de escape, encontrar posiciones seguras desde las que controlar el entorno y darte cuenta de que no es una emboscada.

La voz se carcajea.

—Niñata estúpida. ¿De verdad crees que trabajo solo?

Ana sabe que está jugando con ella. Puede que sea cierto, que se trate de una red organizada, o que todo sea mentira para que la paranoia aumente. De lo que está casi segura es de que se trata de un hombre, tal vez el mismo barbudo que contrató al mendigo para sacar el vídeo del banco.

—Eres tú quien quiere algo de mí, no al revés —prosigue Ana.

La voz se remueve al otro lado. Ana casi puede escuchar sus pensamientos.

—Ya veremos —dice—. Quédate junto al teléfono por lo que pueda pasar. Y cuelga.

Santi Mur está distinto a cómo lo recordaba Giralt. Ya no parece un niño de papá que juega a ser un antisistema, pero tampoco, un tipo que ha estado en prisión dos años. Su bigote ha mutado a una perilla, que junto a su largo flequillo le da un aspecto de pirata. Tiene los ojos más hundidos y con una pátina de oscuridad, pero siguen mostrándose inteligentes. Sin embargo, lo que más le inquieta es su gesto altivo, casi desafiante. Teme que no tenga nada que ver y todo esto solo sirva para crear desinformación, algo que, sin duda, alguien como Mur sabrá aprovechar a su favor.

—¿Sabe sus derechos, señor Mur? —pregunta Giralt.

El chico levanta las manos y muestra las esposas que lo retienen. Giralt asiente y se las quita. Mur mira hacia un lado, luego a otro y finalmente se fija en el espejo de la pecera.

—Estamos usted y yo, señor Mur —continúa Giralt—. El juez Santos vendrá enseguida para participar en el interrogatorio.

—Cuánta expectación por un presidiario —dice—. ¿O es porque el imbécil de Pol Elías se tiró delante de un tren?

Giralt recuerda que Mur es superdotado. Tiene tres carreras y en prisión terminó una cuarta. Su nota más baja desde el instituto siempre fue un sobresaliente. Giralt nunca se sintió impresionado por los tipos listos: las cárceles están llenas de ellos. Pero Mur es distinto. Tiene la sensación de que será complicado que colabore. Debe ir con cuidado de no revelar más información de la necesaria.

—Los medios no hablan de otra cosa, ¿verdad? —prosigue el inspector, amigable pero firme.

—Y sospechan que alguien lo asesinó.

—Nadie ha dicho eso.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Pol me dejó su moto en el testamento? Si es así pueden subastarla en Internet, porque en el lugar donde estoy empadronado no permiten los vehículos a motor.

Giralt se mira el reloj. El juez Santos se retrasa. Si no llega pronto, hará

una pausa para no perder el control. Dejar que Mur sude en la sala, aguardar a que se reblandezca y entonces atacar de nuevo.

—¿Han comprobado mi coartada?

Lo desafía, y Giralt hace todo lo posible por no entrar en su juego. Le resulta incómodo que Mur conteste a las preguntas antes de que se las haga. Incluso tiene la sensación de que lleva preparando el interrogatorio durante tiempo, aunque sabe que es imposible.

—Tampoco he hipnotizado a nadie, ni inducido a que Pol jugase a los trencitos.

—Eso ya lo suponíamos.

—¿Entonces? ¿Qué hago aquí? Me alegro de que Pol haya muerto, no lo niego. Pero yo no he sido.

—¿Porque es un mal asesino?

Giralt se arrepiente al instante de haber dicho esas palabras, en referencia al intento de homicidio de la jueza Castro. Ha entrado en el juego de Mur casi sin proponérselo. Ya no es un poli buscando la verdad, sino Alberto Giralt, la persona que intenta que no le pasen por encima. Tiene que centrarse o deberá salir de la habitación.

—¿Y bien? ¿No debería mostrarme las fotos del cadáver para ver si me derrumbo? Me encantaría verlas para recordarlas cada día. Tengo una memoria excelente, ¿sabe? Quizás incluso me apunte al taller de pintura de la prisión y la dibuje al óleo.

Giralt recoge sus papeles. No tiene por qué continuar con eso. Esperará al juez Santos y dejará que él sea quien tome la iniciativa en el interrogatorio.

—¿Ya está? —pregunta Mur—. ¿Ni siquiera me va a amenazar con mandarme a la cárcel? —Chasca los dedos—. Ah, claro: que ya estoy encerrado.

—Seguiremos en un rato, señor Mur.

—Pol Elías ha muerto como un perro, pero yo vivo igual. Joder, si llego a conducir el tren doy marcha atrás para atropellarlo otra vez.

La puerta de la sala de interrogatorios se abre antes de que Giralt toque el pomo. El juez Santos viene acompañado de Lola, la amiga de Ana Saura.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunta el inspector.

—Soy su abogada —explica ella—. Y mi cliente está siendo sometido a

un interrogatorio irregular.

—Solo estábamos charlando y leyéndole sus derechos —dice Giralt—. ¿No es así, señor Mur?

—No digas nada más —ordena ella, muy firme.

Santi hace gestos mímicos y se abrocha una imaginaria cremallera en la boca.

—Si tienen alguna prueba contra mi cliente, sáquenla ya o dejen que regrese a su rutina.

El juez Santos asiente y Giralt busca el documento. Lo expone encima de la mesa para que Mur lo pueda ver con claridad. Es una foto donde se lee la pintada «Te quiero Charry».

—Hemos encontrado este grafiti en las inmediaciones donde murió Pol Elías —explica el juez.

—Eso solo indica que alguien está intentando implicar a mi cliente en todo este lío —dice Lola—. ¿Es su única prueba?

—No lo acusamos de nada, letrada —prosigue Santos—. Solo queremos saber su opinión.

—Sabemos que estaba muy unido a su hermana Carla —añade Giralt—. Su suicidio no le sentó demasiado bien.

—Mi cliente ya está cumpliendo pena por aquellos hechos. —Lola está indignada—. ¿Cuántas veces más van a juzgarlo por lo mismo?

—No se trata de eso, letrada.

—¿Entonces? Su comportamiento en prisión es excelente e incluso motiva a otros reclusos para que retomen los estudios. ¿Por qué creen que ha matado a Pol Elías cuando todo lo demás indica que se suicidó voluntariamente?

—Hay algunas discrepancias en todo este asunto —dice Santos—. En cualquier caso, señor Mur, ¿tiene algún inconveniente en que le hagamos un peritaje caligráfico para descartar que sea usted el autor de la pintada?

No contesta. Lola lo hace por él.

—Mi cliente colaborará con la justicia sin ningún reparo, señorita.

—Se lo agradezco, letrada. Vayamos a solicitar que venga un perito.

El juez invita a Lola a salir de la sala. Giralt se queda el último y, antes de cerrar la puerta, pregunta:

—Hace unas semanas tuviste un permiso de fin de semana —dice—. ¿Qué

hiciste esos días?

Santi Mur no contesta, pero sonrío ampliamente. Giralt le devuelve la sonrisa y asiente para sí mismo. No le importa que no se lo cuente, incluso le da igual que le mienta, porque su trabajo es encontrar las respuestas. Y es bastante bueno en eso.

No han hablado en todo el camino al juzgado. Elías observa a su mujer y se pregunta qué le pasa por la cabeza. Llevan casi 48 horas sin dormir, y no parece que eso vaya a cambiar a corto plazo. Achaca sus amenazas de llevarse a Julieta al cansancio, pero no le perdona la bajeza de señalar que no es su padre biológico. De momento sus prioridades son otras y se centran en sonsacarle a Santi Mur lo que sepa sobre Pol Elías. Después ya tendrán tiempo de resolver el resto de problemas familiares.

Aparca en la plaza reservada de su mujer y descienden del coche. Ella sale disparada hacia la entrada sin esperarle y Elías debe acelerar el paso hasta alcanzarla.

—Déjame en paz —dice Alicia.

—No vas a ir sola. Yo estoy en esto.

—Tú no trabajas aquí, Elías. Ya no es asunto tuyo.

—Necesito un minuto a solas con Mur. Estoy seguro de que le sacaré la verdad.

—Eso no va a ocurrir.

La agarra del hombro y la hace volverse.

—Tú tuviste tu momento con él. Gracias a eso confesó. Debes confiar en mí, sé lo que hago.

Alicia lanza una sonrisa triste, cansada, frustrada.

—¿Confiar en ti? —repite con sorna.

Camina a través de los pasillos de la Ciudad de la Justicia. Todo bastante despejado y apenas quedan solo los guardias. Alicia le pone la mano en el pecho a Elías y le obliga a detenerse. Él se da cuenta de lo que sucede y se resguardan tras una esquina.

Giralt, Santos y Lola están hablando junto al pasillo que conduce a las salas de interrogatorio. Parecen tener discrepancias respecto a cómo actuar. Giralt saca su teléfono y llama a alguien.

—Llegamos tarde —dice Alicia—. Ya deben de haber acabado.

—¿Van a trasladarlo de nuevo?

—Es posible... —Alicia aprieta los puños con fuerza—. Mierda, tenemos que saber qué les ha dicho.

—Todo lo que haya salido por su boca será mentira —dice Juan Elías—. Conozco a Mur. Solo yo puedo hacer que diga la verdad.

Alicia lo observa con fijación. Elías le aguanta la mirada. Tiene que hacer que su mujer aparque el enfado y el melodrama y le deje verse a solas con Mur. De lo contrario, jamás resolverá el asesinato de Pol. Es de lo poco que sabe Elías con certeza.

—Ya se van —contesta Alicia, mirando por encima de su hombro—. Vamos.

El juez y Lola se marchan juntos. Giralt los sigue y se desvía hacia la izquierda. Alicia y Elías van directos a la sala de interrogatorios.

Es un pasillo donde hay varios habitáculos para tomar declaración a los detenidos. Elías lo recuerda de los últimos compases de la desaparición de Ana Saura. Estuvo retenido durante un tiempo en el mismo lugar y casi se vuelve loco por no poder actuar.

Ante la puerta donde está Santi Mur hay un guardia que vigila que nadie entre.

—Jueza Castro —dice—. No puede estar aquí.

—Pablo, mi hijo Pol ha muerto —contesta ella, con tono suave.

—No se habla de otra cosa. Lo siento mucho.

—Hace unas horas hemos incinerado su cuerpo. Tengo una urna llena de cenizas en casa con lo que antes era mi hijo.

—La acompaño en el sentimiento, jueza Castro, pero deben salir de esta zona.

—¿Cómo están tus hijos, Pablo? Eran gemelos, ¿verdad?

Elías observa el talante diplomático de su mujer, pero al mismo tiempo no puede aguantar más. Con discreción se hace a un lado para después empujar con violencia al guardia. Este trastabilla y cae al suelo, lo que le da a Elías el tiempo suficiente para abrir la puerta y cerrar por dentro. A través del pequeño cristal que da al pasillo, ve los ojos de su esposa. Sabe que está cometiendo una locura, que tendrá que pagar por ello, pero también necesita acabar con su pesadilla de una vez. Por eso, desde su punto de vista, cometer una locura es lo más cuerdo que puede hacer.

El guardia golpea la puerta, pero no consigue abrirla. No tiene las llaves y sale corriendo para encontrar a alguien que sí las tenga. Elías se da a sí mismo dos minutos, 120 segundos para sonsacarle a Mur lo que necesita. Alicia también desaparece. Elías sospecha que se ha metido en la pecera.

Es entonces cuando se gira.

Santi Mur está de pie. Ha abandonado la silla y se ha refugiado en un rincón. La aparición de Elías ha sido del todo inesperada y se ha asustado. Juan sonrío: le gusta verlo así.

—Siéntate —ordena—. Tenemos que hablar.

Ana se dice que debería de haberse citado con el extorsionador en la comisaría de policía, o tal vez en el cuartel del ejército. Cualquier sitio menos aquel descampado. En realidad, solo se lo dijo para no pasar por el aro, para trastocar los planes que tuviera preparados para ella. Porque en eso no mintió: jamás volverá a ser víctima de un secuestro y hará todo lo posible porque así sea.

La explanada es enorme. Las máquinas se han dedicado a quitar escombros y a alisar el terreno, pero quedan montones de tierra en los márgenes. Ana cree ver una figura que se esconde tras uno de ellos, pero decide que la paranoia no va a adueñarse de ella y borra esos pensamientos de su cabeza. Si hay alguien, y seguro que sí, ya aparecerá en cualquier momento.

La luz del sol está casi extinta en el firmamento y una luna gibosa comienza a tomar su lugar. El lugar apenas está iluminado por las farolas de las calles adyacentes y de la dársena del puerto, a casi doscientos metros de distancia. Ana camina hasta casi el centro del descampado. Se ha traído zapatillas de deporte por si tiene que salir corriendo, y desde ese punto calcula por lo menos cuatro rutas de escape posibles. Trata de eliminar de su plan todo aquello que pueda fallar, como que de repente aparezca un motorista, o que la rodeen cinco coches, o que la luz de un puntero láser se coloque sobre su pecho.

Se resiste a mirar el reloj. Sabe que ha llegado a la hora al igual que sabe que están jugando con ella para ponerla nerviosa. Miden su temple ante esa situación y por eso se resiste a hacer cualquier tipo de gesto que indique su grado de tranquilidad o desasosiego. Otro comportamiento la dejaría en desventaja.

Aguarda sin que pase nada. No se mueve ni la brisa. El graznido de las gaviotas le recuerda lo cerca que está del mar, pero no hay rastro de aroma salino en el ambiente. En el bolsillo lleva el móvil del chantajista. No sabe si sonará de nuevo para darle nuevas instrucciones. Le gustaría pensar que no va a aparecer nadie, que el hecho de cambiarle de sitio ha servido para

espantarlo definitivamente. Pero pese a lo que le dijo por teléfono, sí teme que la cinta salga a la luz. Le ha costado mucho dejar atrás esa parte de su vida como para regresar a ella. En Internet hay *podcasts* y documentales caseros de gente que relaciona su caso con otras desapariciones e incluso con sectas. No, no quiere alimentar las llamas de una hoguera que siempre estará ahí, ardiendo sin cesar para su escarnio eterno.

Ana ve algo que no espera. Era un punto rojo, y por un momento teme que su fantasía del puntero de francotirador se va a hacer realidad. Se concentra en que no le tiemblen las piernas, pero su nerviosismo es evidente. Centra su vista y se da cuenta de que lo que está viendo es la brasa de un cigarrillo.

Alguien está fumando. A unos pasos de ella. En la oscuridad.

La figura avanza poco a poco, sin prisa. Se da cuenta de que es un hombre y su caminar indica seguridad. Su rostro está envuelto en tinieblas. Viste una chaqueta de cuero y pantalones vaqueros. Una nueva calada le muestra una barba con trazas grises.

—¿Elías? —pregunta.

No está segura. Parece más bajo y corpulento, pero la noche confunde sus sentidos. No es hasta que da unos pasos más y se para apenas a cinco metros de distancia cuando por fin lo reconoce.

—Ana Saura —dice el inspector Barros—. Hacía mucho tiempo.

Santi Mur aprende que, por mucho que crea tener la situación bajo control, todo puede estropearse en cualquier momento. Por increíble que parezca, Juan Elías ha entrado a la sala de interrogatorios y se ha encerrado con él. No, eso no estaba dentro de las quinielas.

—No puedes estar aquí —dice.

Elías no contesta. Se sienta en el lugar que unos instantes antes había ocupado Giralt, justo frente a él. Con cuidado, saca un sobre y lo tiende hacia Mur, pero este no lo agarra. Entonces lo deja en su lado de la mesa y aguarda.

—Ábrelo —ordena.

—¿Por qué? —pregunta.

—Solo tenemos unos minutos, Santi —le advierte—. Abre el sobre, por favor.

Su voz es tensa, pero mantiene la calma. Por un momento pensó que le iba a dar una paliza, pero en su lugar solo ha sacado ese sobre blanco. Se dice que es el momento de enfrentarse a él, que ya está bien de acobardarse igual que cuando alguien le asusta en prisión, que Juan Elías no va a verle temblar.

Santi regresa a su silla. Mira fijamente a Elías, sin hacerle caso al sobre. Es un duelo que no piensa perder, no esta vez.

—Van a tirar la puerta abajo en menos de un minuto y te quitarán el sobre —explica Elías—. Ábrelo, Santi.

Mur sonrío. Claro que lo va a abrir. Lo va a hacer, va a ver su contenido y luego se lo va a lanzar a la cara. Porque no le tiene miedo, ni respeto, ni admiración. Ya no es como antes. Las cosas han cambiado y Juan Elías, el superhombre, debe enterarse.

—¿Qué tal está tu mujer? —dice mientras rasga el sobre, pero Elías no se inmuta—. ¿Le pican mucho las cicatrices? Por cierto, qué putada lo de Pol.

En su interior hay un papel doblado en cuatro partes. Con cuidado, Mur lo despliega ante sí y observa su contenido. Pensaba que ya nada podría sorprenderle hoy, pero se equivoca. Eso no se lo esperaba.

—Está en blanco —contesta, mostrándolo.

Casi al momento se siente mareado. Su visión se vuelve borrosa. Mira a Elías y lo ve doble. No sabe qué le pasa.

—No sé qué me pasa —dice.

—Escopolamina. —Elías acerca de nuevo el papel a su lado con ayuda de un bolígrafo—. Más conocida como burundanga. Es una droga que se usa para anular la voluntad, Santi. ¿Has tomado drogas alguna vez?

La voz de Elías parece que llega desde el final de un túnel, pero se le mete en la cabeza y no puede pensar, solo reaccionar.

—Sí —dice, y no miente.

—¿Porros?

—Sí —responde, de nuevo desnudándose ante Elías.

—La burundanga es indetectable en sangre, y ya ves que se puede absorber por la piel —explica mientras quema el papel y el sobre con el mechero—. Al anular la voluntad, sirve como suero de la verdad. ¿Has estado alguna vez en Afganistán?

—No...

Cada vez le duele más la cabeza. Apenas entiende lo que le dicen. No puede moverse, siente cómo le cae un hilo de baba por la barbilla, está en manos de Elías.

Se escuchan gritos fuera. Alguien toca el cristal de la pecera. Elías se incorpora.

—¿Mataste a Pol? —pregunta.

La frase resuena en la mente de Mur, indefenso, incapaz de mentir. «¿Que si maté a Pol?»

—No —contesta, y es la verdad.

Elías golpea la mesa con fuerza. Las voces llegan por el pasillo.

—¿Has matado a Pol! —repite Elías.

—No —vuelve a decir él, abriéndose como un libro.

Un grupo de gente se amontona en la puerta. Escucha el ruido de una llave al pasar por la cerradura.

—¿Sabes quién lo ha matado? —pregunta Elías, agarrándolo de la camiseta.

—Nadie...

—¿Ordenaste matar a Pol?

—No...

—¡No me mientas! Fuiste tú.

—Yo no... he matado... a Pol...

Algo sucede. No es capaz de centrar la vista. Elías lo suelta. Hay más gente en la sala, pero para él solo son figuras difusas.

—¡Mataste a Pol, hijo de puta! —grita—. ¡Tú lo asesinaste!

Santi sigue fuera de sí, solo puede contestar la verdad, sin engaños ni embustes.

—No... no lo he matado...

Alguien le pregunta si está bien y contesta que no. Otra voz le pide que lo acompañe y no se resiste. Está en una nube, sin control de sí mismo. Es una sensación horrible, de indefensión absoluta, que nunca podrá quitarse de encima.

Ana no había tenido mucho trato con el inspector Barros y principalmente tuvo conocimiento de él por las noticias. Sabe que se enfrentó a Heredia cuando este estaba bajo custodia y que eso le supuso la suspensión inmediata. Ignora si le han vuelto a dar la placa o si le expulsaron definitivamente del cuerpo. Poco le importa. Ahora mismo, solo sabe que lo tiene delante y que sus planes no auguran nada bueno.

—Inspector Barros —contesta ella, tratando de disimular su sorpresa.

Barros toma una última calada de su cigarro, dobla una pierna a la altura de la rodilla y lo apaga contra la suela de su zapato. Después guarda el filtro amarillo en el bolsillo de su chaqueta de cuero. A Ana no le gusta el gesto. Está claro que no quiere dejar pistas que le ubiquen en ese descampado.

—He avisado a la Policía —dice Ana—. Están vigilando el lugar desde lejos.

Barros se carcajea.

—Buen intento, niñata —contesta—. Pero si lo hubieras hecho, me habría enterado. No, cariño, aquí estamos los dos solitos.

—¿Vuelves a ser poli?

—Incidentes con reclusos hay a diario —dice—. Al final, el guardia que estuvo presente en el lugar de la paliza testificó que Heredia se había autoinflingido esas heridas. Y la palabra de un agente de la autoridad vale más que la de un secuestrador de niñas.

Ana sonríe, seductora. Es una de sus mejores armas y no piensa desaprovecharla. Tiene que sacarle toda la información que pueda por si acaso la situación se complica.

—Entonces vuelves a ser poli —prosigue ella—, y tu primera buena acción es chantajearme.

—No te equivoques —contesta, muy serio—. Esto es personal.

—¿Personal? Claro. ¿Cuánto dinero quieres?

Barros niega con la cabeza y pone los brazos en jarras.

—Es personal —repite, mirándola de nuevo—. Desde hace más de dos

años sé que Juan Elías te mantuvo secuestrada. Lo único que me faltaba era una prueba contra él, y tú me la has proporcionado.

—La robaste.

—Busqué por todas las notarías de la provincia, hasta que di con la adecuada. No hacía falta ser muy inteligente para saber que tenías en alguna parte un «seguro de vida» contra Elías.

—¿Crees que lo hice por eso?

—No me vuelvas a mentir. —La señala con el dedo—. Los dos sabemos que es un asesino.

Ana se mantiene fría. Dedicar toda su concentración en no salir en dirección contraria a toda velocidad. Debe hacerle hablar, descubrir de qué va todo ese asunto, y entonces escapar. Reza para que esté solo y no haya nadie más escondido en las sombras.

—¿Por eso mataste al notario?

—Fue un pequeño accidente —explica—. La idea era chantajearlo, pero todo se torció.

—Asesino...

—No es lo que crees —dice—. Mi plan consistía en contratar a una prostituta de lujo que lo sedujese y se lo llevase a un pequeño apartamento que tenía habilitado con una cámara oculta. Allí lo grabaría y le cambiaría la cinta por la tuya, aunque en ese momento no sabía lo que era. Por desgracia, el hombre era muy mayor y murió de un infarto en mitad del servicio...

—¿Esperas que me crea eso?

—O tal vez lo maté con mis propias manos —continúa, muy seco—. ¿Qué prefieres creer?

Ana se da cuenta de que no está ante un jurado y unos testigos, sino con alguien entrenado en los juegos psicológicos. Barros le lleva años de experiencia sacando información a detenidos y sabe qué tiene que decir para desubicarla por completo. Ana creía que la charla previa había servido para descubrir sus planes, pero ahora es consciente de que Barros no va a desvelar sus cartas con tanta facilidad.

—¿Qué quieres de mí? —La pregunta del millón.

Barros se guarda las manos en los bolsillos de la chaqueta. Ana sabe que ahora toca aparentar ser inofensivo para que así confíe en él.

—Te he visto actuar en los juicios —la elogia—. Tienes mucha labia, chica. Te auguro un gran futuro.

—¿Debo creérmelo?

—No es peloteo. Me he relacionado con muchos abogados, pero pocos estudiaron eso por vocación. En tu caso es distinto. No he conocido a nadie que sepa meterse al jurado en el bolsillo con tanta facilidad.

—Ve al grano, Barros.

El policía no se mueve. La penumbra hace que Ana no pueda distinguir bien su rostro, pero ve sus ojos brillando en la oscuridad.

—Elías acabará contigo, y lo sabes —dice—. Es un asesino, se volverá a meter en líos, y al final te arrastrará con él.

Ana se burla. Su actuación debe ser la de una chica segura, por lo que ningunear a Barros es una buena táctica.

—Qué poco lo conoces.

—Oh, no te equivoques. Conozco muy bien a la calaña como Juan Elías. Y tú también. Estoy seguro de que aún sientes un sobresalto cuando estáis en la misma habitación.

—Me fío de Elías —contesta—. Cumplió con su palabra y no hemos vuelto a tener problemas entre nosotros.

—Cobijarse bajo el ala de un dragón da seguridad, pero también te puede matar en cualquier momento.

—Qué poético. —La ironía de Ana no parece rayar la coraza de Barros—. Entonces, ¿qué debería hacer? ¿Fíarme de ti?

—Sería lo más sensato.

—Dame una buena razón.

—Porque Juan Elías mató a Pol.

Los golpes vienen cuando menos te lo esperas. Si los ves llegar, no son tan peligrosos, pero por sorpresa pueden ser letales. Ana se queda en shock, intentando asimilar las palabras de Barros. ¿Elías asesinando a su propio hijo? ¿Es eso posible? Se niega a creerlo.

—Eso es falso —dice.

—Pol descubrió algo que Elías no quería que se supiera, discutieron y lo mató. No digo que fuera premeditado. Tal vez solo fue un accidente, no lo sé. De lo que estoy seguro es de que su muerte tiene la firma de Juan Elías. Y tú,

si eres tan inteligente como dices, deberías verlo también.

La mente de Ana funciona a toda velocidad tratando de rellenar los huecos con la nueva información. La teoría de Barros es tan válida como cualquier otra, pero algo en su interior le dice que no es posible, que Elías amaba a su hijo, que no habría sido capaz de algo así ni por error.

—Deja de confundirme —contesta—. No vas a conseguirlo.

—¿Sabes que tu adorado Juan Elías está medicándose? —pregunta—. Se trata de unos fármacos muy fuertes contra la depresión.

—Elías no está deprimido.

—¿Tan bien lo conoces?

Ana agita la cabeza. Todo está programado para caer en sus trampas mentales. El frío del descampado no ayuda a que la sensación de psicosis rebaje la tensión.

—Mejor que tú —dice al fin.

—Entre los efectos secundarios de ese medicamento están las lagunas de memoria —explica—. Puede que ni el propio Juan Elías sea consciente de que mató a Pol.

Las dos Anas luchan por hacerse con el control. La Ana analítica se dice que no, que Juan Elías no haría algo así, pero la Ana emocional sabe que sí, que sería capaz, que estuvo a punto de dejarla morir. Juan Elías ya tuvo un episodio de amnesia. ¿Podría estar repitiéndose?

—Deja de jugar conmigo, Barros —dice, más por inercia que por convicción—. ¿Qué quieres de mí?

—Tu colaboración.

—¿Para qué? Ya tienes el vídeo.

Barros mira al cielo. No hay estrellas.

—No es tan fácil, chica —contesta.

Ana entiende a qué se refiere el policía. Ella puede negar esa cinta en cualquier momento, decir que es una mentira, que la grabó como broma macabra. Ningún juez la aceptaría como prueba y solo serviría para destruir su reputación, no para encerrar a Elías en la cárcel. Así que Barros necesita su colaboración, que acredite la verdadera naturaleza de la grabación hecha un mar de lágrimas en la sede judicial. Y eso es algo que no piensa hacer.

—¿Por qué debería ayudarte?

—Juan Elías es un peligro público, una mala hierba que necesita arrancarse de cuajo. Cada segundo que ese malnacido está suelto por las calles es un insulto al sentido común. Sabes que lo que digo es verdad y que el mundo sería un lugar mejor si él no hubiera nacido.

La cabeza de Ana hierve de actividad. No quiere ni puede creer aquello. Si titubea y sus convicciones se derrumban delante de Barros, eso significaría caer en sus redes. Así que repasa todo lo que sabe y se centra en aquello que no encaja.

—¿Sabes por qué no voy a hacerlo? —pregunta—. Porque no me creo ni una palabra tuya. ¿Juan Elías amnésico otra vez? Ahí te has pasado.

—Es la verdad —insiste Barros—. Puedo demostrarlo.

—No, no puedes. Además, tú mismo lo has dicho al principio: esto es personal. No lo haces como trabajo policial, sino como revancha. No te gusta perder, ¿verdad? Es razonable, no te culpo.

—Olvida lo que te dije. Soy policía y quiero detener a Elías.

—No, no lo eres. Puede que lleves placa, pero no actúas como un agente. Los polis de verdad no contratan a prostitutas para extorsionar a un notario, ni le hacen chantaje a nadie con el robo de una cinta.

Barros aprieta los labios con fuerza. Su ceño se frunce y los ojos se achinan. No le gusta lo que oye y tampoco disimula.

—Tú mismo lo has dicho: esa cinta no te sirve de nada sin mi ayuda. Y no pienso mover un dedo por ti. Así que haz lo que te dé la gana, pero como esa grabación vea la luz, te caerá encima toda la ira de mi bufete. Y, créeme, somos muy cabrones.

Barros asiente muy despacio, asimilando sus palabras. Ana ya no espera ni que la crea ni que desconfíe. Solo quiere saber qué ha hecho con la cinta, averiguar dónde la esconde y convencerlo para que se la devuelva.

—De acuerdo, chica. Eres libre de hacer lo que quieras. Pero te equivocas en una cosa.

—¿En qué?

—El vídeo lo grabaste como seguro de vida —dice mientras saca una pistola del bolsillo y apunta a Ana—. Y tendrá toda la credibilidad del mundo que aparezca justo cuando tú apareces muerta.

Ana recula. Por primera vez en mucho tiempo no sabe qué hacer, así que

se echa a temblar.

—Te he dado una oportunidad, niña. Deberías haberla aprovechado.

La Policía retiene a Elías desde que lo sacaron a la fuerza de la sala de interrogatorios donde se encontraba Santi Mur. Alicia es testigo de todo ello, y no le dejan verlo por más que insiste en que su esposo necesita representación legal.

—Juez Santos... —dice, adúladora.

—Le he dicho que no, jueza Castro. No sé quién les dejó pasar, pero lo descubriré y tendrá que responder por ello, igual que su marido.

—Elías no ha hecho nada —contesta—. Sí, se ha encerrado con Santi Mur apenas un minuto, pero no le ha agredido. De lo único que le pueden acusar es de empujar al guardia de la puerta.

—Atentado a la autoridad —enumera Santos—, acceso no permitido a zona restringida, intimidación y, si me entero de que lo interrogó, sumaré el de usurpación de funciones públicas. ¿Quiere que siga?

—Nada de lo que ha dicho implica cárcel o penas graves. Esto se va a solucionar con una sanción administrativa, lo sabe tan bien como yo, juez Santos. Así que pagaremos la multa ya y nos marcharemos a casa.

—Santi Mur está en observación en el hospital. No saben lo que le pasa, pero le están haciendo pruebas.

—Por favor... —dice ella, sarcástica.

—Si se descubre que Juan Elías ha drogado a un sospechoso bajo custodia, créame que ni la pérdida de su hijo actuará como atenuante.

A Alicia no le gusta la referencia que hace a Pol. Están hablando de jurista a jurista, y no le parece apropiado que se citen las desgracias familiares. Pol está todavía muy presente en su vida para que la gente lo use como arma arrojada contra ellos.

—Santi Mur entró en shock al ver a Juan Elías —dice Alicia, y la temperatura parece descender unos grados—. Cualquiera que lo mire se da cuenta de que está conmocionado. Entró en pánico y apenas pudo balbucear un par de palabras. Seguro que hasta ensució los pantalones.

—No me venga con historias, jueza Castro. No le voy a permitir ver a su

marido.

—¿En base a qué? Y, por favor, póngalo por escrito, porque está privando a una persona inocente de su derecho a tener un abogado.

Santos resopla por lo bajo. Alicia lo ha visto perder energía desde hace unos meses y en el juzgado se rumorea que está pensando en retirarse, así que decide atacar con todo.

—Hablaré con la prensa. Estarán encantados de saber el trato que le están dando a mi marido.

Santos le lanza una mirada acusadora, capaz de traspasar paredes, pero a Alicia no le tiembla el pulso.

—No me amenace, jueza Castro.

—No me ignore, juez Santos.

Hay tres guardias en la puerta donde incomunican a su esposo. A Alicia le parece excesivo. Se nota un ambiente de psicosis en la Ciudad de la Justicia. A esas alturas, a nadie le extrañaría que Juan Elías se convirtiera en lobo al ver la luna llena.

Ella no. Alicia Castro sabe que siempre fue un depredador y eso es lo que la asusta.

La dejan pasar sin hacer preguntas. Está claro que el juez Santos les ha dado la orden con rapidez. Todos quieren acabar con ese tema cuanto antes.

La sala es parecida a la misma en la que retuvieron a Santi Mur, con una mesa con dos sillas a cada lado. Elías está en pie, observando su imagen sobre el espejo de la pecera.

—No hay nadie al otro lado —explica Alicia.

Elías no dice nada. Alicia repasa la habitación en busca de micrófonos. Debajo de la mesa, en las sillas, en las esquinas de la sala.

—He peinado este sitio tres veces —dice Elías—. Está limpio.

Alicia asiente y se sienta en una de las sillas. Su esposo hace lo mismo en la de enfrente. Se lleva las manos a la cabeza y su imagen es la de un hombre abatido.

—Estaba seguro de que Mur mató a Pol.

—Ya viste qué dijo.

—Tenía que saberlo... de alguna forma debía saber que lo drogaría para que no pudiera mentir.

—Estás viendo fantasmas, Elías. ¿Crees que se tomó una sustancia para contrarrestar los efectos de la burundanga?

Alicia se muerde el labio para no seguir hablando. Quiere acusar a su esposo de iluso, de querer que sus fantasías se hagan realidad, de esperar una confesión de un inocente. Siente ver a Elías así de tocado. Lo recuerda siempre operativo, alerta, pendiente de cada pequeño detalle, pero desde que apareció el cuerpo de Pol no ha levantado cabeza. En realidad, ninguno lo ha hecho.

—Mur no pudo ser —le explica—. Estaba en prisión.

—Fue él. Lo sé.

—Tú mismo le contaste los efectos que tenía la droga en su cuerpo. Actúa como un suero de la verdad. No te mintió en ninguna de las preguntas de control que le hiciste: que si fumaba porros, que si había estado en Uzbekistán...

—Afganistán.

—Da igual. Él no pudo haberlo hecho.

Elías la mira con odio. Busca enemigos por todas partes y no se da cuenta de que su mayor rival, en ese momento, es él mismo. Alicia sí lo ve, pero no consigue convencerlo de que tiene razón.

—¿Por qué le proteges? —pregunta Elías.

—No lo hago —zanja ella—. Nada me gustaría más que se pudiese en prisión. Cada vez que me ducho veo las cicatrices que me dejó y me vienen imágenes del momento en que casi me mata.

Alicia estira el brazo y agarra a su marido de la mano. Ha sido un impulso instintivo, ni siquiera sabe por qué lo hace, si para consolarlo a él o para sentir el calor de su cuerpo. Por desgracia, tiene la mano fría.

—Piensa, Elías. Alguien ha matado a nuestro hijo y tenemos que encontrarlo, pero no así. Estás perdiendo la cabeza, ves culpables donde no los hay. Eso por no hablar de tu amiguita del hotel.

—No me acosté con ella —dice—. Hace tiempo que no lo hago. Solo la llamé para que consiguiera la escopolamina. Algunas prostitutas la usan para robar a sus clientes sin que opongan resistencia. Pensé que ella podría

obtenerla y no me equivoqué.

Alicia acepta la explicación de Elías. Han sido muchas emociones en poco tiempo y apenas ha tenido tiempo de llorar a su hijo, así que prefiere creer lo que sale de la boca de una persona conocida por ser un mentiroso experto. No quiere sufrir más, no necesita que su corazón se vuelva más negro. Solo desea que todo regrese a la normalidad, aunque eso sea imposible porque los muertos nunca resucitan.

—No tienes por qué darme explicaciones —contesta al fin, seria, y suelta la mano de su esposo—. Vamos a sacarte de aquí.

La puerta de la sala se abre al pronunciar esas palabras. La silueta de viuda negra de Marta Hess les invita a salir.

—Ya lo he arreglado todo —dice Hess—. El lunes tendrás que presentarte a primera hora para escuchar al fiscal y al juez, pero esto no pasará de una multa.

—¿Mur ha hablado? —pregunta Elías.

—Sigue en el hospital. Dice que no va a presentar denuncia. Creo que esta vez lo asustaste de verdad.

Barros apunta al frente. Ana sabe que a esa distancia es imposible fallar. El policía seguro que entrena varias veces al mes en la galería de tiro. No, no puede salir de allí corriendo, ni tampoco hay nadie cerca a quien pedir ayuda.

—Juan Elías te mata —explica Barros—. Encuentran tu cuerpo tirado en un solar. Al día siguiente aparece la cinta donde lo culpas de tu secuestro.

—No lo hagas —suplica.

—Es lo que has elegido. Te secuestró y te pusiste de su lado. Joder, eres una de esas abogadas sin escrúpulos capaces de hacer cualquier cosa, ¿no? Por vuestra culpa hay criminales como Juan Elías sueltos.

—Haré lo que tú digas.

—Vamos, ¿tengo que creerte? He sido bueno y paciente contigo, niñaata. Ahora, ponte de rodillas y date la vuelta.

Ana está bloqueada y siente que tiene que hacer algo. Piensa rápido en busca de una escapatoria y se da cuenta de que tiene que retomar el control de la situación, convencer a Barros de que se equivoca y hacer que baje la pistola. Porque a ella la ha entrenado el tipo más peligroso del mundo con la más efectiva de las armas: la dialéctica.

—No vas a disparar —dice para ganar tiempo.

—De rodillas —ordena—. Por favor, no te lo pongas más difícil.

—¿Es una USP? —pregunta, señalando a la pistola—. Con la oscuridad no veo bien, pero creo que sí.

—¿Qué más te da?

—Me importa una mierda —dice, con dureza—. Pero me llama la atención que me vayas a matar con tu arma reglamentaria.

Barros titubea. Es la primera vez que lo hace desde que llegó al descampado.

—La USP es el arma que os dan a todos los polis. Sí, estoy segura de que es la tuya, con tu número de serie y todo. Habría que ser imbécil para hacer algo así.

Ana se cruza de brazos. Espera, desea, que Barros baje el arma. En cuanto

lo haga negociará con él otra solución a todo ese asunto. Pero primero necesita que deje de apuntarla. Ha sembrado la duda y la ve crecer en su cerebro. La pregunta es qué hará ahora.

—No hace falta que hallen tu cuerpo —contesta—. Con que vuelvas a desaparecer es suficiente.

—Me encontrarán, imbécil. Sabes que lo harán. Giralt estuvo muy cerca de hacerlo la primera vez y tú no eres ni la mitad de inteligente y manipulador que Juan Elías. ¿De verdad crees que no te pillarán? ¿Que saldrás de esta? ¿Has preparado todo para trasladar un cadáver con una herida de bala sin que deje rastro de sangre? No, yo creo que solo pensabas en matarme y salir de aquí, ¿verdad? No tienes un plan C por si acaso el B te fallaba. Acéptalo: si disparas estás jodido.

Barros tensa los músculos. Por un momento, Ana se sabe muerta y cierra los ojos, pero el fogonazo no llega. Al abrirlos, el policía baja el brazo y guarda la pistola en el bolsillo.

—Tienes razón, chica —dice Barros—. Pero la decisión está tomada.

Ana no sabe qué significa hasta que ve a Barros ponerse unos guantes de cuero. Da un par de pasos hacia atrás, asustada, pero no se lanza a correr hasta que el inspector sale tras ella.

La va a matar con sus propias manos para no dejar huellas.

Ana tenía previsto salir a toda velocidad, pero no esperaba que su rival fuera tan rápido. Es un cincuentón, pero se mantiene en buena forma física. Sin duda, ha revisado el terreno, porque evita los obstáculos con facilidad, mientras que ella apenas ve nada con la oscuridad reinante en el descampado. No sabe cuánto tiempo lleva huyendo cuando la atrapa, pero no mucho. Siente una mano que la agarra del pelo y la hace pararse en seco. Su cuello se vuelve hacia atrás y se coloca cara a cara con Barros.

—Lo siento, niña —dice mientras le rodea la garganta con las manos—. Lo siento.

Ana nota su olor a tabaco, sus ojos inyectados en sangre y se queda sin aliento al instante. Intenta resistirse, pero no tiene nada a mano. Se siente mareada y sabe que el oxígeno ya no llega a su cerebro. Va a desmayarse y esta vez no va a despertar. Mientras el sueño la vence, su último pensamiento es para Pol y sabe que ahora estarán unidos también en la muerte.

OCHO MESES ANTES

La cárcel no era para gente como Santi Mur. Los otros chicos de su edad que estaban entre rejas eran pura adrenalina y testosterona. Gente sin recursos que creció en barrios sin ley y que acabaron perdiendo la cabeza por las drogas. Un joven universitario como él solo era carnaza de la que abusar.

Mur no los apreciaba. Los consideraba cobardes. Puede que no hubieran tenido muchas oportunidades para escapar de esa vida, pero tampoco se esforzaron por buscarlas. Ahora eran animales que se guiaban por sus instintos más que por su cerebro. Santi trataba de evitarlos a toda costa, pero no siempre era fácil.

Su vida era solitaria. Con el tiempo había obtenido algunos privilegios penitenciarios por su buen comportamiento. Estaba estudiando una nueva carrera para matar todo el tiempo que le sobraba, pero su mente siempre oscilaba hacia la venganza. Charry seguía muerta y él no pudo ni asesinar a puñaladas a una cincuentona. Eso lo convertía en un desecho.

El mayor problema que tenía para vengarse no era la cárcel, sino Héctor Castro. El anciano tenía una reputación intachable en prisión y los demás presos lo adoraban. Lo tanteó al entrar, pero se dio cuenta de que la relación con Alicia, pese a su ambigüedad, no incluía sonreírle a su homicida. No, Héctor Castro iba a evitar por todos los medios que llevase a cabo su plan, pero Santi Mur necesitaba sacarle información. Algo con lo que atacarlos y que no esperasen.

Un día vio al viejo solo en el patio. Se acercó a él con una bomba en la mente.

—Sé que Juan Elías secuestró a Ana Saura —dijo—. No entiendo por qué te comes tú su condena.

Héctor Castro se volvió y lo observó con extrañeza.

—No sé quién eres.

La muerte no llega.

Una figura se abalanza contra Barros y le propina una patada en la cabeza. La presión en el cuello de Ana cesa de inmediato y toma aire como puede. Primero es apenas un hilillo acompañado de tos, pero poco a poco sus pulmones se van recuperando y vuelve en sí.

Se alegra de no haberse desmayado. Intenta ponerse en pie, pero sigue mareada, así que permanece sentada. Y, ante ella, observa un espectáculo que le cuesta creer.

Su ángel de la guarda no tiene alas blancas. Es la última persona por la que habría apostado. Incluso tiene que agitar la cabeza de un lado a otro para comprobar que es cierto, que sus ojos no le mienten: Marc le está dando una paliza al inspector.

—Vamos —dice sin terminar de creérselo—. Vamos...

En ese momento Barros saca el arma y apunta a Marc. La adrenalina hace que Ana lo vea todo a cámara lenta. Marc reacciona y le da un puntapié a la mano de Barros y la pistola acaba a los pies de Ana.

«Un poco de buena suerte en una racha infame», se dice.

Barros comienza a tomar ventaja sobre Marc. Ana no sale de su asombro. Su hermano, que entrena a diario, que es una de las personas más en forma que conoce, comienza a recibir puñetazos de un tipo que podría ser su padre.

—Joder, Marc —exclama, pero su voz es un susurro ronco.

Ana agarra la pistola y trata de disparar al aire para que Barros deje de revolverse, pero el gatillo está duro. Sabe que existe una forma de quitarle el seguro al arma, pero desconoce cómo.

Barros detiene los golpes de Marc y los devuelve con el doble de furia. Está herido de los primeros compases de la pelea, pero Marc no ha podido derribarlo y ahora le está sacando ventaja. En un momento dado, Barros le hace una llave retorciéndole el brazo por la espalda y colocando la rodilla sobre su nuca. La cara de Marc se pone azul mientras Barros le castiga los riñones con el puño libre.

Cuando ya está todo perdido, Ana ataca a Barros con la pistola. No sabe dispararla, pero la agarra con las dos manos y le golpea con todas sus fuerzas. El arma sigue sin detonarse, pero impacta a Barros en la sien y este cae hacia un lado con convulsiones.

—Vamos —le dice a Marc, agarrándolo por debajo del hombro para intentar levantarlo—. Tenemos que irnos de aquí.

Marc se incorpora desorientado. Sangra por la nariz y tiene un labio partido. Ana lanza la pistola a la oscuridad y ayuda a su hermano a caminar hacia la salida del descampado. Deben darse prisa por si acaso Barros se recupera.

—Sabía pelear —dice Marc—. Kárate... o kung-fu...

—Tienes que dejar de seguirme, Bruce Lee —le recrimina Ana, tratando de no mostrar irritación porque, en el fondo, sabe que le debe una y muy gorda.

—Ana... tengo que protegerte... —balbucea—. Te esperé en la puerta de casa y te seguí hasta aquí.

Ana recuerda que vio una figura esconderse bajo su portal, y que al llegar achacó a la paranoia que una sombra la acechara por los montones de arena. Ahora sabía que era su hermano Marc, su caballero templario. Quizá, si salían de esa, podría replantearse su relación con él, ser menos severa, intentar que entrase en razón respecto a sus sentimientos, que aceptase que solo serían hermanos de aquí hasta el fin de los tiempos.

—Te amo, Ana... —dice él.

Aunque tal vez es mejor seguir como estaban.

Oye ruidos a su espalda y Ana sabe que Barros va tras ellos. Marc apenas puede tenerse en pie de lo desorientado que está. Ya se ve la calle al final del descampado. No hay nadie por esa zona, ni siquiera un vecino despistado sacando a pasear a su perro. Están cerca de su coche, pero Ana decide que no es buena idea montarse en el vehículo. Tiene una idea mejor.

—Por aquí —señala hacia un lado de la calle.

—No, tenemos que ir hacia allí.

Marc se agita. Sigue siendo más fuerte que ella, y mucho más terco. Siente a Barros acercarse por momentos. Están en peligro.

—Hazme caso, Marc.

—No, Ana. El coche. Vamos.

—¡Marc! —Ana no puede tirar de él.

—Tenemos que...

Ante situaciones extremas, medidas desesperadas. Ana agarra la cabeza de su hermano y le da un beso en los labios. Es apenas un segundo, pero suficiente para hacerle reaccionar.

—Ven conmigo —le dice.

—Sí —contesta él, temblando—. Siempre.

Ana lo arrastra hacia un bar cercano que tiene el cartel encendido mientras se limpia la mancha de sangre que le ha dejado Marc en la boca.

A Barros le pitan los oídos. La niñata le ha golpeado en la cabeza con algo duro, es posible que con su propia arma. Se incorpora como puede. Apenas puede centrar la vista. Tiene la suficiente lucidez para desear no tener ninguna lesión grave. La vida no es como las películas, donde te dejan inconsciente y te levantas como si hubieras dormido en una cama de agua. Barros sabe de gente que ha acabado en una silla de ruedas por un golpe mal dado. En concreto, lo sabe porque él fue quien se lo propinó.

La chica ha lanzado algo hacia la derecha antes de salir corriendo. Barros se taponan la brecha con un pañuelo y busca el objeto. La luna le lanza un brillo metálico y le indica dónde ha caído su arma. La agarra, le quita el seguro y sale tras ellos.

Le cuesta caminar. Marc le ha dado bien. Sus golpes no eran precisos, pero sí temibles. El chico está en buena forma, pero no sabía pelear y eso le dio una ventaja. Si no, ahora estaría vomitando sangre en mitad de aquel agujero.

Siente las piernas abotargadas, el rostro entumecido y un dolor punzante en el pecho. Sabe que tiene una costilla rota, pero no le importa. No puede dejar que se marchen o estará en un buen lío. La cinta es su seguro de vida, pero aun así debe jugar bien sus cartas o perderá la partida.

A cada paso que da, la rodilla derecha se va quejando más. Al final acaba arrastrando la pierna, pero no se detiene. Ellos tampoco van muy deprisa. Por desgracia, están muy cerca de la calle. Ya no tiene sentido dispararles o los vecinos se asomarán a las ventanas y le verán a él con la pistola en la mano. Decide guardarla en el bolsillo de nuevo y avanzar hasta tenerlos cara a cara.

Les va recortando terreno. Ella no debe pesar más de cincuenta kilos, pero su hermanastro pasa de los 80 con facilidad y no puede arrastrarlo. Solo hay un problema: van directos a un vehículo estacionado en el linde del solar. Si monta y salen de allí, ya no podrá atraparlos y tendrá que reconsiderar todo su plan.

Algo inesperado sucede. La pareja se detiene, discuten y se besan. Barros, con una larga carrera como policía, no le encuentra explicación. Al igual que

tampoco entiende por qué varían su rumbo, pero sonrío al ver que se dirigen a un bar cercano.

—Ya sois míos —dice, seguro de sí mismo.

Aminora la marcha. Ya no es necesario correr tras ellos. Se han encerrado en un lugar sin salida y están a su merced.

Primero se acerca al coche aparcado y deshincha una rueda con ayuda de un trozo de plástico que encuentra en las cercanías. Mientras la válvula del neumático va expulsando el aire, Barros se mira en uno de los retrovisores. Tiene una herida en el lateral de la cabeza. Se limpia con el pañuelo hasta dar una apariencia lo más normal posible. Solo entonces acaricia la culata de su arma en el bolsillo y emprende el camino al bar.

El local no tiene nada de particular. Hay varios hombres en las mesas y un par de camareros. Es uno de esos sitios donde los trabajadores de los muelles hacen sus descansos. Nada más entrar, Barros se identifica.

—Policía —dice, mostrando la placa—. ¿Dónde están?

Nadie contesta. Al fondo hay un pequeño reservado con una cortina. Barros se acerca y la descorre de un tirón. En su interior encuentra a Ana curando las heridas de Marc. No se asustan al verlo.

—Vamos —ordena Barros.

—Déjanos en paz —dice Marc, desafiante.

—Hoy has perdido, chico, pero no tiene por qué gustarte. —Se vuelve hacia Ana—. Solo me interesas tú. Ven conmigo y a tu hermano no le pasará nada.

—¿Ocurre algo? —pregunta una voz a su espalda.

Barros se gira. Se trata de un hombre de ojos muy azules que viste de traje. No sabe qué pinta en un lugar como ese, donde priman los chándales.

—¿Es usted el encargado?

—El dueño —contesta con un deje en el acento que Barros no sabe ubicar.

—Soy policía. Procedo a la detención de estas dos personas.

El tipo lo observa extrañado. Luego se vuelve hacia Ana y Marc y niega con la cabeza.

—Lo siento —dice.

Barros escucha un ruido a su espalda. Uno de los tipos de la mesa ha cerrado la persiana metálica del bar. Los otros se dirigen hacia él con cara de

pocos amigos. Barros extrae el arma de forma instintiva.

—¿Estáis de coña? —gruñe—. Soy policía. Si no colaboráis con la justicia...

—Cállate. —Sin saber cómo, Barros tiene una pistola en la cabeza—. Dame el arma.

Barros se queda inmóvil. Uno de los camareros le quita la pistola y la guarda detrás de la barra. Todo lo que sucede le parece irreal. No tiene sentido para él.

—¿De qué va esto? —pregunta.

—Ana y Marc son mis invitados —contesta Dmitry Kozlov—. Y eso significa que están bajo mi protección.

Un destello cruza la mente de Barros y por fin comprende. Ana tenía previsto ir allí desde el principio. Ese era su plan de huida, por eso le citó en ese descampado y no en otro. Y él ha caído en su trampa y ahora le han emboscado.

Gira la cabeza y observa a Ana. Su mirada es dura y su sonrisa le desarma, pero aún no puede cantar victoria.

—Sigo teniendo la cinta —dice Barros—. Esto no ha acabado.

Cuando los soldados vuelven de la batalla, no siempre lo hacen victoriosos. El cine y la televisión quieren hacernos creer en desfiles de honor, medallas y celebraciones, cuando en la mayoría de los casos las derrotas son más frecuentes que las victorias. Alicia observa a Elías con el rabillo del ojo mientras conducen de vuelta a casa y ve a un general acabado, a un gran estratega que no ha sabido leer la batalla. Por fin, piensa, llorará a su hijo como hacen todos los padres.

—Elías... —comienza ella.

—Recojamos a Julieta de casa de tu hermana.

Alicia asiente. Le ha propuesto quedarse en casa un par de noches solo para que esté al lado de su hija. Se arrepiente de haberle pedido que se marche de sus vidas, pero en ese momento hizo lo que le pidieron las entrañas. Esta situación tampoco ha sido fácil para ella y quiere esperar a que todo se calme para tomar una decisión con la cabeza fría. No ha descartado marcharse con la niña, pero ahora no lo ve tan claro. En el ambiente sigue coleando el hecho de que mandara a Pol a tratar con la mafia del Este.

Aparcan enfrente del edificio de Silvia y descienden del vehículo. Ascenden en silencio hasta su piso y es entonces cuando algo llama su atención de forma instintiva: la puerta está entornada. Alicia mira a Elías, que también se ha dado cuenta.

—Voy a llamar a la Policía.

—No —pide Elías—. Quizá no sea nada.

Con cuidado, entran en la vivienda. A Alicia le parece escuchar la televisión de fondo, pero enseguida se da cuenta de que se trata de su hermana llorando. La urgencia la invade y se lanza hacia el interior antes de que Elías pueda detenerla. Encuentra luz en el salón y abre la puerta. La escena que tiene ante sus ojos no es la esperada.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta.

Giralt se gira y la observa. Al instante aparece Elías. El inspector no dice nada, pero Silvia sigue envuelta en lágrimas. A Alicia le basta una mirada

para que su hermana le cuente lo que quiere saber. Siempre fue así, desde niñas tuvo ese poder sobre ella y lo mantiene en la edad adulta.

—Marc ha desaparecido —dice entre lloros—. Después del funeral se fue y no ha vuelto todavía.

Alicia comprende. Sin hacerle el menor caso al inspector, se acerca a su hermana y la abraza por el hombro.

—Tranquila —contesta—. Verás como aparece.

—Después de lo de Pol... no sé qué pensar.

—Todo se resolverá, te lo prometo. ¿Dónde está Julieta?

—En el cuarto.

Giralt carraspea. Alicia lo observa. Tiene la sensación de que, al igual que ellos, lleva mucho tiempo sin dormir.

—Todavía es pronto para investigarlo —dice Giralt—. Marc es mayor de edad y no han pasado ni 24 horas.

—Pero con Pol muerto... —responde Silvia con la voz rota—. ¿Y si lo matan a él también?

—Seguro que está con sus amigos emborrachándose para olvidar la muerte de su primo. En cualquier caso, lo añado como posibilidad.

—¿Tiene alguna pista nueva? —pregunta Elías.

Giralt le encara. Se coloca muy cerca de él y lo repasa de los zapatos a la coronilla.

—No, señor Elías —contesta, muy serio—. Y si la tuviera tampoco creo que la compartiera con ustedes. No sé cómo se enteraron del traslado de Santi Mur, pero han entorpecido mi investigación.

—Solo quería tener un careo con él.

—En ese caso debería de haberlo solicitado por vía oficial y no empujar a un agente de la autoridad para entrar a una sala de interrogatorio. —Giralt hace una pausa al notar que está elevando el tono—. El único sospechoso que tenemos está en una habitación de hospital en estado catatónico y fue por su culpa. No puedo demostrarlo, pero ese papel que usted quemó me da muy mala espina.

—Quiero ayudar, inspector.

—Entonces quédese quieto en casa, sin montar más ruido, y deje que los profesionales hagamos nuestro trabajo.

—Nada me gustaría más que, de verdad, hicieran su trabajo.

—Pero ¿quién se ha creído que es? Lleva todo el día buscando culpables por lo que le ha pasado a su hijo, ¿y qué ha encontrado? Nada, o al menos no me lo ha dicho a mí. ¿Y acusa a la Policía de no hacer bien su labor? Somos nosotros los que hemos descubierto la conexión con Santi Mur, pero usted lo ha saboteado. Ahora tendremos que esperar a que se reponga para realizarle pruebas caligráficas, eso en caso de que todavía esté dispuesto a colaborar con nosotros. Así que, por favor, no me haga perder el tiempo.

Elías se queda en silencio. No es habitual que sea él quien reciba una bronca, pero a veces ocurre. Alicia lo observa, pero no le divierte la situación. Le gustaría que todo fuera de otra manera.

—Lo lamento, inspector —contesta Elías—. Solo quiero encontrar al asesino de mi hijo. Tiene que entender que estamos en el mismo bando.

—Se equivoca, señor Elías —contesta mientras se despide—. Nunca lo estuvimos.

Giralt se aleja de vuelta por el pasillo y esta vez sí cierra la puerta. Alicia continúa con la cabeza de su hermana sobre el hombro. Le da rabia tener que consolar a Silvia cuando es ella quien ha incinerado a su hijo, pero el juego de roles es más poderoso y dicta que la hermana fuerte proteja a la débil.

—Marc va a aparecer —le dice—. Seguro que está bien. Sabe cuidar de sí mismo y no es idiota.

—Eres idiota —dice Ana mientras le venda los nudillos a Marc—. Es lo más estúpido que le he visto hacer a nadie.

Él se deja querer. Está conmocionado, pero poco a poco empieza a pensar con claridad y no puede hacer más que darle la razón: lanzarse contra alguien armado es una locura.

—Tenía que hacerlo —contesta—. No tenía otra opción.

—Claro que había alternativas.

Pero Marc no las tenía. No podía dejar que atacaran a Ana. Jamás se habría perdonado que, de nuevo, ella sufriera algún daño y él no pudiera ayudarla.

—Podías haber avisado a la Policía —continúa ella.

—No sabía de qué hablabas con Barros, así que esperé. No quería meterte en ningún lío, Ana.

Ella sonrío mientras niega levemente con la cabeza. Marc sospecha que, pese a todo, sigue sin tomarle en serio. No le importa, ya cambiará de idea. De momento es feliz así, sintiéndose vencedor de una batalla ante sus ojos. Porque si lucha por algo justo, ganará.

—Él te chantajeaba con el vídeo, ¿verdad? —pregunta.

—Bravo, Sherlock.

—¿Qué tiene grabado, Ana?

Ella suspira. Ahora le acaricia el pelo en busca de alguna herida más. Marc se siente como un perro al que le acaban de arrojar un hueso y su amo le rasca detrás de la oreja, pero le gusta la sensación de su tacto y no dice nada.

—No puedo contártelo, Marc.

Marc se apena. Su hermana sigue sin confiar en él. Después de todo lo que ha hecho por ella, salvándole la vida, poniéndose en peligro para rescatarla de una situación extrema, todavía le guarda secretos.

—Sé que Juan Elías te tuvo secuestrada —confiesa.

—¿Qué? —exclama ella, pero al momento recula—. Eso es absurdo. ¿Tú también piensas eso?

Marc se pone serio. La mira a los ojos.

—Me lo confesó Alicia —continúa—. Ya basta de secretos, Ana. ¿Qué hay en esa cinta?

Le duele contárselo en voz alta. Ha esperado todo este tiempo a que ella se atreviese a confiar en él, que le dijera qué había pasado en realidad durante esos casi 20 días que estuvo encerrada. Héctor Castro lo sabía y así se lo confesó en una de sus visitas. Pero Ana no. Ana se lo guardaba para ella, y prefería pasar su tiempo con Pol, otro de sus captores, antes que con su familia. Se sentía repudiado, un cero a la izquierda, condenado a perder una y otra vez. Y ahora, tras explicarle a Ana que lo supo durante todo este tiempo, espera una reacción positiva hacia él, un «gracias, Marc, me has guardado el secreto». Sin embargo, dice:

—Prefiero no hablar de eso.

Marc guarda silencio. Quizá no todo se pueda arreglar en unas horas. Tal vez algunas heridas aún necesitan más tiempo para cicatrizar. Él ha sabido ser paciente y sabe que la recompensa llegará. Y aunque no obtenga nada por todo su sacrificio, no cambiará su forma altruista de actuar, porque por Ana está dispuesto a morir.

El ruso se acerca a su lado. A Marc no le gusta, no sabe qué relación tiene con Ana y tampoco se atreve a preguntar. Ha visto cómo reducían a Barros a punta de pistola y lo amordazaban en el almacén junto a cajas de cervezas vacías y botellas de vodka.

—Juan Elías no contesta al teléfono —dice—. Pero no te preocupes, aquí estáis seguros.

—Necesito que Elías venga cuanto antes —añade Ana—. Creo que Barros puede estar detrás de la muerte de Pol.

—¿Quieres que le saquemos información?

Marc traga saliva. No sabe cuáles son los métodos de los rusos, pero sospecha que no le van a gustar.

—Prefiero que sea Elías —contesta Ana

—Somos eficaces. Podemos solucionarlo.

—Te lo agradezco, Dmitry, pero Barros tiene una cinta que incrimina a Elías y la hará pública el lunes. Tenemos menos de 12 horas para que nos la dé. Haciéndole daño nunca nos la entregará. Es su seguro de vida y lo sabe.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Vas a hablar tú con él?

Ana niega. Marc respira aliviado. No quiere que su hermana sufra más, y ese energúmeno de Barros es capaz de desmontarla. Ella es parte implicada y no puede apretarle tanto como Elías o Alicia.

—Hay alguien que puede ayudarnos —dice Ana.

—¿Quién?

Ana extrae su teléfono móvil y mira en la agenda. Marc observa el número que escoge.

—¿Estás loca?

—No hay otra forma. Es la única persona que está a la altura de Elías.

Ana pone el manos libres para que todos oigan la conversación. Quizá tampoco se fía de los rusos, o son ellos los que desconfían de ella. Al tercer tono, alguien contesta al otro lado.

—Diga —responde con voz adormilada.

—Necesito que vengas, Heredia.

Fumar ya no ayuda. En realidad, ya nada ayuda a Juan Elías.

De nuevo ha buscado un lugar solitario desde el que mirar el mundo. El balcón es estrecho, pero suficiente para ver la vida pasar. Las farolas iluminan la calle y de vez en cuando pasa un coche. La ciudad duerme mientras él se hace pedazos por dentro.

Santi Mur. Santi Mur. Santi Mur.

Es un mantra que rebota dentro de su cráneo sin parar, evitando que piense en nada más, olvidando todas las demás piezas del puzle para centrarse en una sola. Ha sido él. Ha visto demasiados culpables a lo largo de su carrera como abogado como para que le engañen. Y Santi Mur lo es, pero no ha podido demostrarlo.

Intenta pensar desde fuera, como si todo lo que le está ocurriendo en realidad le sucediera a otra persona. Santi Mur estaba en la cárcel cuando murió Pol, así que él no pudo ser, aunque eso no quita que ordenase el trabajo a otra persona. Y luego estaba el tema de la burundanga. Un juez nunca aceptaría una confesión en esos términos, pero sí un padre. Piensa en todas esas niñas desaparecidas que pueblan el país, familias rotas que solo piden enterrar a su hija y malnacidos en la cárcel que no confiesan para que no aumente su pena. Se pregunta por qué los padres no actúan de otra manera, por qué no atacan al mal de raíz, por qué no usan la droga de la verdad con ellos sin que se enteren las autoridades. Y, al llegar a esas conclusiones, no le queda más remedio que aceptar que Santi Mur dijo la verdad cuando le preguntó si había matado a Pol porque era imposible mentir.

Escucha a Alicia a su espalda. Sabe que ha pasado varias veces, pero no se ha atrevido a acercarse a él. Sigue consolando a Silvia, la hermana lastimera y sufridora. No puede importarle menos su cuñada. Si Marc aparece muerto quizás eso dé nuevas pistas al caso de Pol. Es un pensamiento egoísta pero pragmático. Sin embargo, esta vez es distinta y Alicia sí llega hasta su posición y se acoda con él en la barandilla del balcón.

Elías sabe que es una despedida antes de que Alicia diga nada. Vuelven a estar juntos, compartiendo un cigarro de noche, igual que en la azotea del

hospital. Pol era el pegamento que mantenía junta a la familia, pese a las diferencias o crisis que hubiera, pero sin él todo está perdido.

—Ya no puedo más, Elías —dice Alicia—. Esto es demasiado. Tenemos que parar y reconsiderarlo todo.

Le duele admitir que está de acuerdo. Necesita descansar, dormir un poco, repasar todas las pruebas y entonces continuar. No ha medido bien los tiempos, se ha precipitado en varias decisiones y eso juega en su contra. Él no es así, no actúa de esa manera. La muerte de Pol le ha trastocado hasta los cimientos y ahora es un edificio que se está derrumbando sobre sí mismo y no se da cuenta.

—Quizás es hora de repensar en la opción del suicidio —prosigue ella.

—No —le corta Elías—. Fue Santi Mur.

—Quieres que sea él, pero está claro que es imposible. Y ya no tenemos más pistas de las que tirar.

Pero hay algo. Esa sensación de que ha pasado por alto un detalle importante. Y lo peor de todo es que en su estado de confusión es incapaz de saber qué es.

—Encontraré a su asesino. Estoy seguro.

Alicia niega en silencio y lanza un largo suspiro.

—De nuevo, mezclas tus deseos con la realidad. Y la realidad ya nos ha dado una paliza lo bastante grande como para no levantarnos en décadas. Acéptalo, Elías. Esto acaba aquí.

Las palabras de Alicia quedan flotando en el aire, creando un muro invisible entre los dos que es imposible de flanquear, escalar o derribar. «Esto acaba aquí», y ya no es necesario añadir nada más.

—¿Os marcháis? —pregunta.

—No lo sé. —Alicia agacha la cabeza y mira hacia la calle—. Todo lo que dije, lo que nos dijimos... Prefiero estar calmada, tener la cabeza fría, y entonces decidiré qué hago.

—Hemos luchado mucho para acabar así.

—No creo en el destino, Elías. Pero sí creo que toda nuestra relación nos empujaba a la destrucción mutua. Cualquiera podía verlo, menos nosotros.

—No somos iguales al resto de personas.

—Sí, sí lo somos. Pol ha muerto como un perro, Elías. Si aún piensas que

somos superiores, es que no has aprendido la lección.

Los reproches no han tardado en aparecer. Incluso cuando Alicia dice «adiós» aún le queda una bala en la recámara para hacer daño. Le cuesta recordar la última vez que estuvieron de acuerdo en algo.

Alicia se aleja para marcharse, pero da media vuelta y dice:

—¿Sabes qué es lo que más voy a echar en falta, Elías? Tener un lugar donde llorar a Pol. No sabes cómo me cabrea que me convencieras para incinerarlo.

—Yo no te convencí de nada. Tú aceptaste mi propuesta, solo eso.

—¿Y por qué tenías tanto interés en hacerlo? —Le empuja, pero Elías no reacciona—. ¿Qué más te daba que lo enterrase?

Elías prefiere no contestar. Fue una decisión meditada y aún ahora piensa que hizo lo correcto. Era lo más lógico para él, pero sabía con rotundidad que Alicia no pensaría lo mismo.

—No me parecía ético.

—Y una mierda. Lo hiciste por egoísmo, como siempre.

—Sí, ¿vale? Lo hice por mí. No quería tener un mausoleo lleno de flores que nunca visitaría. Me sentiría como una mierda si Pol tuviera una tumba, en algún sitio, a la que jamás voy.

—Pues cómete un poco el orgullo y actúa como un ser humano, Elías.

—Por Dios, Alicia, si ni siquiera voy a ver a...

En ese instante saltan todas las alarmas. No es que las piezas encajen, sino que aparece una nueva, esa que tenía olvidada en algún cajón de su cerebro y gracias a ella descubre de qué va todo. Se lleva las manos a la cabeza, se maldice por su estupidez, trata de negar la evidencia, pero ese detalle es demasiado poderoso para ignorarlo.

—Elías, ¿qué te pasa?

—¿Cómo he podido estar tan ciego?

Su mente es una sala de máquinas. Los engranajes conectan unos con otros, lubricados y relucientes. El mecanismo que lo convirtió en uno de los mejores abogados de la ciudad vuelve a estar a pleno rendimiento, y la imagen que tiene ante sus ojos lo aterra.

—¿De qué hablas, Elías? —Alicia le obliga a mirarla—. ¿Qué has descubierto?

—Nosotros no tenemos dos hijos —contesta, mirándola a los ojos—, sino tres.

Alicia se lleva las manos a la boca para no gritar. Elías sabe que su mujer comprende el alcance de sus palabras, que está sacando sus propias conclusiones y son tan terroríficas como las suyas.

—Bruno... —murmura.

El hermano gemelo de Pol.

VEINTIDÓS AÑOS ANTES

Bruno.

Su nombre era Bruno. Nunca atenderá a esa llamada. Para él, solo había sonidos, colores, formas que no podrá procesar. Porque por dentro no era nadie.

Alicia y Elías lo sabían. Más que a un hijo, veían un estorbo. Habían tomado la decisión a toda velocidad para evitar que se enterase su familia. Sabían que nacieron dos niños y que estaban en la incubadora, pero no que uno de ellos oficialmente no sobrevivirá.

—Es lo mejor —dijo Elías.

Observaban a través de los cristales. Esa noche lo habían hablado, tumbados sobre la hierba del jardín. Pusieron delante las dos opciones y aceptaron vivir con el peso de la culpa, pero al menos vivir bien. No se prometieron amor eterno, sino olvido inmediato. Estaba prohibido hablar de ese niño al que todos los médicos le daban una esperanza de vida de apenas unos meses.

—Solo tienen que firmar aquí —dijo Teresa.

Elías tomó el bolígrafo y fue el primero en rubricar el secreto. Después se lo pasó a su esposa, que lo miró como si fuera la espada que iba a asestarle el golpe final a su niño.

—Es lo mejor —repitió Elías.

Y una firma bastó para sellar el pacto de la vergüenza.

Al otro lado del cristal, el bebé dormitaba con tubos por todas partes ajeno incluso a que estaba vivo.

Bruno.

Su nombre era Bruno.

Elías conduce a toda velocidad por el centro de la ciudad. Alicia se agarra a uno de los asideros mientras habla por teléfono.

—Otra vez la centralita.

—Es muy tarde —contesta él—. Todavía no hay nadie en recepción.

Pero a Alicia no le convence esa explicación. Necesitan llegar cuanto antes y salir de dudas, porque en ese momento la incertidumbre la corroe por dentro.

Bruno. Le duele haberse olvidado de él. Al principio, cuando lo dejaron en el hospital, iba a verlo a menudo, pero poco a poco esas visitas se fueron espaciando más y más en el tiempo. Se dijo a sí misma que no merecía sufrir, que si lo habían decidido de esa manera era para actuar como si no existiera. De lo contrario, les haría daño. Tenían la vida con la que siempre soñaron y había que olvidarse de Bruno, ese niño con el aspecto de Pol pero que no era más que una carcasa vacía.

Y ahora se siente como la peor madre del mundo.

Lo achaca a la terrible noticia de la muerte de Pol en las vías. Desde que eso ocurrió todo se volvió confuso. Aún le cuesta pensar con claridad. Puede que desde fuera se viera de forma distinta, pero el tema de Bruno era un secreto familiar y nadie sabía de su existencia salvo ellos y Pol. El dolor la volvió ciega y no pensó ni por asomo en ese secreto olvidado, en el último eslabón de la cadena familiar, el hijo al que evitaba amar.

Alcanzan el hospital privado y salen a toda prisa del coche. Aparcan sobre la acera y dejan el motor encendido. No corren, pero caminan muy deprisa. Encuentran la puerta cerrada y un guardia que dormita al otro lado. Llaman varias veces hasta que el hombre les hace caso.

—Está cerrado.

—Abra inmediatamente —dice Elías—. O le juro que echo la puerta abajo.

El guardia se ríe por lo bajo y se pone a su altura. Se le nota un aire pendenciero y también que acaban de despertarlo.

—¿Qué ha dicho? —pregunta con chulería.

—Me llamo Alicia Castro. Cada mes ingreso un cheque que probablemente triplica tu sueldo. Así que, o nos dejas pasar y avisas a tus jefes, o ten por seguro que lograré que te despidan.

El tipo se lo piensa. No parece acostumbrado a que le hablen así cada día. Pero para Alicia no es la autoridad, sino un obstáculo al otro lado de la puerta. Finalmente saca un llavero enorme del bolsillo y abre.

—¿Dónde está Teresa?

—Yo soy del turno de noche, no conozco a todos los médicos.

—¿Quién está de guardia?

—Sonia. Voy a llamarla, no se muevan.

El guardia se sienta de nuevo tras su escritorio. El hospital huele a vacío, a productos químicos, a muerte en cuarentena. A Alicia le desagrada todo de ese lugar, desde el mobiliario hasta el personal. Ella ha pagado varias de las últimas reformas llevadas a cabo por el centro, pero ninguna de seguridad. No culpa al vigilante, pero tampoco le han gustado sus formas. Conoce demasiado bien a las personas y sabe que él es de los que se dejan sobornar con facilidad.

Elías no aguanta más y sale corriendo en dirección a la habitación de Bruno. Las piernas de Alicia se mueven solas, imitando a su marido, pero una médica aparece por un lateral y la retiene. Es joven pero de aspecto cansado, con el pelo recogido en un moño y gesto preocupado.

—Espere, ¿adónde va?

—¡Dejadme en paz! —le grita—. ¿Dónde está Teresa?

—Ocúpate de ella, Sonia —dice el guardia, justo antes de salir tras Elías.

—Teresa no está aquí.

Las dos mujeres se quedan solas. La adrenalina y los nervios hacen que Alicia sienta pulsaciones en la sien y en el cuello. Le tiemblan las manos, así que se cruza de brazos.

—¿Cuándo vendrá?

—Está de baja.

Alicia le pone las manos en los hombros a Sonia. Intenta ser conciliadora, pero es consciente de que la urgencia guía sus actos y está asustando a la joven doctora.

—Tengo que ver a Teresa ya. Es muy importante.

Sonia consigue evadirse de su presa y la mira de frente. Alicia se da cuenta de que no sabe si contarle algo o no. Respira un par de veces y con la poca calma que le queda, pone las manos en gesto de súplica y pregunta.

—¿Qué sucede?

La joven médico duda. Alicia sospecha que su silencio se debe al juramento hipocrático que le impide revelar información sensible de sus pacientes.

—Por favor, ayúdeme —pide—. ¿Puedo hablar con Teresa?

Sonia asiente despacio. A veces sirve más un guante de seda que un puño de hierro.

—Teresa tuvo un accidente de coche —dice Sonia—. Está muy grave.

Alicia aguanta la respiración. Teresa era su contacto directo con Bruno. Para los demás trabajadores del hospital era un paciente más, pero Teresa sabía la verdad. Ella tenía su contacto directo y órdenes de llamarla si ocurría cualquier cosa. Se pregunta por qué no lo hizo.

—¿Por qué no me informaron?

—Lo siento, pero ni siquiera sé quién es usted.

Elías regresa junto con el guardia, que lo empuja hacia la salida.

—Bruno no está.

Alicia lanza una mirada a Sonia capaz de derribar murallas.

—Mi hijo, con parálisis cerebral, no está en su cuarto —explica con falsa calma—. Así que, o me dan una explicación, o llamo a los medios y en dos horas vosotros y vuestra mala gestión salís en todas las televisiones.

La mujer se queda perpleja. Durante unos segundos no hace nada, pero Alicia aguarda a ver su reacción. Al fin, Sonia se acerca al mostrador, introduce una tarjeta en el lector y consulta la base de datos.

—¿Habitación?

—218 —contesta Alicia.

Sonia teclea con velocidad sobre el teclado. Alicia no puede esperar más.

—Está vacía.

—Ya lo sé —contesta Elías—. Acabo de comprobarlo.

—¿Y mi hijo?

Los dedos vuelan sobre las teclas. Varios clics de ratón completan la tarea.

—Alguien firmó su traslado hace tres días.

—¿Quién?

La mujer hace girar el monitor. Alicia se abalanza sobre él y observa el nombre que autorizó el traslado.

—Alicia Castro —lee.

Heredia llama a la persiana metálica del bar. Nunca le gustó la zona de los muelles, él siempre fue más de casa en el monte, de agua dulce, de olor a pino. Detesta el aroma salino de aquella zona casi tanto como el menú que le servían en prisión.

Un ruso enorme abre la puerta. Heredia observa su chándal. También eso le recuerda a su paso por la cárcel, donde casi todos usaban esa prenda de vestir casi a modo de uniforme.

—¿Y Dmitry? —pregunta.

Le invita a pasar con un gesto. Duda de que ese matón sepa siquiera decir «hola» en español.

El interior está como lo recordaba, salvo por Ana y Marc sentados al fondo junto al capo de la mafia rusa. La chica se levanta y se dirige hacia él.

—Siento haberte molestado —dice—. No sabía a quién más recurrir.

Heredia la observa con resignación. Elías la colocó de socia en el bufete justo cuando entró él en la cárcel. No la culpa, es una buena abogada y antes o después habría alcanzado ese estatus. Solo lamenta que él no esté ya en el despacho de abogados que ayudó a fundar, aunque entiende que la presencia de un exrecluso no sea la mejor propaganda posible.

—Has hecho bien, niña. ¿Dónde está el pájaro?

Los rusos le señalan la puerta trasera que da al almacén. Heredia se acerca y la abre. Dentro encuentra una puesta en escena digna de *Hamlet*.

Barros está sentado en una silla de madera. Tiene los brazos atados a la espalda y una mordaza en la boca. Por el suelo y por las paredes han puesto plásticos con la clara intención de no manchar nada de sangre. El cuarto solo está iluminado por una bombilla huérfana que pende de un cable en el techo.

Frente al policía se encuentra Dmitry, en pie, fumando con tranquilidad. A su lado hay una bandeja metálica con un bisturí, unas tenazas y un taladro.

Heredia siente vértigo al entrar en ese lugar. Está hecho para impresionar a la víctima, pero no es un sitio agradable en el que estar ni formando parte del equipo ganador.

—Dmitry —saluda Heredia.

—Ricardo. —Le da la mano—. Lo tenemos todo preparado por si acaso tampoco quiere hablar contigo.

—No creo que sea necesario —contesta—. Tranquilos, yo me ocupo.

Dmitry arrastra una segunda silla y la coloca frente a Barros.

—Todo tuyo, abogado —dice el ruso antes de salir.

Heredia observa al policía. Ha tenido tiempos mejores, pero su mirada aún tiene fiereza. Es un tigre encerrado en una jaula que, aunque se sabe perdido, aprovechará la más mínima oportunidad para lanzarse contra sus captores. Heredia lo sabe y le quita con cautela la mordaza de la boca.

—No saldrás de prisión en tu vida —dice Barros.

—Vamos, vamos. No te pongas agresivo. —Heredia prende un puro—. ¿Quieres un cigarro? La última vez que nos vimos me dejaste fumar. Es de lo poco que te debo.

Barros patea el suelo y la silla se tambalea. A Heredia le sorprende esa reacción, dado que el poli sabe que no podrá salir de allí a patadas. Quizá lo hace como muestra de dignidad en una situación muy dura para él.

—Como quieras —contesta Heredia—. No sabes el gusto que da volver a fumar en un bar, aunque sea en el almacén.

—Eres patético. —Barros escupe a un lado—. ¿Nunca te han dicho que eres el perro faldero de Elías?

—¿Y a ti que pegas como una nenaza?

—¿De eso se trata? ¿Me quieres dar dos hostias por lo que pasó en los calabozos?

Heredia no tiene ansias de revancha. Ver a Barros así, indefenso y a su merced, ya es suficiente victoria para él, igual que lo fue en su momento quemar la foto de Ana Saura en sus propias narices. No, no se trata de venganza, sino de ablandarle hasta hacerle cooperar. Aunque, por lo poco que conoce al inspector, sabe que la noche puede ser larga.

—Te van a matar —explica el andaluz—. Estos hijos de puta rusos te van a meter un tiro, te van a descuartizar y van a meter tus restos en un bidón con ácido. No van a quedar de ti ni los empastes.

—No me asustas, Heredia. Siempre mientes, siempre. ¿Sabes por qué voy a salir vivo por mi propio pie? Porque tengo un vídeo con el cual puedo

hundir a Elías y a su bufete. Si me pasa algo, saldrá a la luz.

—¿Y si te soltamos? ¿Cómo sabemos que no lo harás igualmente?

Barros sonrío bajo la barba.

—No podéis saberlo.

—Entonces, según lo veo yo, si estos te dan matarile, se publica el vídeo. Y si te sueltan, también. —Lanza una larga calada a su puro—. No eres un buen negociador.

Barros lo mira muy serio. A Heredia le han mirado de formas peores entre rejas, así que no se inmuta.

—Empecemos por el principio —dice el abogado—. ¿Por qué no me cuentas tu plan maestro?

—Porque no me sale de los...

—¡Vamos, coño! —le interrumpe—. Que trato de ayudarte, joder. ¿O prefieres que salga y entren los tíos en chándal?

—No te contaré una mierda. El lunes por la mañana todos los periódicos amanecerán con la confesión de Ana Saura. A ver cómo solucionáis eso con vuestra mafia rusa.

Heredia niega muy levemente con la cabeza. Es sábado de madrugada, así que apenas le quedan unas horas para resolver todo el problema.

—Estás cavando tu propia fosa —dice.

—Solo yo puedo parar esto y para eso me necesitáis vivo —aclara Barros—. Creo que esto es un empate técnico.

—¿Y no te importa meterte de mierda hasta el cuello? Porque, si por algún milagro convengo a estos salvajes de que te dejen marchar, acabarás en la cárcel.

—Eso no sucederá.

—Has intentado matar a Ana Saura.

—Demuéstralo delante de un tribunal.

—Tranquilo, ya llegaremos a eso. Además, es mi especialidad. En cualquier caso estás de mierda hasta las rodillas.

—Tenéis a un agente de la ley secuestrado. Sois vosotros los que acabaréis jodidos.

Heredia se reclina hacia Barros. Aun así, guarda una distancia prudente

por si acaso el policía intenta algo. Nunca hay que fiarse de un tigre enjaulado.

—Te voy a cargar con el asesinato de Pol Elías.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Mientras venía para acá, he recibido un par de mensajes. No los entiendo muy bien, creo que Elías los ha tecleado a toda velocidad, pero lo importante está clarito: Santi Mur está detrás de todo esto.

—Entonces ve a por él.

—No, no corras. Vamos paso a paso. El tema es que Mur está cumpliendo condena en prisión, por lo que él no pudo ser la mano ejecutora. Me pregunto si conoces a alguien lo bastante lerdo para asociarse con ese malnacido.

—Jódete.

—No soy un experto, pero estoy seguro de que tus compañeros de la Policía recogieron fotos de las pisadas que había en el fango. Imagina el escándalo si aparece alguna tuya cerca de las vías.

No parece que sus palabras le afecten. Incluso da la sensación de que lo tiene todo bajo control.

Barros lo observa con curiosidad, como si fuera un chimpancé en el zoo. Puede que a sus ojos sea eso o incluso menos.

—¿Y qué si me asocié con él? Cada uno busca la venganza a su manera, no soy nadie para juzgarlo.

Heredia trata de ver más allá de las palabras de Barros, pero solo hay oscuridad densa y pegajosa. Demasiado negro, muy opaco. Ese exceso solo tiene un significado para él.

—Hostia —dice—. Pretendías matarlo cuando acabara todo, ¿no? Echarle la culpa a él.

A Barros no le hacen gracia los poderes mentales de Heredia. Esa parte la deja nítida con la mirada asesina que le dedica.

—Vete a la mierda —contesta.

Y Heredia sabe que el policía se va a cerrar en banda lo que le queda de vida.

Alicia se debate entre llamar a la Policía o esperar. Si hace lo primero, tendrá que dar muchas explicaciones sobre qué hacía Bruno en ese hospital. Los medios no tardarán en enterarse y será primera plana de las revistas del corazón. La gente juzgará a la jueza, se atreverán a ponerse en su piel, a cuestionar su decisión de mantener a un hijo en una residencia en lugar de ocuparse ella misma. No, no piensa airear sus vergüenzas, al menos no todavía.

Sonia les ha llevado hasta el despacho de Teresa y rebusca entre sus papeles en busca de algo incierto. El cuarto está decorado con muchos diplomas dispuestos para impresionar a las visitas. Alicia se fija que la mayoría son de cursos, algunos por correspondencia. Detesta a ese tipo de personas capaces de pagar por un título solo para parecer más preparadas que el de al lado. Al final, la realidad toma las medidas de cada cual y es la vida la que se ocupa de medir su valía. Julieta tuvo un profesor de literatura que escribía con faltas de ortografía. Seguro que también tenía muchos diplomas enmarcados.

—Creo que lo tengo.

Alicia regresa al mundo. Su mente divaga, agotada, incapaz de centrarse en lo importante, pero las palabras de Sonia la despiertan. Bruno ha desaparecido o, mejor dicho, alguien se lo ha llevado.

Sonia le tiende un papel. Elías, sentado junto a su esposa, estira el brazo y lo agarra. Se trata de un formulario de alta voluntaria con firma de Alicia Castro.

—Esa no es mi firma —dice, muy seria.

Con un bolígrafo, hace tres garabatos seguidos sobre un folio y los superpone a la firma del formulario.

—Alguien se hizo pasar por mí —asegura—. ¿Quién autorizó la salida de Bruno de este centro?

Sonia comprueba el historial en el ordenador.

—El doctor Maymo —dice—. Pero no sé por qué.

—¿A qué se refiere? —pregunta Elías.

—Esto no forma parte de sus competencias. Aunque, claro, desde que Teresa tuvo el accidente todos nos hemos ido ocupando de sacar adelante su trabajo.

—¿Os repartíais sus tareas? —Alicia está estupefacta—. ¿Nadie la ha sustituido?

Sonia niega con la cabeza sin apartar la vista de la pantalla mientras que con una mano señala al techo.

—Órdenes de arriba.

Alicia se contiene para no golpear la mesa, para no lanzarlo todo por los aires. Aprieta los puños con tanta fuerza que se clava las uñas en la piel. Esas «órdenes de arriba» le han sentado como una patada en la cara. Ella ha pagado mucho dinero a esa institución para que los directivos regateen con el gasto de personal. Por su culpa su hijo está en algún lugar indeterminado.

—¿Quién se lo llevó? —pregunta Elías, yendo al grano.

—No lo pone.

Elías le señala la fecha del papel.

—Aquí está marcada la hora exacta en que alguien vino y se llevó a Bruno.

—Lo sé, pero no tengo más información.

Alicia se inclina hacia la mesa. Intenta controlarse, pero cada vez es más difícil. No sabe qué pasará cuando explote, si se derrumbará definitivamente o aún tendrá ganas de pelea.

—Bruno no está —explica—. Eso nos dota a nosotros, sus padres, de un arma muy poderosa: la razón.

Sonia escucha a Alicia con atención, en silencio, quizá consciente de que es mejor dejar que se desahogue.

—Si esto sale a la luz, el escándalo hundirá la reputación del hospital. Y ten por seguro que yo me ocuparé de que así sea. Y cuando eso ocurra, y ocurrirá, «los de arriba» tendrán otras cosas de las que preocuparse, pero esta vez de verdad.

—Entiendo su frustración y su enfado, Alicia, pero no tengo más información.

—¿Y las cámaras? —pregunta Juan Elías—. He visto que hay varias en la

entrada. Sin duda, grabaron la salida de Bruno.

Sonia sopesa las palabras de Elías. Se incorpora y les pide que le acompañen. Alicia sale detrás de ella seguida por su marido. Caminan por uno de los pasillos hasta una puerta lateral. Sonia abre con llave y pasan. Es un lugar oscuro, con varios servidores y pantallas de televisión: la sala de mandos.

—Antes siempre había un guardia pendiente de las pantallas —explica—. Con los recortes de personal, ahora solo tenemos uno durante ocho horas por la mañana, que es cuando más gente hay entrando y saliendo.

Sonia introduce su tarjeta personal de nuevo y el ordenador le permite el acceso. Teclea varias veces. Entonces se detiene, abre uno de los cajones y extrae unos folios encuadernados con gusanillo donde se lee «Manual» en la portada.

—¿Y la grabación? —pregunta Elías, inquieto.

—Un momento. —Sonia termina de leer el párrafo que le interesaba de las instrucciones—. Qué extraño...

—¿Ocurre algo?

—No aparecen —explica—. Están las del día anterior y posterior, pero no esas.

—¿Me estás jodiendo? —Alicia pierde la calma—. Pensé que este hospital era serio, pero ahora veo que sois unos inútiles.

—Un momento, Alicia —la calma Elías, más centrado—. ¿Por qué no están?

—Creo que alguien las ha borrado —dice—. El archivo existió, hay constancia de su grabación, pero ya no se encuentra en el disco duro.

—¿Copias?

—Todas borradas.

Los mazazos no siempre son ruidosos. A veces basta con unas pocas palabras para derribar a una persona. Alicia necesita algo a lo que golpear, pero a su alrededor solo hay fantasmas.

—Lo siento —dice Sonia—. Si les parece, vamos a avisar a las autoridades. Quizás ellas puedan extraer imágenes del disco duro.

—Ese proceso lleva bastante tiempo —contesta Elías—. Y entonces ya será demasiado tarde.

Alicia asiente, pero le descorazona saber que tenía razón, que Pol no se suicidó, que incluso puede seguir vivo y que el cuerpo de las vías fuera el de Bruno. Es demasiado para ella, apenas puede comprenderlo. Se dice que, si Teresa estuviera allí, no habría sido tan fácil. Quien se llevara a Bruno tuvo la suerte de que ella estuviera convaleciente. Es en ese momento cuando tiene una idea.

—¿Qué le pasó a Teresa? —pregunta.

Sonia parece desconcertada. No encuentra relación entre ambos casos, pero Alicia tiene una corazonada.

—Un accidente de tráfico —contesta.

—¿Qué tipo de accidente?

—No estoy segura de que esté autorizada para hablar de eso.

Alicia no dice nada. Solo la mira, esperando que entre en razón. La presión no tarda en hacer efecto y Sonia baja la cabeza, quizás avergonzada.

—Estos son datos médicos que no pueden salir de aquí —dice—. Hace unas semanas un coche atropelló a Teresa.

Los cabos sueltos comienzan a atarse. Alicia cree tener una respuesta por fin, pero no sabe a dónde la llevará.

—¿Quién conducía? —pregunta.

—Está investigándolo la Policía. De momento no hay pistas salvo que se trató de un coche robado.

Alguien atropelló a Teresa, la cuidadora de Bruno, su mano derecha en el hospital, con un coche sustraído ilegalmente. Alicia se toma unos instantes para asimilar la información.

—¿Dónde sucedió eso?

—Aquí mismo —contesta—. Al llegar al trabajo.

—¿Lo grabaron las cámaras?

Sonia asiente. De nuevo, teclea algo en el ordenador hasta encontrar lo que buscaba. Elías y Alicia se acercan a la pantalla. En plano fijo y en blanco y negro, se aprecia cómo un autobús para frente al hospital.

—Es Teresa. —Sonia señala a una de las personas que descienden del vehículo.

Mientras cruza la carretera, un coche aparece a toda velocidad y se la lleva por delante. Su cuerpo sale despedido hacia atrás y choca con el asfalto. El

conductor se da a la fuga.

—Es de la cámara de seguridad general que da a la calle —explica—. Pero en Youtube se ve mejor.

Alicia no comprende lo que dice la doctora hasta que abre el navegador y pone otro vídeo. Este está a color y la calidad es bastante mejor. Se aprecia que está grabado con un teléfono móvil. El audio deja escuchar la voz de un tipo quejándose de lo mucho que tardan en ponerse en verde los semáforos de esa zona. Es una larga perorata dirigida a la alcaldesa, que por el tono y las palabras que usa no le cae demasiado simpática.

—El personal hemos comentado mil veces este vídeo —dice Sonia—. Ahora sucede.

Un autobús se detiene y bajan dos pasajeros. Uno de ellos es Teresa, que está distraída hablando con su móvil. El narrador del vídeo cuenta que mucha gente, como esa señora, no esperan a que se ponga verde el semáforo de los peatones y cruzan la avenida casi sin mirar. En ese instante se escucha un tremendo golpe y un coche, que ahora se aprecia de color azul, atropella a Teresa. El vídeo se mueve y la imagen se detiene.

—¿No hay más?

—El tipo que lo grabó lo cortó cuando sucedió el accidente —explica Sonia—. Lo que no sé es por qué lo subió luego a Internet.

—¿Puedo verlo otra vez?

Sonia asiente y vuelve a reproducirlo, esta vez a pantalla completa. Alicia se prepara para el momento en que aparece el coche y pulsa la barra espaciadora del teclado. La imagen se congela justo cuando está a punto de arrasar con Teresa.

—Ya lo hemos intentado nosotros —contesta la médico—. Apenas se le ve la barbilla al conductor.

Alicia niega muy seria. Sabe que Elías está viendo lo mismo que ella.

—Sé quién es —dice.

Heredia simula no tener prisa, pero en el fondo sabe que el reloj juega en su contra. Barros también tiene que saberlo, pero su posición es menos firme. La incertidumbre hará acto de presencia en algún momento y tirará del telón para enseñar lo que hay detrás. No le queda otra si quiere salir vivo de allí.

—¿En qué momento decidiste dejar de ser policía? —pregunta Heredia.

—¿A ti qué te importa?

—No, hombre, si a mí me la pela todo. Pero fíjate que he defendido a hijos de puta durante toda mi vida, pero nunca a alguien que se hubiera cambiado de bando. Casi todos eran empresarios que ya tenían los dos pies metidos en asuntos sucios, ¿sabes? Raro era el que no blanqueaba, facturaba en B o no había dado de alta a algún trabajador.

Heredia suspira: eran buenos tiempos.

—Por eso me extraña —sigue—. Joder, un poli, con años de servicio como tú, de repente se alía con un convicto como Santi Mur. Alguna razón habrá, digo yo.

Barros se ríe por lo bajo. Es una risa más forzada que natural. Nadie se carcajearía de estar en su misma situación.

—La ley no es justa —dice—. Al final, los que tienen dinero y contactos salen impunes, o casi. Me cansé de verlo, eso es todo.

—No, si hasta ahí llego yo solito. Pero vamos, que lanzar a Pol a las vías del tren es de tener sangre fría. ¿Qué te había hecho el pobre chaval?

Barros resopla y sonrío irónico.

—¿Y cómo sabes que está muerto?

—Muy vivo no quedó después de pasarle un mercancías por encima.

Barros lo observa. Por un momento parece divertirse por la situación.

—La familia Elías Castro tiene dos caras —explica Barros—. Todos, sin excepción. Empezó con los padres y sigue en los hijos. Marc es el chico obediente y el amante pasional capaz de romper todas las reglas. Ana, bueno... ¿qué decir de Ana? La palabra «bipolar» se inventó para gente como ella.

—Es una buena chica —tercia Heredia—. Igual que Julieta. ¿O a ella también la metes en el mismo saco?

—Julieta ha tenido suerte con sus genes —dice, pero Heredia no comprende—. Ella no es como el resto.

—Sí, todos tenemos dos caras, está claro. Yo era un tipo duro en el trabajo y en casa me trataban como a un pelele. ¿Y qué? Tú vas de poli honrado y luego te comportas como un criminal con placa.

Barros asiente.

—Puede que sea así, pero Pol era distinto. Él tenía dos caras, pero reales. Sus dos caras estaban en dos cuerpos distintos.

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo sabes? —pregunta, burlón—. Veo que Elías y tú no sois tan amigos.

—Me he chupado dos años de trena por él. Creo que si abres un diccionario y lees la definición de «amistad» te aparece esa frase.

Barros no parece impresionado. Heredia no tiene ni idea de qué está hablando. Tiene la sensación de haber empezado una película por la mitad y ahora mismo no distingue a los indios de los vaqueros, pero tampoco quiere que se vuelva a enrocar en un muro de silencio.

—Alicia y Elías tuvieron gemelos —dice Barros, y la noticia hiela la sangre de Heredia—. Uno de ellos nació jodido y lo ingresaron en una clínica para que muriese lejos de ellos. El tema es que pasó el tiempo y el chaval aguantó vivo.

—Y una mierda.

—Héctor Castro se lo contó a Santi Mur. El pobre viejo chochea, así que fue fácil sonsacárselo. Y también fue muy sencillo llevarnos al pobre desgraciado de ese hospital.

—¿Que hicisteis qué?

—No era como robar un banco. Las medidas de seguridad eran de risa.

Heredia se incorpora y da vueltas en círculos. Barros sigue hablando, pero él no lo escucha. Imagina al poli llevándose al clon de Pol del hospital y dejándolo en las vías para despistar a todos. Pero para eso primero tuvieron que llevarse al verdadero Pol y robarle la documentación y la ropa. ¿Quién iba a comprobar que no se trataba de Pol cuando la identificación ocular es

tan evidente?

—Mur tiene a Pol —dice Barros—. Y va a matarlo a no ser que me sueltes y me dejes marchar.

—¿Dónde retiene al chico?

—No lo sé, pero puedo averiguarlo. Mur espera mi señal para actuar.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No te lo llevaste tú? Mur estaba en la cárcel.

Barros sonríe. Heredia se da cuenta de que le falta un diente tras la pelea con Marc.

—Hay cosas que se te escapan, Heredia. Y yo ya he contado bastante. Así que telefona a tu amigo Elías, cuéntale que el hijo por el que ha estado sufriendo no era Pol. Ya verás como él sí que me libera.

Heredia se siente empequeñecer ante lo que le ha contado Barros. Solo tiene una pregunta más, quizá la más evidente y la que todavía no se ha pronunciado.

—¿Por qué lo habéis hecho?

Barros se encoge de hombros. Parece que le da todo igual.

—Cada uno buscaba venganza a su manera. Yo quería meter a Elías en la cárcel, pero Mur prefería destrozarlo psicológicamente. ¿Te imaginas lo que sentirá Juan Elías cuando vea morir a su hijo dos veces?

—Dios... estás enfermo.

—En la guerra hay que jugar duro. Si sigues las reglas, pierdes. Ya me lo demostrasteis hace dos años.

—Joder, ¿y Alicia? ¿Sabes cómo le va a doler a ella todo esto?

Las palabras de Heredia hacen mella en el policía. Barros aparta la mirada y se pone rígido.

—No me puede importar menos —dice lleno de rencor—. Por lo que a mí respecta, le hicimos un favor al chaval. Tenía una vida de mierda. Es mejor así.

El cabreo de Giralt es de proporciones épicas. Desde que encontraron el cuerpo de Pol Elías supuso que su vida iba a complicarse hasta el punto de que le creciera una úlcera en el estómago, pero no que se complicase todo por segundos. Conduce su coche con la sirena puesta para no perder ni un segundo.

Llega al hospital y lo encuentra rodeado de coches patrulla. Aparca en doble fila y se dirige con paso rápido hasta la entrada. Allí lo espera García.

—¿Qué más sabemos? —pregunta Giralt.

—Lo que te he contado por teléfono —contesta—. El protocolo está en marcha y en breve se nos van a unir más unidades.

Los curiosos sacan fotos ante el despliegue policial. Incluso algunos pacientes se asoman a las ventanas para ver qué ocurre. El circo ha llegado a la ciudad y no parece tener prisa por marcharse.

Giralt y García suben a un ascensor. El policía joven pulsa la quinta planta y ascienden. Al llegar, encuentran a más uniformados por el pasillo.

—¿Habéis peinado esta zona? —pregunta Giralt—. No quiero que entre o salga nadie.

—Hemos mirado por todas partes.

Giralt sentía la úlcera latir en su interior. Aquel caso iba a acabar con su paciencia y con su salud. Y todo, cómo no, por gentileza de esa familia venenosa llamada Elías Castro.

—Que traigan perros —ordena.

—¿Al hospital?

—Como si es el Vaticano. Quiero perros que sigan rastros.

Giralt abandona a García con sus nuevas órdenes. Va a disponer todos los recursos de los que dispone para resolver este asunto con rapidez. Sus superiores están deseando echar balones fuera, como si los delitos que cometen los criminales fueran su responsabilidad. Aunque, en este caso concreto, rodarán algunas cabezas.

Giralt alcanza la habitación 512. Otro policía está vigilando que nadie

entre o salga. Han puesto una cinta para precintar el sitio, pero Giralt sabe que es inútil, que allí no está lo que busca.

—¿Cómo ha podido desaparecer? —se pregunta—. Joder, es casi un crío.

No se refiere a Bruno. Ni siquiera está en el mismo hospital que Elías y Alicia. Giralt está tan cabreado porque Santi Mur se ha fugado.

—Le inyectó algo en el cuello al compañero que lo vigilaba —explica el uniformado—. Después se quitó las esposas y se vistió con su ropa.

—Y salió caminando tan tranquilo —concluye.

Evita insultar al nuevo agente, pero tiene ganas de gritar y no parar en varias horas. Sabe que no ha sido culpa suya, pero la inutilidad no se disculpa en un trabajo donde cada fallo puede costar una vida.

Giralt pasa al interior de la habitación. Observa las esposas colgando de un extremo de los barrotes, un recordatorio de que alguien ha dejado la jaula abierta y el pájaro ha salido volando.

Intenta crear una secuencia de sucesos en su mente, pero es complicado. Santi Mur alcanzó de alguna manera una jeringuilla con anestesia y llamó al vigilante de la puerta. Cuando lo tuvo encima, se la clavó y lo abrazó hasta que hizo efecto y perdió el sentido. Él había visto a Mur y le parecía un chico enclenque, ignoraba si había aprendido a hacer llaves de taekwondo en la cárcel, pero lo consideraba improbable. Después, solo tuvo que coger la llave de las esposas, soltarse y vestirse de uniforme para marcharse de allí por la puerta de atrás.

Algo no le cuadra a Giralt. No puede tratarse de un plan de fuga preparado de antemano. Mur no sabía que iba a entrar en shock al ver a Elías. Eso no se puede fingir, él lo sabía bien. Vio sus pupilas dilatadas, no respondía a estímulos externos de manera normal. O Santi Mur estaba cataléptico de verdad, o se había tomado alguna droga para que le trasladaran al hospital y así poder escaparse. Necesitaba consultar sus análisis de sangre, porque si se trataba de algo improvisado eso convertía a Mur en una alimaña que intenta escapar a toda costa. O, dicho de otra forma, en un peligro muy real.

Al salir se encuentra de nuevo con García.

—Ya he gestionado lo que pedías —dice.

—Quiero el cuadro clínico del señor Mur —ordena—. ¿Sabes si recibió alguna visita?

—Estuvo incomunicado, tal y como se recoge en el protocolo.

—Interrogad a todo el servicio sanitario. Son los únicos que tuvieron contacto con Mur. Alguien le tuvo que suministrar esa jeringuilla.

—Partimos de la hipótesis de que la robó de algún carrito que le pusieron cerca.

—No fingía. Estuvo tocado, al menos un tiempo.

—Está claro que en algún momento se recuperó, pero siguió interpretando su papel hasta que vio la oportunidad de huir.

En algún lugar, Santi Mur se escondía con el uniforme de un policía. La alerta era máxima, pero tampoco podían mantenerla eternamente. En la mente de Giralt se encendió un enorme reloj de números rojos que marcaba una cuenta atrás. Cada segundo que pasaba, Mur estaba más lejos.

—¿Sus padres están vigilados? —pregunta.

—Les hemos mandado una patrulla. No creo que aparezca por allí.

—¿Y dónde crees que lo hará?

García no dice nada. Giralt entiende: es posible que jamás vuelvan a verlo.

—Anda —dice—, llévame con el compañero al que drogó. Quiero hablar con él en persona.

Giralt reza para que la úlcera no desemboque en un infarto.

«Pol está vivo.»

Es en lo único que piensa Juan Elías. El que encontraron muerto era Bruno. Y Santi Mur está detrás de todo. Por eso la burundanga no funcionó con él: fue Elías el que erró las preguntas.

Su mente está fría, operativa al cien por cien. Tiene un problema y sabe cómo resolverlo. Las soluciones han aparecido poco a poco, pero han tenido que ir a buscarlas y ahora lo que corre en su contra es el tiempo.

«Pol está vivo», se repite. Y lo va a encontrar.

Ya descubrió el paradero de Ana Saura dos años atrás, y en esa ocasión luchaba contra el enemigo más implacable que se podía imaginar: él mismo. Juan Elías contra Juan Elías. Dos caras de la misma moneda pugnando por ocultar información a la otra. Y lo logró. Tras mucho indagar, con mil obstáculos por el camino, rescató a su sobrina de una muerte segura.

Pol está vivo. Y Santi Mur ya es hombre muerto, aunque todavía no se dé cuenta.

—No estamos seguros —dice Alicia, a su lado en el coche—. Puede que se trate de Bruno o de Pol.

—El cadáver de las vías era Bruno. No tengo ninguna duda.

—Necesitamos pruebas, Elías. —La mentalidad de jueza de Alicia seguía presente y la condicionaba a mirar más allá—. Yo deseo que Pol esté vivo tanto como tú, pero no quiero esperanzarme con algo y que luego sea falso. No podría soportarlo.

Juan Elías comprende la magnitud de las palabras de su esposa. Incluso a su mente analítica le cuesta pasar del luto de enterrar a un hijo a la esperanza de que, tal vez, haya una segunda oportunidad.

—Eso está fuera de nuestro control —dice—. Necesitamos mantener la calma y actuar con cuidado. Tanto si está vivo como si no, la prioridad es encontrar a Santi Mur.

Elías teclea un número en el móvil y pone el manos libres. Marta Hess contesta al otro lado de la línea. Por el ruido ambiental sospecha que está en

un bar.

—Elías —dice—. Llevo tratando de localizarte toda la noche.

—He apagado el móvil —explica—. Necesitaba concentrarme.

—Santi Mur ha desaparecido del hospital.

La noticia es un revés para sus planes, pero no es del todo inesperada. El joven Mur está actuando en consecuencia a sus actos. Aunque le duela reconocerlo, en su situación habría hecho lo mismo.

—La Policía lo está buscando por toda la ciudad —continúa Hess—. Hay controles en estaciones de autobús y tren y mañana a primera hora distribuirán su foto por los medios.

—No lo encontrarán —concluye Elías—. Ha planificado esto, o al menos que podía suceder. Debe de tener un escondrijo en alguna parte, y no se moverá de ahí.

—¿Has hablado con Dmitry?

La sola mención del ruso hace que Alicia se remueva incómoda en el asiento del copiloto. La temperatura en el interior del vehículo desciende y el frío hace acto de presencia.

—Ahora lo llamo —dice antes de colgar.

Elías mira la pantalla de su teléfono. Tiene más de treinta llamadas perdidas, y siete de ellas son del restaurante del ruso. No le da tiempo a marcar el número porque Alicia rompe el silencio.

—Si no hubieras incinerado el cuerpo, ahora sabríamos si era Pol o Bruno —dice, cargada de rencor—. ¿Y ahora vuelve a salir el tema del ruso?

—Están ayudándome a encontrar pistas.

—No cambies de tema, Elías, que eso se te da muy bien. Ya sabes a lo que me refiero.

—Fuiste tú la que insististe en que no le hicieran la autopsia. ¿Crees que no me he enterado de que influiste en el forense para que no profundizara demasiado?

—Pero tú lo quemaste y ahora solo quedan cenizas.

—En la autopsia habría saltado alguna alarma. Por muy mal que estuviera el cuerpo, habrían notado algo, estoy seguro.

—¿Estás diciendo que fue culpa mía?

Elías golpea el volante. Discutir con Alicia no ayuda a resolver el

problema, sino a enredarlo más y más. Necesitaba evadirse de todo aquello, posponer los reproches hasta que se hubiera solucionado y, solo entonces, mirar con perspectiva todo aquel asunto.

—No discutamos esto ahora, Alicia. Mur quiere que sospechemos el uno del otro, y si jugamos con sus reglas vamos a perder.

—No se trata de ganar o perder, Elías, sino de encontrar a Pol.

—Hay un mito —explica Elías—. Griego, romano... no lo recuerdo bien. Cuenta que un hombre perdió a su mujer y decidió bajar al inframundo a recuperarla. Se enfrentó a los demonios, a los guardianes de las puertas y a seres sobrenaturales, todo por volver a estar con ella. —Se vuelve hacia ella—. Yo ya he viajado varias veces al infierno, Alicia, y no tengo miedo de volver a hacerlo.

Su esposa lo observa con una mezcla de agotamiento y dolor. Elías se pregunta si esa máscara será permanente.

—La cuestión es si tú te atreves a realizar ese viaje conmigo.

Alicia no dice nada. Elías asiente y marca el número de teléfono de los rusos. Le contestan al primer timbrado.

—*Da?*

—Soy Juan Elías. Pásame con Dmitry.

Se escuchan varias sillas arrastrar. El teléfono queda en silencio unos momentos.

—Sí —contesta Alicia—. Llegaré hasta el final.

Elías detiene el coche en un semáforo y la mira a los ojos. Por primera vez desde que apareció el cuerpo en las vías siente que está conectado a ella.

Heredia ha perdido la cuenta de cuántos puros se ha fumado mirando la cara de palo de Barros. Hace un rato Ana le ha pedido tener un careo con él, pero Heredia se lo ha impedido. Lo han llamado porque es alguien ajeno a todo el lío, y tiene la cabeza fría para tomar decisiones difíciles que les atañen a ellos. Barros puede condicionar a la chica, pero no a él. Siempre hay que llevar a los más duros a las negociaciones si no se quiere perder el proceso.

El cerrojo del almacén se abre y aparece Dmitry. Le hace un gesto con el índice y el pulgar de la mano derecha a modo de teléfono.

—Es Juan Elías —dice.

Heredia se levanta de la silla. Lanza una última mirada a Barros, que le observa desafiante.

—Dile que me tenéis aquí. Y que si no me soltáis, la cinta le explotará en la cara.

Heredia sabe que es la única carta que le queda por jugar al policía. La grabación sería una bomba para el bufete y para la reputación de Elías, se convertiría en viral en las redes sociales, y sin ser definitiva terminaría siendo un golpe muy duro. Heredia cierra la puerta y se dirige hasta la barra. Ana y Marc están en uno de los reservados y lo observan con atención. Uno de los rusos en chándal le tiende el auricular.

—Elías, soy Heredia.

—¿Qué haces ahí?

—Me ha llamado tu sobrina Ana.

—¿Está contigo?

—Sí, pero se ha jugado la piel por ti. No sé qué nos das para que hagamos locuras así.

—Luego hablo con ella. Tengo noticias importantes.

—Tenías razón en lo de Santi Mur —le interrumpe Heredia—. Y el chico de las vías no fue Pol, sino el otro.

El silencio se hace al otro lado de la línea. Heredia ya contaba con ello, así que aprovecha para encenderse otro puro.

—Entiendo que no le hayas contado a nadie que el gemelo no murió al nacer —dice—. Yo habría hecho lo mismo.

—¿Cómo sabes eso?

—Barros está aquí. Trabaja con Mur.

—¿Qué? —La voz de Alicia lo descoloca—. Ese hijo de puta...

—Los rusos lo retienen. ¿Quieres venir a hablar con él? Yo llevo como mil horas viendo su cara de perro y eso es todo lo que he podido sacarle.

De nuevo, silencio. Le parece escuchar a Alicia maldiciendo de fondo. No sabe qué problema tiene con el policía, pero parece serio.

—Confío en ti, Heredia —contesta Elías—. Apriétale todo lo que puedas hasta que diga dónde se esconde Mur.

—Si lo supiera ya lo habría vendido para salvar el pellejo. Por cierto, tiene la cinta.

—¿Qué cinta?

—La que grabó Ana inculpándote de su desaparición...

No dice que Barros pide su puesta en libertad inmediata a cambio de no hacerla pública. Sabe que eso condicionaría a su socio, y en esos momentos era capaz de tomar la decisión equivocada. Prefiere llevar él esa carga sobre los hombros y dejar a Barros encerrado hasta que se harte. Es lo que habría hecho Elías en su lugar.

—Pásame a Ana.

Heredia asiente. Elías no va a perder un solo instante en encararse con Barros, y en el fondo se alegra. Así no podrá escuchar su oferta envenenada. Sabe que lo urgente es encontrar a Pol y lo prioriza sobre cualquier otro asunto. Heredia señala a Ana con el puro y le tiende el teléfono. La chica se levanta y avanza hasta su posición.

—Elías.

—Tengo algo que proponerte —dice de fondo, y Heredia lo escucha con dificultad—. Es hora de demostrar si estás con la familia o no.

Ana lanza una mirada a Heredia y este levanta las manos en gesto de disculpa. Se aleja unos pasos y se sienta junto a Marc. Observa el lenguaje corporal de Ana y lo único que saca en claro es que está nerviosa. Está encogida, con una de las manos apretando el auricular contra su oreja, dándole la espalda.

—¿Qué? —dice al fin.

Heredia se incorpora. Ignora qué le está contando a la chica, y eso le pone nervioso. Es consciente de lo que es capaz de hacer Juan Elías para conseguir sus objetivos. Lo ha visto en el bufete y lo ha comprobado en sus carnes.

—¡No! —grita Ana—. ¿Estás loco? No pienso hacer eso.

De nuevo, silencio. Marc se remueve nervioso a su lado. Intenta levantarse, pero Heredia lo detiene poniéndole la mano en el hombro.

—Ni hablar, Elías. ¡Jamás haré algo así!

Tira el teléfono con violencia sobre la barra y se marcha corriendo hasta el aseo. Heredia escucha el sonido del pestillo y recoge el auricular.

—Pero ¿qué le has dicho, insensato?

—Cosas nuestras —dice Elías—. Por cierto, Silvia está preocupada por Marc. Dile que llame a casa antes de que la poli se ponga a buscarlo.

Y cuelga.

Lola observa el amanecer desde la ventanilla del taxi que la lleva a casa. No ha podido dormir en toda la noche y el alba la ha sorprendido. Primero, tuvo que defender a Santi Mur cuando le sacaron de prisión para interrogarlo, y después le tocó prestar declaración durante horas porque se había escapado del hospital.

Su huida le duele. No le contó nada y sin duda la tenía planeada. No sabe qué habría hecho si se hubiera enterado. Imagina una escena idílica donde él le pide que escapen juntos, unos modernos Romeo y Julieta con final feliz. Habrían tomado un tren muy lejos de la capital, hasta alcanzar otras costas, y desde allí alquilar un pequeño barco con el que alcanzar un país exótico. No tendrían nada, solo su amor incondicional y el calor de sus pieles unidas cada noche. Trabajarían duro y saldrían adelante, formarían una familia a la que jamás le hablarían del pasado y quizás, en un futuro distante, cuando todas las penas ya hubieran prescrito, regresar e intentar encontrarse de nuevo en la ciudad que dejaron atrás.

Pero en lugar de eso Santi se ha fugado del hospital y dentro de ella sabe que nunca volverá a buscarla.

No era un caballero de armadura reluciente. Tampoco ella buscaba eso. Siempre se sintió atraída por las imperfecciones, pero cuando los defectos se hacían más evidentes y tenía que afrontarlos, buscaba otro sitio donde divertirse. Eso le pasó con Charry y Santi, dos almas hermanas pero muy distintas. Charry buscaba un lugar donde soñar, ya fuera una playa desierta o una jeringuilla en la vena, y Santi quería destacar en todo contexto y situación, pero ambos tenían una parte autodestructiva que a Lola la asustaba y excitaba a partes iguales. Solo iba a ser joven una vez y quería sentir emociones fuertes.

Llega a su apartamento en taxi y le paga la carrera al conductor. Desciende del vehículo y en el portal se encuentra con una sorpresa inesperada.

—¿Ana?

Ana Saura está sentada en el escalón de la entrada. Tiene aspecto de estar tan agotada como ella misma, pero con un peso mayor sobre su espalda.

—Perdona, Lola —dice—. No sabía adónde ir.

Lola observa las marcas que han dejado las lágrimas en su rostro y sabe que todavía no podrá descansar. Se acerca a su amiga, se sienta a su lado y le pasa la mano por encima del hombro. Ana huele a humo de puro, pero pregunta otra cosa:

—¿Qué ha pasado?

—Elías —dice llena de rencor—. Es un gilipollas.

—Gracias a Dios que por fin te das cuenta.

—Se cree mi dueño.

—No te sientas tan especial —contesta mientras le acaricia la espalda—. En realidad, se cree el dueño de todos.

Ana sonríe. Es leve, pero suficiente.

—Y luego pierde la memoria y no sabe ni dónde tenía enterrado al perro. Piensa que es un superhombre y no es más que un... gilipollas.

—Anda, sube. —Lola se incorpora y le tiende la mano—. Te preparo un café.

Lola abre la puerta y juntas suben en el ascensor. Ana habla de lo imbécil que puede llegar a ser Elías: es inaguantable, presuntuoso, egoísta, chulo y demasiado pagado de sí mismo. A Lola le gusta el tema de conversación y añade que también es desafiante, orgulloso e imprevisible. Ana asiente: eso último es lo que más miedo le da.

La casa de Lola está desordenada. Hay ropa sucia por las sillas, por el suelo, por la mesa. Agarra toda la que puede, hace una bola gigante y la lanza al cuarto de baño.

—¿Lo sigues tomando solo? —pregunta Lola mientras le muestra una cápsula de café.

Ana no dice nada. Solo mira por el cristal con aspecto melancólico. Cuando Charry se la presentó le pareció una chica calculadora y obsesiva por los estudios. Enseguida la catalogó de creída y supo que para ella la carrera era una competición entre los alumnos. En una ocasión le pidió unos apuntes y descubrió que los escribía con bolígrafo azul celeste, dado que así no se podían fotocopiar. A Lola le dio igual: hizo una foto con el móvil y modificó los tonos con el ordenador antes de imprimirlos. Sin embargo, con el tiempo aprendió a conocer a la otra Ana, la que tenía encandilada a Charry. Esta era

divertida, soñadora, imaginativa y libre. Lola sospecha que es esta segunda Ana la que está en su casa mirando por la ventana en busca de un horizonte que le tapan los edificios.

Lola termina de hacer el café y se acerca a Ana. Le tiende una de las tazas y ella la coge sin mirar. Toma un sorbo corto y dice:

—La muerte es una mierda.

—Sé que estabas muy unida a Pol —contesta ella—. Todos lo estábamos.

—No solo es Pol. Cuando conseguí escapar de mi encierro me enteré de que Charry había muerto. Ni siquiera pude despedirme de ella. Y al poco, también se fue mi padre. Y ahora Pol... Dios, parece una plaga.

La mención a Charry desarma a Lola. Ana y ella eran amigas, compartían piso de estudiantes en la universidad, pero Charry fue algo más para Lola. Una amante, una confidente, una esperanza. Su suicidio la dejó traspuesta y solo le quedó agarrarse al clavo ardiendo que le ofrecía Santi Mur. Juntos compartieron polvos y dolor, se pasaron la pena de uno a otro y tragaron la tragedia entre besos y lágrimas.

—Pienso que tengo una familia —continúa Ana—, que pese a todo hay gente que me quiere y me protege. Y luego Elías... Hoy lo habría matado.

—¿Qué te ha hecho?

Ana abandona la ventana y se sienta a la mesa. Lola la acompaña. La observa esperando una respuesta, pero Ana no parece por la labor de contarle todo.

—Quería que hiciera algo por él, pero me he negado.

—No puedes fiarte de Juan Elías. Aunque no lo hayan condenado, es un criminal.

—Eso no es cierto —niega Ana.

—Santi Mur me lo dijo —sigue—. Tú le confesaste que fue él quien te mantuvo encerrada todo ese tiempo.

Lola no quería pronunciar esas palabras en voz alta, pero lo ha hecho. El secuestro de Ana por parte de Juan Elías es el secreto a voces peor guardado de todos los tiempos, aunque la verdad histórica no coincida con la verdad real.

—¿Y confías más en Santi que en mí? —pregunta Ana, con calma tensa—. Es un mentiroso compulsivo. También dijo que no había apuñalado a

Alicia Castro, y al final confesó.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que se autoinculpase?

—Soy abogada, Lola, igual que tú. Si un cliente me miente, lo abandono. Es así. Pero tú volviste con Mur cuando ya se sabía que era un asesino.

—Alguien tenía que defenderlo.

—¿Por qué le proteges? —pregunta, pero al momento se contesta a sí misma—. Aún le amas.

Las palabras de Ana se le clavan como puñales. Lo suyo con Mur también era un secreto a voces, pero la verdad es que le ayudó porque le daba pena. Conocía a Santi y supo que se movió por el dolor, no por la venganza. Charry había muerto entre sus brazos y Alicia Castro estaba detrás. En el fondo, Santi hizo lo que ella jamás se habría atrevido a hacer. Por eso no podía dejarle a su suerte. Sí, sin duda la parte oscura que le atraía de él había crecido exponencialmente, al igual que sus sentimientos hacia él.

—¿Sabes que se ha fugado del hospital? —dice Lola—. Ha aprovechado un descuido del guardia y se ha ido caminando.

—Es muy inteligente, ya lo sabes. Es normal que no quisiera volver a la cárcel.

—Me dices si le amo... y mi respuesta es que sí. El amor es irracional, tú deberías saberlo mejor que nadie. No se puede elegir a la persona a la que se ama. O se siente o no, pero no es algo razonado, sino que te sale de las tripas. Lo malo es que esa pasión no siempre es correspondida.

—¿Santi no siente nada por ti?

—Sí. A su manera, sí. Pero... Vamos, Ana, es Santi Mur. Nadie sabe lo que le pasa por la cabeza.

—Siempre fue un tipo raro.

Lola acepta todo eso. Las rarezas de Santi eran debido a que su cabeza funcionaba más rápido que la de cualquiera. En ocasiones costaba relacionarse con él, y en otras era todo un encanto. Pero no ha mentido al afirmar que nunca, ni en los momentos más íntimos, sabía al cien por cien lo que pasaba por su mente.

—Pensé que había aceptado su condena —confiesa—. He interpuesto mil recursos para lograr que saliera pronto. Le prometí esperarlo hasta que cumpliera la pena y entonces, cuando fuera un hombre libre, volver a estar

juntos.

—Y él va y se fuga.

—Y él va y se fuga —repite Lola—. ¿En qué me convierte eso?

—Te ha utilizado. —Ana la abraza—. Es una sensación de mierda. A mí me ha estado usando Juan Elías hasta que he dicho basta.

—¿Crees que todos los hombres son así? Están contigo hasta que dejas de resultarles útiles.

—Espero que no. Pero tú al menos tienes otras opciones.

Lola intuye cierto flirteo, pero enseguida lo descarta. Ana no está allí para tener sexo, solo para hablar con una amiga. Y ser bisexual no la convierte en una chica fácil o en una leona que va acechando a todas sus colegas. Si así fuera, estaría todavía más sola.

—Luego estamos las demás —añade Ana—, que tenemos un imán para los gilipollas. Y cuando parece que conectas con alguien, resulta ser tu primo.

—¿Qué tal estás? Sé que aún está muy reciente, pero...

—Lo que peor llevo son los pésames.

—La gente es muy pesada con eso.

—Mira esto. —Le enseña un mensaje del móvil—. Me lo han mandado tres personas distintas.

Lola lo observa. Es un link que, al abrirlo, la lleva a una página de autoayuda.

—Básicamente dice que hay que despedirse de las personas. Que no es lo mismo que alguien muera por una enfermedad o de viejo, a que suceda de repente. Si no te despidas, siempre tendrás esa espina clavada.

Lola conocía esa sensación demasiado bien. A veces se despertaba en mitad de la noche llorando porque había soñado con Charry. Le gritaba que volviera, que lo sentía mucho, que ella la ayudaría a cambiar. Pero en sus pesadillas ni siquiera se daba la vuelta. Sí, Lola tenía algunas espinas clavadas muy, muy adentro.

—Y lo que más me jode es que es cierto, ¿sabes? —continúa Ana—. De mi padre sí pude despedirme. Regresé justo cuando a él le quedaba poco tiempo, pero pude estar a su lado. Pero con Pol no ha sido así, y me siento vacía por dentro. Hay tantas cosas que me habría gustado contarle que no sé ni por dónde empezar. —Se vuelve hacia Lola—. Y con Charry me pasó lo

mismo, no podía creermelo que se hubiera suicidado y yo...

Rompe a llorar. Lola deja que se desahogue. Para ella, la muerte de Pol ha sido todo un palo y aún le cuesta hacerse a la idea, pero para Ana ha tenido que ser algo mucho peor.

—Tranquila —dice al rato—. A mí me pasó lo mismo. El artículo este será una cursilada, pero en el fondo tiene razón. Tenemos que despedirnos de nuestros seres queridos.

—¿Quieres escribir una carta? —Una sonrisa entre el llanto—. Vamos, Lola. No me digas que crees en esas cosas.

—¿Por qué no? Quizá funcione. Desde que se murió Pol no paro de imaginarme hablando con él, pidiéndole que por favor no se ponga en las vías. Como amiga, siento que le he fallado y supongo que esa es mi forma de torturarme.

—A mí también me pasa —contesta Ana con media sonrisa—. Tanta búsqueda de la individualidad y resulta que las personas somos más parecidas de lo que nos gusta aparentar.

—Por eso nos manipulan tan bien los políticos.

—Será eso.

—Entonces, ¿lo escribimos? Puede ser terapéutico.

—¿Te parece buena idea?

—Vamos a hacerlo. Aquí tengo folios y bolígrafos.

Lola se dirige a su cuarto y coge el material. Ana la espera en la mesa junto a las tazas de café y observa que tiene una nueva luz en el rostro.

—¿Luego nos las leemos? —pregunta.

—No sé, tal vez es muy íntimo.

—Como quieras.

Lola le pasa varias hojas de papel y el bolígrafo. Ella se queda con otras y descubre que no sabe cómo empezar, así que escribe «Querido Pol», pero enseguida se da cuenta de que es demasiado formal. Nunca lo llamó «Querido». Hace una bola con el folio y comienza en uno nuevo y solo pone «Pol». A partir de ahí empieza a hablar de sus sentimientos, de lo que le duele su muerte, de lo que se arrepiente de no haber podido ayudarlo, de lo mucho, mucho, que lo echará de menos. Las frases fluyen solas y las lágrimas también. Poco a poco, lo dulce se va mezclando con lo amargo y

surgen reproches, penas del pasado, momentos dolorosos y, sin darse cuenta, empieza a hablar de Charry y de lo sola que se quedó tras su suicidio. La escritura se va volviendo más difícil, el bolígrafo se escapa de sus manos y siente que la cabeza le da vueltas.

—Estoy mareada —dice.

Ana se acerca a su posición, la agarra por debajo del brazo y la tumba en el sofá. Después se marcha. Lola no sabe qué ocurre y se incorpora un poco. La ve recogiendo las tazas y llevándolas al fregadero.

—¿Qué... qué me has puesto en el café?

Ana se vuelve. Ya no es la Ana melancólica, sino la otra. Siente miedo, pero ya es demasiado tarde para correr.

—Lo siento, Lola —dice—. De verdad que lo siento.

Las palabras de Ana le llegan como un eco lejano mientras pierde el conocimiento.

Lola despierta con brusquedad. Juan Elías se acerca a ella y se pone ante sus ojos.

—Tenemos poco tiempo —susurra.

A toda velocidad, le coloca el lazo de la horca alrededor del cuello y luego tira con fuerza del extremo. La soga pasa por encima de un soporte en el techo y el cuerpo de Lola queda suspendido a medio metro del suelo. Elías ata la cuerda al picaporte de una puerta y comprueba que está firme. Después pone algo de música en la radio para amortiguar el ruido. Encuentra una emisora en la que ponen a Bach.

Regresa hasta Lola. La chica está pateando en todas direcciones mientras trata de quitarse el nudo de la garganta, pero Elías le ha colocado unos guantes de cocina en las manos para evitar que lo hiciera. Si se trata de un suicidio, no puede haber marcas de resistencia.

Observa la agonía de la joven durante un rato. Su rostro se pone primero rojo y luego morado, los ojos parece que vayan a salirse de las órbitas, se convulsiona tratando de tomar oxígeno. Entonces Elías adelanta una silla y deja que la chica haga pie.

—Ahora que sabes de qué va esto, hablemos.

Lola boquea como un pez fuera del agua. Intenta hablar, pero no puede. Elías le afloja un poco el nudo de la soga y la chica respira a mayor velocidad.

—Ana te ha metido una buena dosis de somnífero en el café —explica—. Te he dado Flumazenil para despertarte, pero no durará mucho. Si te tengo que dar más dosis, puedo provocarte un infarto. ¿Entiendes lo que digo?

—Por favor... —murmura ella, casi sin habla.

Elías recoge la carta que ha escrito Lola despidiéndose de Pol. Le cuesta manejarla con los guantes que lleva puestos, pero una vez la tiene entre sus manos se la muestra a Lola.

—Me alegro de que hayas escrito la carta de tu puño y letra —dice—. Un archivo de Word no causa el mismo efecto en los jueces.

—¿Qué...?

—Santi Mur simuló el suicidio de Pol —explica—. Y yo voy a hacer lo mismo contigo, solo que de forma más sutil.

—No... por favor...

—Cuando la Policía te encuentre no tendrá dudas de que te quitaste la vida por tu propia mano. Ana contará que tenías problemas de autoestima, que la muerte de Pol te trastornó y que la fuga de Santi Mur te dolió tanto que solo viste una salida.

Lola se convulsiona. Trata de quitarse de nuevo la cuerda, pero Elías da un tirón y aprieta el nudo.

—Te pillarán... —gorgojea—. El somnífero...

—¿Crees que lo buscarán? En el caso improbable de que encuentren esas pastillas en tu sangre, el forense pensará que primero optaste por la sobredosis y que al ver que no llegaba, te ahorcaste. El Flumazenil se metaboliza rápido y no deja huella.

Elías abandona el folio sobre la mesa y se queda mirándolo.

—He visto muchas cartas de suicidas en mi vida como abogado. Me gusta que al final los párrafos se muevan y las letras se descoloquen. Indica desesperación.

—¿Qué... quieres?

—¡Mur! —contesta Elías, elevando el tono—. Sabes dónde está.

—No... él se ha marchado... No sé dónde encontrarlo.

Elías asiente. Se acerca a Lola y le toma la cara con las manos.

—Encontrar a mi hijo sobre las vías me ha alterado como nunca antes lo había estado —explica—. Hace unos días habría sabido diferenciar si me decías la verdad o me mentías, pero ahora no soy capaz.

Se aleja un paso. Lola niega con la cabeza, pero no puede emitir sonido alguno.

—Lo siento —dice Elías—. Pero tengo que estar seguro.

Patea la silla hasta que Lola deja de hacer pie. De nuevo, queda colgando del cuello. Elías observa cómo se resiste. Quiere vivir, y eso es bueno para sus planes. Lola trata de zafarse de los guantes de cocina, pero están sujetos con cinta de embalar.

Elías cuenta mentalmente los segundos. Al llegar a 15 le vuelve a poner la

silla en los pies. No parece mucho tiempo, pero para alguien en la situación de la chica es toda una eternidad.

—Vamos, Lola —dice—. Tienes que colaborar. El somnífero volverá a hacer efecto en cualquier momento.

—Déjame...

—¿Quieres morir? —Le habla a bocajarro, muy cerca de su oído—. ¿Vas a perder la vida por ese imbécil de Santi Mur? No vale la pena, Lola. Él no merece tener a alguien como tú.

Se aleja unos pasos y recoge la chaqueta que ha dejado sobre la silla. La situación ya no depende de él. Le ha mostrado las reglas del juego a Lola y espera que las haya comprendido. Tiene que entender que su supervivencia depende solo de ella misma y de lo que diga. Nada ni nadie vendrá al rescate, Elías lo tiene calculado.

—Tienes que decidirte, Lola —dice con calma—. Él o tú.

Le tiemblan las piernas. No aguantará mucho más despierta. El tiempo corre en su contra y, por añadidura, también en la de Juan Elías.

Lola es el único vínculo que tiene Santi Mur con el mundo. No le quedan muchas más opciones para localizar su paradero. Si ella no sabe dónde está, todo acabará de la peor forma.

—Lola, por favor.

—No lo sé...

Elías asiente.

—Hay algo que no comprendes, Lola. Si no sabes cómo contactar con Santi, serás más útil muerta.

La chica se agita y está a punto de caer de la silla. Elías trata de hablar con claridad para que sus palabras le lleguen nítidas. Quizá Lola no razona bien por la cantidad de drogas de su organismo, así que debe ser directo:

—Solo tengo una forma de mandarle un mensaje a Santi Mur, y ese es matándote. Cuando encuentren tu cuerpo, saldrá de su escondrijo y vendrá a buscarme. Sé cómo actúa y cómo piensa, es inteligente pero le puede la pasión.

Elías la rodea. Mueve la silla donde Lola se apoya y esta se tambalea. Apenas se mantiene de puntillas.

—Santi te ama, Lola. Te vengará, no lo dudes.

Algo cambia. La referencia al amor hace que Lola respire de otra forma. Sus pupilas se contraen y se fijan en un mueble del salón.

—La cajonera —murmura entre lágrimas—. Tiene doble fondo.

Elías comprende. Le coloca la silla bien y se acerca al lugar indicado. Extrae el último cajón y toca la madera del suelo. Con cuidado, levanta el tablón que camufla el falso fondo y mete la mano. Palpa varias veces hasta que encuentra un bulto en su interior. No necesita verlo para saber que es un teléfono móvil.

—Me dijo... —continúa Lola, al borde del desmayo—. Dijo que no lo usara... que era solo para emergencias... que me llamaría él.

Elías comprueba la memoria. No hay números anotados, pero sí un correo electrónico. En su mente empieza a trazarse un plan. Se aproxima a Lola, que apenas se mantiene consciente, y la enfoca con la cámara del teléfono.

—No te muevas —dice mientras le saca una foto.

Ana y Alicia están en una cafetería. Es primera hora de la mañana y por allí solo se ven borrachos que han alargado demasiado la noche del sábado y solo quieren tomarse el desayuno antes de dormir todo el domingo. Ana los observa con media sonrisa desde la mesa del fondo. Le encantaría estar ahí, junto a ellos, lamiéndose las heridas de una madrugada en la que se olvidaron de ser ellos mismos y solo se centraron en disfrutar.

Ana se siente fatal. Ha traicionado a una de las pocas amigas que le quedaban y todavía no tiene claro por qué. Trata de convencerse de que Elías la manipuló, pero en realidad fue ella la que tomó la decisión. Primero se enfadó y se negó, pero al final no le quedó más remedio que aceptar los planes de su tío. Pol podía estar vivo. Era una locura, pero esa posibilidad, por remota que fuera, hacía que su pulso temblara y le fallara la voz. Debía intentarlo. Por Pol.

—Sé que intentaste follarte a Elías —dice Alicia, rompiendo el silencio.

Sus palabras son un jarro de agua fría. No quiere enemistarse con ella, pero tampoco entiende a qué viene eso ahora mismo.

Quizá trate de ajustar cuentas con ella antes de que acabe toda aquella locura de Santi Mur. Por un momento se siente avergonzada y baja la mirada lo justo para que Alicia se dé cuenta.

—No te culpo —continúa, rodeando la taza de café con las manos—. Elías causa ese efecto entre las niñas de tu edad. Es su magnetismo personal. Yo también caí en sus redes hace años, pero por suerte ya sé cómo escapar.

Ana achaca a la inmadurez y falta de experiencia aquella época de tan extraños comportamientos, pero su secuestro supuso todo un máster en la materia. La Ana que entró era una chica alocada y temeraria, pero la que salió era una adulta con las ideas claras y un objetivo en mente. No, jamás volvería a sentirse atraída por Juan Elías.

—Lo que debes entender, Ana, es que ahora eres parte de la familia, y eso también conlleva ciertos comportamientos. Por ejemplo, no acostarte con tu primo, o con tu tío.

—Elías ya dejó claro que no quería nada conmigo. No he vuelto a intentarlo.

Alicia sonríe. Ana se estremece. Su actitud maternal le recuerda al cuadro de Goya *Saturno devorando a sus hijos*.

—Lo s e, pero no estoy hablando de eso —dice—. Lo de Elías y Pol era solo un ejemplo.

Ana comprende. En el fondo, el ataque previo tach ndola de loba robahombres no era m as que el preámbulo para darle las gracias sin bajar mucho las defensas. Alicia se siente en deuda con ella por haber traicionado a Lola y apostar por Elías.

—Me alegro de que tomaras partido por la familia en lugar de por tus amigos en este asunto. La prioridad es encontrar a Pol con vida.

El tema de qu e estaría haciendo Elías con Lola es algo que pesa en el ambiente, pero que ninguna de las dos quiere decir en voz alta. Elías es capaz de cualquier cosa y Ana lo sabe bien. Trata de imaginarlo hablando con Lola, apret ndole con su conversación hipnótica, amenazándola con juicios... De su mente destierra el hecho de que hubiera drogado a Lola y de que Elías le pidiera que escribieran una carta de despedida para Pol. Ana sabe lo que ocurre, pero prefiere no mirar y así vivir en una cómoda ignorancia.

—Solo tenemos una familia —concluye Alicia—. Los amigos se pueden comprar con dinero.

Ana est  tentada de contestar «de nada», pero se contiene. Nunca es buen momento para desafiar a Alicia Castro, y mucho menos ahora. Remar n en la misma dirección mientras tengan un objetivo común, pero al acabar se replantear  algunas cosas. En apenas unas horas la han chantajeado y apuntado con una pistola, por no hablar de haber incinerado a su primo. Un primo que, por alguna razón, quizás est  vivo.

— Qui n era? —se atreve a preguntar.

Alicia no reacciona. Mira por el ventanal del bar cómo la ciudad poco a poco va poniéndose en movimiento.

—Se llamaba Bruno —confiesa—. Era el hermano gemelo de Pol.

— Qu e?

—Nació con parálisis cerebral. Lo ingresamos en una residencia porque los médicos le dieron una esperanza de vida corta. Pero... bueno, ya sabes

cómo son las cosas. La medicina avanza y al final Bruno no murió.

—¿Por qué nunca...?

—Era un secreto —contesta con un deje de oscuridad en la voz—. Un secreto familiar y vergonzante que nadie tenía que conocer jamás. Por eso, Ana. Pero Santi Mur lo descubrió y ahora estamos en este lío.

Alicia se llena la boca hablando de la familia, de lo importante que es para ella, pero luego le cuenta que abandonó a uno de sus hijos en una residencia y nunca más volvió a hablar de ello. No entiende por qué Bruno no era de la familia, pero ella sí. Le aterra no saber en qué lado está, si para Alicia ella es más o menos que un chico paralítico con el rostro de Pol y, en definitiva, si puede confiar en ella.

—¿Qué te dijo Barros? —pregunta Alicia.

—Quiere encerrar a Elías y no se le ocurrió nada mejor que aliarse con Santi Mur —contesta—. Supongo que se cree más listo que él y por eso no se da cuenta de que lo están manipulando.

Alicia lanza media sonrisa capaz de congelar un volcán.

—Sí. —Bebe un trago de su café—. Ese nunca fue su fuerte.

Ana intuye que hay más secretos que no conoce a fondo, pero prefiere no saber más. El conocimiento con los Elías Castro supone jugar con fuego y ella ya está demasiado quemada.

—¿Por qué tarda tanto? —pregunta en voz alta.

Alicia no contesta, pero ambas saben que para encontrar la respuesta deben mirar en un sitio demasiado oscuro, un agujero negro capaz de absorber incluso la luz: el alma de Juan Elías.

Un segundo grupo de borrachos aparece y se acodan en la barra. Rápidamente se hacen amigos de los que ya estaban en el bar y empiezan a cantar a voz en grito, abrazados unos a otros, levantando las copas hacia el cielo. El camarero niega para sí mismo y regresa a secar tazas y a colocarlas sobre la cafetera. Una pareja de ancianos se acerca a la puerta, ve el ambiente y se marchan en otra dirección. Ana piensa que, pase lo que pase, la vida seguirá. Lo único que desconoce es en qué dirección lo hará.

Una figura negra entra por la puerta. Es Juan Elías. Tiene el rostro serio y un teléfono en la mano. Al llegar lo deja sobre la mesa.

—¿Ha dicho algo? —pregunta Alicia.

Elías señala el móvil.

—Llamará.

Giralt se dice que ha regresado a la comisaría a recoger sus cosas y marcharse a casa. Su turno ha terminado, ahora les toca a otros compañeros encontrar a Santi Mur. El lunes decidirá si da carpetazo al caso de Pol Elías o se lo pasa al juez para que abra instrucción por homicidio. Sin embargo, sabe que se miente a sí mismo, y eso le da rabia. No ha vuelto a por sus cosas porque no tiene nada importante que recoger. Si está en comisaría es para pensar con tranquilidad y resolver ese rompecabezas de una vez.

Algo se le escapa. Tiene las piezas delante de sus ojos, pero es incapaz de llegar a ninguna conclusión. El agotamiento físico y mental es enorme, pero siente que se encuentra en los últimos metros y le toca esprintar hasta la meta.

Repasa todo lo que sabe. Pol Elías aparece muerto y su familia sospecha que alguien lo mató. Recuerda sus reacciones ante la visión del cadáver de su hijo y quiere creer que fueron sinceras, pero no descarta que tanto Alicia como Elías estén detrás de todo. Los zapatos del cadáver apenas tenían unas manchas de barro pese a que el cuerpo apareciera rodeado de un cenagal. Incluso los zapatos del inspector tienen restos de lodo seco pese a todo el tiempo que ha transcurrido desde que visitó la escena del crimen por segunda vez. Y luego está la pintada que los acercó a Santi Mur y la posterior fuga de este. Eso abría un nuevo interrogante que envolvía a todos los anteriores.

Giralt levanta la cabeza y ve a García a lo lejos. Este también le ve, pero niega con la cabeza y se marcha sin despedirse. Nunca le gustó que Giralt trabajase tanto, pero tampoco podía hacer nada por evitarlo más que poner caras de desaprobación.

Mur. No podía tener planeada la fuga. Pasó algo que le hizo tomar esa decisión, pero no sabe qué. Piensa que desde la cárcel no pudo asesinar a Pol Elías, lo cual indicaba que tenía al menos un cómplice. Giralt se pregunta dónde está esa persona ahora, si ayudándole o tal vez ese fue el fallo. Se plantea si quizá fracasó algo con el compinche que hizo huir a Santi Mur a la mínima oportunidad.

La fuga indicaba culpabilidad. Giralt tiene ante sí informes internos de la prisión donde Mur cumplía la pena. Todos alababan su buen comportamiento

y solicitaban reducción de penas al considerarlo un preso colaborativo y con amplias posibilidades de reinserción. Apenas le quedaban unos años más de cárcel y habría sido libre. ¿Por qué marcharse justo ahora y tirarlo todo por la borda? ¿Qué había pasado?

Giralt repasa sus notas. Mur tuvo una crisis cuando Juan Elías se encerró con él. Fue muy poco tiempo y la primera exploración descartó heridas o lucha. Pero ocurrió algo en ese pequeño lapso de tiempo que le alteró sobremanera. ¿Qué fue? Y la gran pregunta: ¿qué tiene Mur que perder para decidir fugarse del hospital?

García regresa sobre sus pasos, deja la chaqueta en la silla y se planta junto a Giralt.

—Cuando acabemos con esto nos vamos juntos a un balneario —dice.

—¿De los que te ponen una pulsera y tienes copas gratis?

—No conozco ninguno de otro tipo.

Giralt sonríe bajo la barba. García no solo es su compañero, sino también un buen amigo que trata de ayudarlo cada vez que puede. Siempre que Giralt tiene tendencias autodestructivas, García está ahí para incitarle a que vaya a casa a cambiarse de camisa. No puede pedirle más.

—¿Por qué se fugó Mur? —dice en voz alta para que García entre al hilo de sus pensamientos.

—Porque es culpable.

—Pero no tenemos ninguna prueba contra él. Esa pintada sobre Charry la pudo hacer cualquiera.

—Se ha dado a la fuga. Es culpable. Solo nos falta encontrar la prueba que lo sitúe en el lugar del crimen.

—Su coartada es fuerte. Solo podríamos acusarle de colaboración, pero sería muy complicado. No entiendo por qué ahora.

—Algunas preguntas no tienen respuesta.

—Pero ¿una fuga improvisada?

—Vio la oportunidad y la aprovechó. Quizá llevaba pensándolo tiempo y fue ahora cuando se atrevió a llevarlo a cabo.

Giralt trata de razonar, pero hay detalles que no cuadran. Algo falla en todo ese asunto.

—¿Por qué matar a Pol? ¿Por qué no ir directamente a por Juan Elías?

—Quería verlo llorar.

—¿Y qué necesidad tenía de tirarlo a las vías del tren? Con fingir una sobredosis habría resultado igual de doloroso y habríamos investigado la mitad.

—Necesitaba el cuerpo destrozado. Pero ¿por qué?

Según el método de Giralt, cuando se llega a un callejón sin salida es el momento de replantearse lo que se sabe seguro, cuestionar las verdades inmutables y comprobar que no hay ninguna grieta en ellas. Es en ese instante cuando el inspector ve un cabo suelto, pero no sabe si tirar de él. Es demasiado absurdo, pero necesita descartarlo del todo antes de continuar.

—¿Y la autopsia, García? —pregunta.

García le pasa un dossier que hay sobre su mesa.

—No encontraron nada raro.

Giralt abre la carpeta de papel y saca un par de folios grapados. Va directo al final, donde se especifican las conclusiones y lee que debido al estado del cuerpo no se han podido realizar todas las pruebas con la eficacia requerida. Giralt observa el documento y se sorprende de lo corto que es. En cualquier otra autopsia el forense habría escrito mínimo diez folios más. Giralt lo ojea por encima.

—El cuerpo de Pol Elías estaba destrozado —dice—. El forense apenas profundizó en su análisis.

—¿Qué tiene eso que ver con la fuga de Mur?

El inspector se vuelve y mira al suelo. Comienza a caminar en círculos, intentando darle forma a sus pensamientos.

—¿Y si no era Pol Elías?

—Vamos, Alberto. Tú mismo le viste la cara. Era Pol.

—Es cierto, pero para eso tenemos a los forenses, ¿no? Para que vean más allá de nuestros ojos. Las pruebas de ADN sirven para identificar cadáveres con un 99% de acierto, pero nuestros ojos nos pueden engañar y hacernos ver lo que deseamos.

—Alberto...

—La cabeza quedó intacta —continúa—. ¿No te parece raro? El cuerpo estaba sobre las vías de forma que la cabeza no sufriera casi daños. Si hubiera sido al revés, habríamos investigado para averiguar la identidad del cadáver,

pero nos centramos en otros aspectos al dar ese por sentado.

—Eso no tiene sentido, Alberto. ¿Alguien clonó a Pol Elías?

—O eso o era alguien que se parecía mucho. —Giralt gesticula con las manos—. Vayamos al extremo de lo verosímil: Santi Mur conoce a alguien en la cárcel que se parece a Pol Elías. Le paga una operación de estética para que sea idéntico y el otro acepta por dinero, sin saber que lo van a matar.

—Eso no tiene sentido, Alberto.

Giralt asiente. Es una teoría improbable, pero no tiene otra. Si es tan loca, no tardarán en descartarla.

—La búsqueda de Santi Mur no está en nuestras manos —dice el inspector—. Nuestro caso es el de la muerte de Pol Elías. Pero, si no se trata de él, eso quiere decir que el chico aún está vivo.

Giralt se acerca a un enorme plano de la ciudad y sus alrededores que hay en la oficina y lo contempla.

—Dime, García. Si tuvieras que secuestrar a alguien, ¿dónde lo esconderías?

Giralt observa el mapa de punta a punta y se da cuenta de que sus ojos siempre miran en la misma dirección.

—Vámonos —dice, recogiendo su chaqueta.

—Hasta el lunes no podremos hablar con el forense para comprobar la identidad del cadáver, eso contando con que haya guardado restos de tejidos, porque te recuerdo que incineraron el cuerpo.

—No quiero ver al doctor Dólera —dice mientras le palmea la espalda—. Vamos al zulo de Villa Castro.

Elías conduce el coche con un ojo puesto en el teléfono móvil que le dio Lola. A su lado está Alicia, imperturbable. Ana bosteza en el asiento de atrás. La llevan a casa porque su misión ya ha terminado. Sin embargo, hay una pregunta que ronda en el ambiente y que nadie pronuncia por la simple razón de que Juan Elías es el único que puede contestarla. Y es el mayor mentiroso del mundo.

Pol está en alguna parte, y solo Santi Mur puede decir dónde. De momento, eso es lo único que importa. Cualquier otra cuestión queda relegada para más adelante. La prioridad es Pol, solo Pol.

El vehículo se detiene junto al portal donde vive Ana. La chica hace el amago de bajar, pero su mano se agarrota sobre el tirador. Algo la retiene, algo la impide marcharse con tranquilidad. Así que levanta la mirada y pronuncia esa pregunta imposible, la que sin duda será contestada con una mentira envuelta de verdad.

—¿Lola está viva?

Elías levanta la mirada del móvil y la observa por el retrovisor. Sus ojos son opacos, carentes de toda emoción, pero pronto se disfrazan en amables y cercanos.

—Claro —contesta—. Al irme la acosté en su cama. Despertará con dolor de cabeza, pero eso es todo.

Ana asiente. Durante la carrera le hablaron de los psicópatas. La gente normal suele referirse a ellos como hijos de puta. Qué hijo de puta es mi jefe, o el vecino, o el reportero del corazón. Pero la realidad clínica les da el nombre de psicópatas, dado que son capaces de alterar sus emociones, fingirlas y mentir convencidos de que lo que dicen es cierto. En aquella asignatura le explicaron que eran pocos, apenas un 2% de la población, y que raramente asesinan. Sin embargo, Ana piensa en eso mientras Juan Elías le clava la mirada por el retrovisor. Ella lo vio matar a otra persona, la encerró durante días y planeó una estratagema para salirse con la suya. En ese instante supo que Juan Elías no era el mayor hijo de puta que había conocido, sino un psicópata de mente fría. Se preguntaba si realmente había querido a

alguien en su vida: a Alicia, a Eva Durán, a Julieta... o a ella misma.

—Gracias por traerme —contesta antes de bajar del coche.

Cierra la puerta del vehículo y se marcha con parsimonia. Ana rebusca en su bolso y extrae las llaves. Ya dentro del portal, las lágrimas brotan sin control porque está convencida de que por su culpa Elías ha matado a Lola.

Debería de haberlo sabido. A Elías no le gusta dejar cabos sueltos, y Lola era uno muy grande. ¿Por qué iba a dejarla vivir si ya tenía planeado simular un suicidio? Lo fácil era lo apropiado, y en este caso también lo rápido. Y Elías andaba como loco por encontrar a Pol. Quizás a él sí lo quisiera, o tal vez era un reto, un juego de poder en el que se enfrenta a una copia más joven de sí mismo: un Santi Mur también fuera de control.

Ana llega a su piso y se enjuga las lágrimas. Abre la puerta y tiene la sensación de que alguien la observa. Se dice que es absurdo, fruto de la paranoia, pero enciende todas las luces de habitación en habitación y olvida apagarlas.

Quiere descansar. Cerrar los ojos y que todo sea una pesadilla. Que Lola esté viva, que Pol esté a salvo, que Santi Mur vuelva a la cárcel. Y luego está el problema de Barros, que amenaza con filtrar su cinta a los medios. Mira la hora en el reloj de la cocina. No les queda mucho tiempo y las posibilidades se agotan. Elías dice que Mur llamará, pero no le gusta ese plan. Esperar nunca ha dado buenos resultados. Luego se dice que no es cosa suya, que ella ya ha hecho bastante, incluso es cómplice de un asesinato. Así que se dirige hacia el dormitorio para dormir hasta que llegue el fin de los tiempos.

Algo llama su atención. Los papeles de la mesa están desordenados. Se acerca y mira el primero de todos. Contiene un grito al comprobar lo que hay escrito e, inmediatamente, sale en busca de su bolso donde tiene el teléfono.

Mientras lo vacía sobre el sillón, se lamenta de lo estúpida que ha sido. La presión ha podido con ella y ha olvidado algo fundamental. Encuentra el móvil y llama a Alicia. Se dice que no ha sido culpa suya, que todo ha pasado demasiado rápido y es imposible centrarse ante algo de esta envergadura. Incluso Elías o Alicia parecían tocados por la situación, pero a Ana le preocupa que por culpa de su olvido sea demasiado tarde para Pol.

—Dime, Ana —responde Alicia.

—Sé dónde está Pol —contesta.

Ana mira lo que hay escrito en el papel. Son las instrucciones que le dio Barros cuando llamó con aquel distorsionador de voz. Ana se negó a obedecerlo y quedaron en el descampado, pero pudo apuntarlas.

—Carretera C-33, dirección norte —explica—. Kilómetro 27, girad a la izquierda y veréis un almacén abandonado. Pol tiene que estar allí.

Alicia no entiende cómo Ana está tan segura, pero tampoco hace preguntas. Había elegido un bando y estaba de su parte. Con eso le valía. Sin embargo, según siguen las instrucciones del navegador, Alicia siente que van en una dirección errónea.

—Está demasiado lejos de la ciudad —dice—. Mur no puede haber llegado hasta aquí.

—No sabemos si ha robado un coche o ya tenía uno preparado. Puede que incluso se pueda acceder con autobús.

—Mi contacto con la Policía dice que al agente también le robó la cartera, pero que apenas tenía 50 euros. Una carrera de taxi hasta aquí cuesta casi el doble.

—¿Qué más se llevó? —pregunta Elías—. ¿La pistola?

—No, eso lo dejó.

—Es listo. Mur sabe que la Policía dispararía a matar de saber que va armado. Sin la pistola, solo es un fugitivo más. Y en caso de que lo atrapen, la condena será menor.

A Alicia no le gusta el color que empieza a tomar todo. Elías se lo ha tomado como un reto personal e intenta ir por delante de Mur. Tal vez se sintió ofendido tras su encuentro en comisaría, humillado al no acertar con la pregunta apropiada que habría arrancado una confesión a Mur. Era imposible, se dice, dado que pensaba que Pol estaba muerto. Pero ahora todo ha cambiado. Conoce demasiado bien a su marido para ver un destello de admiración en todo lo que ha urdido Mur. Ya no es un rompecabezas que hay que montar desde cero, sino una partida de ajedrez donde solo importa el rey.

Alicia piensa que Pol o ella misma son piezas sacrificables del tablero y un escalofrío recorre su espalda.

—La prioridad es dar con Pol, no con Mur —dice.

—En ese caso, puede que esté en el almacén. Si llegamos antes que Mur, podremos irnos con él a casa.

Demasiado bonito para ser verdad. Alicia sospecha que hay algo más

oculto en el interior de Elías, algo que no dice y tal vez ni siquiera desee reconocer él mismo.

—La prioridad es Pol —repite—. Si lo encontramos, avisaremos a Giralt para que atrape a Mur.

Elías asiente en silencio, pero Alicia sabe que miente. Su marido tiene un plan, pero no va a contárselo.

—Elías.

—¿Sí?

—Quiero oírtelo decir. Pol es lo primero.

El GPS indica el desvío a la izquierda y el coche sale de la carretera para internarse por un camino. Hace un rato que ha amanecido, pero la mañana amenaza tormenta y la luz apenas es un reflejo gris.

—Mi prioridad es salvar a Pol —dice Elías—. No pienso en otra cosa. Pero Mur nos ha atacado. Ha agredido a nuestra familia, y eso no puedo pasarlo por alto. No quiero que vuelva a prisión para que pueda seguir pensando en maneras de jodernos.

—¿Es Pol! Piensa en él. No puedes centrarte solo en la venganza.

—Mur ha matado a Bruno.

—¿Ahora te importa?

—Puede que no fuera el centro de mi mundo, pero era mío. —Hace una pausa—. Nuestro, Alicia. ¿Entiendes lo que digo? Nos ha atacado de frente y tiene que pagarlo.

Alicia aprieta los puños. La mención a Bruno la trastoca. Un niño al que estuvieron cuidando durante tantos años... y muere atropellado por un tren. Le parece injusto, doloroso, y quiere revancha, pero no hasta que Pol esté a salvo. Aunque ambos fueran carne de su carne, uno era más hijo que otro.

—Tú misma lo dijiste en el crematorio —continúa Elías—. Nos han herido y vamos a contraatacar. ¿Qué ha cambiado?

—¿Que Pol puede estar vivo! —grita fuera de sí—. Eso ha cambiado. ¿Tan ciego estás? Hace unas horas no tenía nada que perder porque mi hijo estaba muerto, pero ahora sé que puedo recuperarlo.

—¿Y cuánto te durará esa sensación de tranquilidad? La Policía encerrará de nuevo a Mur, ¿y luego qué? Es un perro rabioso, Alicia. Tenemos que sacrificarlo, y si Giralt nos toma la delantera no podremos hacerlo.

Y en el aire resuena lo que, de nuevo, no se pronuncia. Elías puede matar, ya lo ha hecho, pero no sabe si Alicia es capaz. Metió a su propio padre entre rejas por desconectar a su madre cuando agonizaba, y no se atrevió a hacer lo mismo con Bruno en todos esos años. ¿Por qué ahora era distinto? No, ni siquiera la propia Alicia Castro sabe si sería capaz de matar.

—Salvemos a Pol —dice por última vez—. Luego decidiremos qué hacer.

Ante ellos aparece la figura oscura del almacén abandonado. Tiene grafitis por toda la fachada, pero se conserva en buen estado. Su aspecto es de nave agrícola, con paredes de bloques de hormigón sin recubrimiento de pintura. Las ventanas tienen rejas y la puerta está cerrada, pero nada de eso los detendrá.

—Vamos. —Elías aparca y apaga el motor—. Es la hora.

Villa Castro tiene una fachada imponente. Giralt sabe que tras esas paredes se esconden secretos innombrables, sucesos ocurridos antaño que ocultan imágenes macabras. A él no le interesa nada de eso, sino comprobar si el sótano sigue destrozado igual que cuando ardió hace dos años. No ha dejado de preguntarse durante todo el camino dónde escondería Mur un cadáver o un prisionero, y la respuesta más obvia es allí donde nadie miraría porque ya lo han hecho mil veces.

—¿Y crees que nadie ha buscado aquí todavía? —pregunta García.

—Lo del chico fue muy precipitado —explica—. Era mayor de edad y no llevaba ni 8 horas desaparecido cuando lo encontramos sobre las vías. Confío en que la familia haya colaborado con nosotros, pero puede que haya algo que ni ellos mismos sepan que existe.

Giralt y García descienden del vehículo y un perro les sale al paso. Por un momento se inquietan de que los pueda morder, pero el animal se muestra dócil.

—Hola, amiguito —dice el inspector, acariciándolo—. ¿Qué haces suelto?

—Creo que Elías compró ese perro a sus hijos para que olvidaran todo el calvario judicial.

—Sí, yo también vi ese reportaje del corazón. Pero ¿qué hace aquí?

—Vive aquí, Alberto —contesta García—. La pregunta es qué hacemos nosotros aquí. Ni siquiera traemos una orden judicial y la jueza Castro no contesta a tus llamadas.

—Me gusta pensar que nos daría permiso para indagar por fuera, ¿no crees? Estamos investigando la muerte de su hijo y eso requiere de la máxima colaboración por su parte.

—Sabes que eso no es así.

Giralt sonrío, alterado.

—¿Qué ocurre? ¿Que todo el mundo sabe mentir menos yo? Venga, vamos a realizar una inspección ocular.

Avanzan por la finca. Hay partes que están rehabilitadas desde la última

vez. Por lo que sabe Giralt, la familia se traslada a esa residencia en los meses de verano mientras que continúan con el chalet como vivienda habitual el resto del año. O, al menos, es lo que solían hacer antes de que se separaran Elías y Alicia.

—Todo parece en orden —indica García.

Al acabar el caso de Ana Saura, Giralt dedicó algo de tiempo en entrevistarse con el personal doméstico de los Elías. Unas casas como las suyas necesitan de mucho mantenimiento, y con su ritmo de vida era casi obligado contratar al servicio. Contaban con jardinero, limpiadora y, en ocasiones, cocinero. Todos coincidían en que la única vez que Alicia Castro tocó una escoba seguramente fue para montar sobre ella y salir volando por una ventana.

De la casa del centro no tenían mucho que contar. Alicia no se sentía a salvo allí tras el apuñalamiento y mandó aumentar las medidas de seguridad, convirtiéndolo en un fortín. Muros más altos, más cámaras, sensores de movimiento y botones del pánico en cada habitación. Ni siquiera la asistenta conocía el código de desbloqueo y muchas veces le saltaba la alarma.

Villa Castro era distinto. Allí los recuerdos que le hacían daño eran de otro tipo. Vació habitaciones, eliminó tabiques y hasta cambió las bombillas por otras de bajo consumo. Era como si quisiera transformar la casa por completo, convertirla en algo que no era, borrar para siempre la memoria que allí permanecía. Sin embargo, dejó intacto el sótano y nadie sabía por qué. Le traía alguna clase de recuerdo que prefería mantener, por lo que solo le cambió la puerta por otra nueva y la cerró con un enorme candado. Alguna vez la vieron bajar, pero nadie hizo preguntas.

Rodean el perímetro y llegan a la zona de la piscina. Cada poco gritan que son la Policía, pero nadie les contesta. El perro los sigue, dando pequeños saltos de alegría.

—¿Por qué continúas pensando que Ana Saura estuvo encerrada aquí? —pregunta García.

—Estoy convencido, pero no puedo demostrarlo. Y eso es lo que nos piden a los policías: pruebas.

Llegan al acceso al sótano. Esta vez no hay una furgoneta vieja aparcada encima. La puerta nueva reluce con pintura marrón, pero el candado está tirado a un lado, roto.

—Giralt —indica García.

—Lo veo —contesta, sacando el arma.

Despacio, se aproximan a la trampilla. Giralt le hace gestos a García para que observe las pisadas y marcas de neumáticos que hay cerca. Con cuidado, abren el acceso y comprueban que no hay luz dentro. Giralt contaba con eso y ha traído una linterna.

El interior aún huele a hollín. Las paredes lucen negras, restos del incendio de hace años, una cicatriz que Alicia Castro se niega a cerrar. Descienden con cautela y comprueban que los interruptores de la luz siguen sin funcionar. Lo único que se mantiene en pie, como un monumento a la vergüenza, son las rejas que parten el sótano en dos. Han retirado los archivos carbonizados de Elías, pero en su lugar hay algo distinto.

—¿Qué es eso? —pregunta Giralt.

Abren la reja y pasan al otro lado. En una esquina, sucio de mugre, encuentran un pijama de hospital.

—No lo toques, Alberto —dice García—. Necesitamos una orden judicial.
Giralt asiente.

—Avisa por radio.

García sale del zulo. Giralt se agacha, extrae un bolígrafo y lo usa para mover la ropa. Su linterna ilumina el logotipo de un hospital privado impreso en un lado.

—¿Qué está pasando aquí? —se pregunta.

Se incorpora de nuevo y pasea por la habitación. Encuentra una bolsa de plástico negro de grandes dimensiones. Con cuidado, se asoma al interior. Dentro hay un uniforme de policía.

Santi Mur ha estado allí.

A través de las ventanas comprueban que el almacén está vacío.

Por unos instantes, la mente analítica de Alicia se ve sobrepasada por su deseo de que todo termine de una vez, de que Pol esté vivo, de que nada de esto hubiera pasado nunca. Pero sus peores presagios van tomando forma a cada segundo, creciendo a toda velocidad hasta convertirse en enormes moles que no le dejan mirar más allá. Porque, si el plan de Mur era matar a Bruno y a Pol, ¿por qué razón piensa ella que sigue con vida?

—Tenemos que entrar —dice Elías.

Rodean hasta encontrar la puerta. Es de hierro y parece firme. Elías trata de abrir, pero está cerrada con llave.

—Espera aquí —dice, y se marcha sin dar explicaciones.

Alicia queda sola, a la intemperie. La tormenta todavía no ha llegado, pero lo hará. Y mientras está allí esperando al aguacero, piensa en Pol, en Julieta, en su vida. Errores y aciertos, unos detrás de otros, y se pregunta en qué momento se torció todo para acabar allí, en mitad de ninguna parte con el corazón encogido deseando que el hijo muerto sea otro.

No hay respuesta. Nunca la hay.

Alicia escucha un ruido y se sobresalta. Elías aparece con el coche marcha atrás. Pone el freno de mano y baja, pero no apaga el motor. Abre el maletero y de ahí saca unas cadenas.

—¿Qué haces con eso? —pregunta ella, pero en realidad no quiere saberlo.

Elías engancha una de las rejas de la ventana a la cadena y después la amarra al vehículo. Alicia comprende y se aleja varios pasos hasta ponerse a cubierto. Lamenta perder el factor sorpresa, pero aparentemente dentro no hay ni un alma.

Las ruedas del coche derrapan antes de lanzarse a toda velocidad hacia el camino. La cadena va estirándose hasta que queda totalmente tensa en el momento del tirón. La reja cede y sale despedida arrastrando consigo la base que la sujetaba al muro. El ruido es terrible y rompe la quietud del lugar.

Elías da media vuelta y regresa con el coche. Baja y agarra una piedra con la que rompe los cristales, ya sin protección, y abre la ventana desde fuera. Con cuidado de no cortarse, accede al interior del almacén y se lo traga la oscuridad. Alicia se sorprende con la resolución que actúa su todavía esposo. Es como si lo hubiera hecho antes mil veces y prefiere no saber por qué. Sí, es mejor vivir en la ignorancia que seguir descubriendo cosas de Elías que le hagan replantearse toda su vida junto a él.

Alicia aguarda de pie ante la puerta. Escucha un trueno que reverbera y se esparce por el firmamento, evitando saber de dónde viene porque todo el cielo parece partirse en pedazos. Un crujido llega desde el interior y la plancha de madera se abre con un chirrido de bisagras oxidadas. Elías le tiende la mano al otro lado del abismo.

—Vamos —dice.

Un interruptor en la pared hace que los alógenos del techo se enciendan. Con luz, el aspecto del almacén es aún más desolador. Quedan restos de bloques de gomaespuma, que, sin duda, guardaban en ese lugar pese a tratarse de una nave agrícola y no estar destinada para esos usos. El suelo está lleno de excrementos de ratón, inmundicia y los cristales rotos de la ventana. El polvo es negruzco, como si lo hubieran condensado y esparcido por todas partes. Incluso las telarañas son grises y espesas, grandes pelusas colgando de las esquinas esperando que algún insecto caiga en la trampa. Y así se siente Alicia, como una mosca a la que han emboscado y que no puede hacer nada para evitar su final.

—Aquí no hay nada —constata Alicia.

—¿Ana no dijo nada más? —pregunta Elías.

—Estaba convencida de que Pol estaba aquí, pero no me contó por qué ni yo le pregunté.

—Busquemos más a fondo.

Avanzan por la mole de hormigón mirando en todas direcciones. Alicia teme que esa no sea la guarida del ogro, que todo haya sido una pérdida de tiempo, que Pol esté agonizando lejos de ella. El sentimiento de protección lo tiene muy desarrollado desde siempre, pero se ha amplificado con la paranoia desde que Bruno apareció sobre las vías roto en mil pedazos. Ahora ve la vida como a través de un túnel, solo un pequeño círculo de luz al fondo mientras que el resto es oscuridad agresiva y peligrosa. Y piensa en Pol, en su

sonrisa, en su valentía, y trata de que se le contagie algo y le dé la fuerza que se le escapa por momentos. Entonces escucha un zumbido.

—¿Oyes eso? —le dice a su esposo.

Elías se detiene unos instantes y después afirma con la cabeza. Es un murmullo constante, como el de un motor encendido, pero suena muy amortiguado.

—Viene en esa dirección.

En el fondo del almacén se acumulan los restos de gomaespuma. Forman un pasillo estrecho que llega hasta la pared. Elías agarra una tabla perdida y la empuña como arma antes de continuar. Si alguien les ha tendido una trampa, ese es el lugar perfecto. Los bloques son enormes de más de dos metros de alto cada uno, y están apilados en precario equilibrio. Pese a ser relleno para cojines, así, en bruto, deben de pesar lo suficiente para enterrarlos vivos. Con cuidado, avanzan por el corredor que los antiguos trabajadores del almacén dejaron entre ellos y poco a poco el zumbido se va intensificando. Al final, en un recodo encuentran algo que parece surgido de sus más terribles pesadillas.

—No... —murmura Alicia mientras siente que los demonios se la llevan.

Un cajón frigorífico de aspecto sucio vibra ante ellos. Está conectado a un enchufe y el motor huele a recalentado. Pero Alicia sabe que su interior es lo bastante frío para conservar un cadáver.

Alicia se abalanza contra él, pero Juan la retiene.

—¡Pol! —grita—. ¡Déjame, Elías!

—¡Alicia!

Pero ya es demasiado tarde y Alicia se escurre entre sus brazos. Se lanza sobre el frigorífico y sus manos se engarfan sobre los tiradores antes de abrir la tapa con violencia. Tiene la adrenalina disparada, el corazón le late tan fuerte que parece que pueda romperle el esternón, pero su boca se queda seca cuando se asoma al interior de ese ataúd de hielo.

Huele a lluvia. Elías no está seguro, pero es la sensación que le da. Todo es tan confuso que ni siquiera en algo tan simple puede estar convencido al cien por cien.

Extrae un cigarro, lo enciende y toma una larga calada. Están apoyados en el capó del coche, mirando al almacén abandonado, intentando digerir lo que han visto dentro. Alicia estira la mano y le roba el tabaco.

—¿Tú qué crees? —pregunta Elías.

Alicia no gesticula. Tiene la mirada perdida hacia ningún sitio y su brillo ha desaparecido. Elías sabe que todo ese tema la está afectando mucho. Él trata de evadirse, de centrarse solo en su objetivo, porque cuando le da vueltas a la cabeza pensando en Pol, solo siente pena y vacío por dentro. Así, con esas sensaciones recorriendo sus venas, es imposible que pueda encontrar una solución. Necesita centrarse, calcular las posibilidades, prever el movimiento de su adversario y tratar de dar la estocada final antes que él, a ser posible por la espalda. Alicia se remueve a su lado.

—No lo sé —dice al fin.

Elías asiente. Él tampoco sabe cómo interpretar lo ocurrido. Porque, ¿qué sentido tiene que el cajón frigorífico estuviera vacío?

—Quería esconder un cadáver —continúa Juan Elías, pensando en voz alta—. Pero algo pasó y no le dio tiempo.

—O quizá lo hayan sacado.

—¿Bruno?

—Llevaba un tiempo desaparecido hasta que apareció en las vías y todos pensamos que era Pol.

La opción de que Pol esté muerto no se plantea. Está prohibido decirlo en voz alta e incluso pensarlo, porque si lo hacen se volverá real. Ya lo han llorado una vez, si vuelve a ocurrir no podrán soportarlo.

—Pudieron mantenerlo vivo —añade Elías—. Es incluso más fácil que matarlo y menos arriesgado si te pilla la Policía. Las penas son menores por secuestro que por homicidio.

—¡Deja de hablar como un abogado! —le grita Alicia—. A Mur no le importa acabar otra vez en la cárcel, ¿no lo ves? ¿Por qué tendría que haberlo dejado vivo? No, Elías. En ese congelador tenían a Bruno. Estoy segura.

De nuevo, no puede haber una segunda opción. Cualquier otra interpretación supondría que Pol está muerto de verdad. Ese cajón frigorífico tenía una función clara: alojar un cadáver. Y tenía que ser Bruno. Debe serlo.

—Mur secuestra a Bruno, lo trae hasta aquí y lo esconde —enumera Elías—. Después se las ingenia para atrapar a Pol, le cambia la ropa, le pone su documentación y espera a que el tren lo arroye.

Alicia no dice nada. En toda esa historia queda un cabo suelto, el más importante e inquietante: el paradero de Pol. Porque, si no está allí, significa que se lo han llevado a otra parte. Elías teme encontrarlo en otro lugar, quizá flotando en el mar, o enterrado en una zanja. Sacude la cabeza con la esperanza de que esos pensamientos se vayan por donde han venido y vuelve a concentrarse.

—Este era uno de sus escondrijos, pero seguramente tenía otro —prosigue—. Está claro que aquí no va a volver.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Ya lo has visto. —Hace una pausa—. No hay nada.

—Tal vez aparezca. Necesita esconderse una temporada.

Elías no piensa lo mismo. Nadie se fuga de la cárcel para permanecer oculto. Y eso alimenta la hoguera de sus terrores más profundos. No quiere ni plantearse la posibilidad de que Santi Mur estuviera lejos, que ya hubiera escapado y se encontrase camino de un país extranjero. Aún tiene la esperanza de que todo esto no sea más que una improvisación de última hora por algún problema en su plan, pero no puede estar seguro.

Un relámpago cruza el cielo y arranca consigo las primeras gotas de la tormenta. El suelo va tiñéndose con pequeños puntos oscuros por cada gota que cae. Alicia le devuelve el cigarro a Elías y este le da una última calada antes de apagarlo contra el suelo. Se refugian en el interior del coche mientras el chaparrón arrecia.

—Vámonos de aquí.

Arranca y dejan atrás el almacén, su frigorífico aterrador y la reja arrancada. Toman el camino de tierra antes de que se vuelva intransitable y

regresan por la misma carretera por la que llegaron, pero con más pena dentro de sus pechos.

Es el camino de la derrota. Mur tiene la última palabra y todavía no ha dicho nada. Apenas pueden hacer nada más que esperar noticias que no llegan y volverse locos en el proceso. Es entonces cuando escuchan los pitidos. Primero el móvil de Alicia y después el de Elías.

—Me están llegando mensajes —dice ella—. Esa zona no tenía cobertura. Y ocurre.

Un nuevo pitido que no es de ninguno de sus teléfonos. Elías rebusca en el interior de su chaqueta y saca el móvil que halló en la casa de Lola. Tiene nueve llamadas perdidas.

—Mierda.

—¿Qué ocurre?

—Mur ha llamado mientras perdíamos el tiempo allí.

No mira a su esposa. No se atreve. Un pequeño error en su plan infalible, pero tiene la sensación de que esos minutos que han desperdiciado eran esenciales para la supervivencia de Pol. Piensa que el número de llamadas indican nerviosismo por parte de Mur, y el no contestarlas solo puede dar como resultado que crezca la paranoia del muchacho. Elías observa el móvil pensando en una cuenta atrás que hace rato llegó a cero.

—¿Tenías su número? —pregunta Alicia—. ¿Todo este tiempo pudiste llamar a Santi Mur y no lo hiciste?

—No lo tengo —contesta—. Pero en la memoria había un correo electrónico.

—¿Qué?

Elías trata de no contarle todo a su esposa hasta que no queda más remedio, pero considera que ya es cómplice junto a él de sus actos, así que le confiesa la verdad.

—Hace unas horas le he mandado una foto de Lola ahorcada —dice—. Creo que acaba de verla.

Alicia no contesta porque en ese instante el móvil vuelve a sonar con una melodía estridente. Elías observa que es un número desconocido, pero sabe quién está al otro lado de la línea.

A Santi Mur le hierva la sangre. Trata de mantener la calma, pero la paranoia embota sus sentidos. Todo ha ido muy rápido y ya nada sigue el plan que trazó. Y encima el cabrón de Elías no contesta a sus llamadas.

Le echa la culpa a la mala suerte, no a su planificación. Desde su punto de vista, su plan era perfecto. Pero entonces llegó Juan Elías a la sala de interrogatorio. Ese fue el primer fallo. No debería de haber pasado nunca, pero sucedió. Después le drogó, pero por suerte no le salió bien. Y luego estaba Barros, desaparecido en combate. Sí, todo se estaba yendo a pique, pero aún le quedaba un as bajo la manga.

Conduce despacio. Bastante le ha costado evitar los controles de la Policía. No quiere llamar la atención. La ropa que guardaba en Villa Castro está más sucia de lo que parecía. No entiende por qué no limpiaron el hollín en todo ese tiempo. Parece un mausoleo a sus pecados. Porque Mur sabe que Ana estuvo retenida allí. Ella misma se lo confesó.

Piensa en el momento en que Elías le drogó. Estuvo a su merced y no puede librarse de esa sensación. Fue más listo que él, jugó bien sus cartas y casi le hace confesar todo su plan. La suerte no suele llamar dos veces a la misma puerta, así que no le quedaba otra que tomar la iniciativa de nuevo. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza esos momentos de absoluta obediencia y sumisión. Elías le había humillado por última vez.

Está nervioso. Si Juan Elías no contesta a su siguiente llamada se marchará lejos y tirará el coche por un precipicio... y eso incluye la carga que lleva en el maletero.

Un pitido. Tiene un mensaje en el teléfono. Indica que el móvil que le dio a Lola vuelve a estar disponible. Sin dudarlo un segundo, pulsa «rellamada» y pone el manos libres. Al tercer tono, alguien descuelga.

—Estás muerto, cabronazo —dice, masticando cada palabra—. ¿Me oyes? Te voy a matar.

Silencio. El teléfono solo le devuelve ruido ambiente.

—Me parece bien —contesta—. Quedemos.

Santi Mur resopla. Elías trata de tomar la iniciativa y todavía no han empezado a hablar. Se cierra en banda y decide que contestará con negativas a todo lo que le proponga. Es su guerra, son sus reglas.

—¡Eres un hijo de puta! —le grita—. ¿Qué has hecho con Lola?

—¿Tú qué crees, Santi?

—Esto es entre tú y yo. Ella es inocente.

—¿Igual de inocente que era Bruno?

Mur se queda callado. Elías lo sabe. Ha atado cabos más rápido de lo que pensaba. Él quería dejar ese detalle para el final, pero lo han descubierto antes de tiempo. No importa. Eso no cambiará el desenlace que tiene previsto. Nada puede hacerlo.

—Te propongo un trueque —dice Elías—. Pol por Lola.

Mur se ríe.

—No das las órdenes, Elías. Ya no eres el profesor ni yo soy el alumno. Han cambiado muchas cosas.

—¿Prefieres que la encuentren ahorcada? A simular suicidios podemos jugar los dos, Santi.

—Ella me importa una mierda —miente—. Por lo que sé, puede estar muerta.

—Pero no lo sabes.

—¡No me importa! —grita—. Entérate. En esta partida, solo puedes perder tú.

Se escucha un ruido. El teléfono cruje. Mur comprueba que no le han colgado. Entonces oye otra voz.

—Santi, soy Alicia. Por favor, vamos a tratar de solucionarlo.

Alicia era su verdadero objetivo. La pudo haber matado, y todavía no sabe cómo sobrevivió. Ahora tiene que vivir sabiendo que la muy zorra todavía respira, y vive, y siente, mientras Charry se pudre bajo tierra. Por otro lado, le gusta que le haya quitado el teléfono a Elías, porque con ella será más fácil negociar.

—No hay nada que solucionar —dice por fin.

—¿Qué quieres?

«Verte suplicar mientras te arrastras sobre tus propias lágrimas por lo que le hiciste a Charry, por lo que me hiciste a mí.» Mur destila odio, pero no es

el momento de dejarse llevar por la pasión, sino de jugar con la presa que acaba de cazar y todavía cree que puede huir.

—No quiero nada —contesta—. Ya he ganado. ¿Qué más puedo desear?

—Santi. —Es la voz de Elías, en algún momento han puesto el manos libres—. Sabes que no es así como tiene que pasar. Nos tienes en tus manos, así que dinos lo que quieres que hagamos.

—Idos a la mierda.

—No, te equivocas. Eres tú quien ha llamado a este teléfono, no yo. Así que déjate de juegos y contesta de una vez.

Santi Mur siente la mirada acusatoria de su profesor. Incluso con la situación bajo control y lejos de él, nota cómo es capaz de humillarlo. Ese «has llamado tú» lo llena de ira y le hace pensar en Charry y en Lola, su pequeña Lola. Sí, tienen que acabar con ese juego, y solo existe una forma: viéndolos arrodillarse ante él.

—Que os quede clara una cosa: yo doy las órdenes. Haréis lo que yo diga o desapareceré para siempre, ¿queda claro?

—Ya te lo he dicho antes, Santi, pero te lo repito: estamos en tus manos, así que dinos qué hacer.

Ese «te lo repito» era un nuevo ataque, otro desprecio más hacia él. ¿Qué le pasa? Elías quiere provocarlo, pero no sabe que eso es peligroso.

—Quedemos —dice—. Id a las vías del tren y esperad mi llamada. Si veo un solo poli le corto el cuello al gilipollas de tu hijo.

Y cuelga.

Pol está vivo. O eso era lo que había dicho Mur por teléfono. Alicia no cree que mintiese. Lo había hecho para amenazarlos, para menoscabar su orgullo, pero en su lugar les había dado esperanzas. Si su peor enemigo confirmaba una noticia tan buena, es que era cierto.

—¿A qué distancia estamos? —pregunta Elías.

Alicia toquetea el GPS y vuelve a dejar el navegador a la vista con las nuevas coordenadas.

—En media hora habremos llegado.

Vuelven a estar operativos. La noticia de que Pol sigue con vida les ha cargado las pilas. Ella no va a permitir que le pase nada a su hijo. Por fin pueden plantar cara a Mur y no piensa perder esa oportunidad.

—El bufete nos pilla de camino —dice Elías—. Tengo que recoger algo.

Alicia no puede creerse lo que oye. Mur amenaza con matar a Pol y Elías quiere parar en el despacho.

—No nos podemos retrasar, Elías.

Ignora si su esposo ha vuelto a ser él mismo o todavía anda confundido por todo lo que ha pasado. Le gusta creer que la primera opción es la correcta, que tiene ante ella al Juan Elías que no se detiene ante nada, que sale airoso de cualquier situación, que es capaz de matar por su familia.

—Necesito algo que tengo allí —contesta—. Será solo un segundo.

Los peores presagios de Alicia parecían hacerse realidad. A su mente llegan imágenes de Elías parando en el bufete y cogiendo un arma que tenga escondida. Ya mató a Ezequiel Cortés siguiendo una estratagema parecida, pero lo que ahora se juegan es la vida de su hijo. Las siguientes horas son clave.

—No puedes ir armado —explica ella, tratando de mantener la calma—. Ni avisar a tus amigos mafiosos. Si ve algo sospechoso, lo que sea, matará a Pol y se entregará.

—No voy por una pistola, Alicia —responde—. Es solo mi maletín. Quiero que Mur vea una cosa.

—¿El qué?

Elías no quita ojo de la carretera. La lluvia cae con violencia, pero él no afloja el acelerador. Tiene prisa y quiere llegar cuanto antes.

—No necesito un arma para enfrentarme a Mur. Me basta con una hoja de papel.

Alicia no entiende nada y sabe que Elías no va a contar mucho más. Tiene un plan, y eso le vale. Hace un último acto de confiar en su criterio pensando que quiere ver vivo a Pol tanto como ella. Y siempre es mejor llevar algo con lo que negociar que aparecer sin nada.

—Está bien —dice—. Pero date prisa.

Elías acelera todavía más.

Han tardado apenas 10 minutos más en llegar al lugar indicado. Tras pasar por el bufete, pusieron rumbo a las vías del tren donde encontraron el cuerpo de Bruno. Ha dejado de llover, pero el lugar está repleto de charcos y es prácticamente intransitable.

—No va a venir nadie —dice Elías—. La gente que ataja por aquí se conoce el terreno y sabe que no podrán vadear esta zona si ha llovido tanto.

Es domingo por la mañana. A Alicia no le preocupa eso porque cree que nadie tiene previsto pasar por allí a esas horas. Tal vez algún vecino despistado sacando a pasear a su perro, pero como dice Elías, a nadie le apetece meterse en arenas movedizas. No, allí están solo ellos.

Elías apenas tarda unos minutos en subir y bajar del bufete. A la vuelta lleva un maletín negro y se ha puesto una corbata. Alicia sabe que ha salido su esposo, pero ha entrado el abogado.

Observa sus ojos. Está firme, concentrado en lo que va a venir. Si Santi Mur quiere pelea, no podía haber escogido a un adversario más peligroso.

Aguardan varios minutos sin que pase nada. La paciencia de Alicia está a punto de derrumbarse. Piensa que les han tomado el pelo, que jamás aparecerá por allí, que todo eso no es más que una estratagema para ganar tiempo y esfumarse para siempre. Un pensamiento horrible la asalta: ¿y si nunca encuentran a Pol? Ha escuchado historias de desaparecidos y todas son de pesadilla. Sabe que prefiere verlo muerto y darle un final que no saber dónde está. Necesita certezas, no incertidumbre, y aunque su ausencia sería la

prueba de una muerte segura, quiere saber.

Hace pinza con los dedos y se aprieta el puente de la nariz. Le duele la cabeza y apenas puede pensar con claridad, pero no puede dejar que sus pensamientos oscilen de un sitio a otro hasta volverla loca. Es el momento de centrarse por última vez.

El teléfono suena. Elías descuelga casi sin mirar. No dice nada, sino que espera instrucciones. Levanta la cabeza y mira alrededor. Sus ojos se quedan fijos en una zona lejos de allí.

—De acuerdo —dice antes de colgar—. Nos está vigilando.

—¿Dónde está?

—Me ha dado unas coordenadas —contesta Elías mientras señala en una dirección—. Allí hay un colegio en ruinas. Ese es el lugar escogido.

El colegio está casi hundido. Las lluvias de las últimas horas han dejado cantidad de goteras y charcos en su interior. Alicia camina con dificultad debido a sus tacones, pero avanzan despacio y eso ayuda.

—Mur dijo que entráramos por aquí —explica mientras se internan por el colegio—. A la derecha encontraremos un pasillo. Tenemos que buscar la clase 3A.

Siguen el GPS. Las coordenadas que les han proporcionado son precisas y los llevan por uno de los corredores de la planta baja. Alicia teme que Mur salga tras ellos, como en una mala película de terror, y la apuñale de nuevo. Las cicatrices de su espalda laten a cada paso que dan, cada ruido se convierte en una amenaza. Aprieta los dientes con fuerza y se recuerda que esto no va sobre ella, sino sobre Pol.

Alcanzan la clase 3A. El lugar es inmundo. El techo se ha venido abajo y deja al descubierto la segunda planta. Los pupitres huelen a estercolero y están astillados. Sobre ellos aún quedan grabados mensajes de los niños que estudiaron tiempo atrás, principalmente sus nombres. A su espalda, una pizarra yace en el suelo con su superficie agrietada.

—¡Aquí me tienes, Mur! —grita Elías.

Escuchan pasos. Alicia no sabe de dónde provienen, solo que se acercan. Lo siente cerca, casi encima de ella, y entonces se da cuenta de dónde proviene. Levanta la cabeza y a través del agujero del techo observa a Mur en

la segunda planta.

—Llegas tarde, querido profesor —dice con sorna.

Alicia ahoga un grito. En una silla de ruedas, atado con cinta de embalar, se encuentra un cuerpo semidesnudo e inconsciente.

—Pol...

Mur vuelve a ser el mismo de entonces. En algún momento se ha afeitado la perilla y se ha dejado solo un bigote imberbe. Lleva una gorra de lado y viste como cualquier otro chico de su edad, solo que su ropa parece arrugada y sucia.

—No trates de hacer nada, Elías. Para acceder a esta planta tienes que rodear todo el edificio. No llegarías a tiempo jamás.

Elías lo observa, duro. Ya contaba con algo así. Mur había decidido dónde iban a verse, y eso indicaba que iba a controlar la situación desde el principio. Y como dice, no puede intentar nada. Seguramente Santi tenga incluso un plan de escape si algo se tuerce en algún momento.

—No pensaba hacerlo —explica.

Observa a Pol. Sin duda lo ha drogado para que no se resista, pero al menos aún respira. Sabe que es su hijo porque está en buena forma. Bruno tenía atrofia muscular de no moverse, y sospecha que ese fue el motivo para que el tren lo atropellara, dado que ningún forense lo habría pasado por alto.

—Fijaos. —Mur los señala con el cuchillo—. El abogado, la jueza y el acusado. —Palmea a Pol—. Solo queda saber qué hará el jurado.

—Por favor, Santi —suplica Alicia—. Tienes que acabar con esto. Dinos qué quieres.

—¿Qué quiero? ¿Aún no lo sabes? ¡Charry murió por tu culpa!

Venganza. En eso se resume todo. No hay una gran conspiración, solo la posibilidad de hacerles daño matando a su hijo.

—Vosotros, los poderosos, os creéis intocables. No está mal que de vez en cuando venga un representante de las clases bajas y os demuestre que os equivocáis.

—Tus padres tienen dinero, Santi —explica Elías—. Pertenece al mismo círculo que nosotros, solo que no quieres creértelo.

Santi asiente, despacio. Elías sabe que no le gustan sus palabras, pero las encaja con estilo.

—Sí, soy como vosotros —contesta—. Por eso no me importa matar.

—Deja que Pol se marche —pide Alicia—. Te prometo que...

—¡Tus promesas me dan igual! —grita Mur—. ¿Y cómo sabes que no es Bruno?

—Tú me lo contaste —contesta Elías—. Te pregunté por Pol y me dijiste que no lo habías matado ni sabías quién lo había hecho. No podías mentir al estar drogado, así que ese es Pol. Déjate de juegos.

Santi niega con la cabeza. Elías lo está cabreando y es consciente de ello.

—Lo sabemos todo, Santi —prosigue Elías—. Descubriste que Pol tenía un hermano gemelo gracias a que Héctor Castro está enfermo. Aprovechaste un permiso para atropellar a su cuidadora, de forma que su sustituta no sospechase ante la orden falsa de traslado. Lo que no entiendo es cómo te aliaste con Barros.

—La necesidad lleva a tener extraños compañeros de cama, ¿no crees? Necesitaba a alguien que ejecutara mis órdenes desde fuera, y Barros fue fácil de manipular. Él busca venganza tanto como yo, así que aceptó sacar a Bruno de la residencia y secuestrar a Pol. Fue idea suya darle matarile al vegetal. Lo consideraba un acto humanitario.

—Ese hijo de puta... —gruñe Alicia.

—En prisión fantaseaba con matar a Pol, así que imaginad mi alegría cuando descubrí que podía hacerlo dos veces.

—Pol era tu amigo. ¿Cómo puedes hacerle esto?

—Él me traicionó. Decidió de qué parte estaba y tomó partido. Es tan culpable de la muerte de Charry como lo sois vosotros.

—¡Charry se suicidó! —grita Alicia.

Santi sonrío con amargura.

—Y, por lo que he visto en las noticias, Pol también.

—Esto no va de Pol —interrumpe Elías—. Es a mí a quien quieres.

—Tenemos el ego un poco subido, ¿no, profe?

Elías camina por la sala. Mur se pone nervioso al verlo moverse y se atrinchera tras Pol, con el cuchillo preparado por lo que pueda pasar. Elías necesita que Santi se quite la careta y muestre sus verdaderas cartas, y solo tiene una forma de hacerlo.

—Matar al padre —dice.

Mur niega, divertido.

—¿Otra vez con lo mismo?

—Matar al padre —repite—. Se trata de eso, ¿verdad?

—¿Ahora eres mi padre?

—Acabas de decir que eres un asesino igual que yo —continúa—. Eso me convierte en tu creador. Si no hubiera sido por mí, ahora estarías estudiando otra carrera y ni te plantearías matar a nadie. Sí, Santi, soy tu padre por mucho que te joda.

Elías regresa sobre sus pasos y se centra en Mur.

—Quieres ser como yo, pero no vas a poder —prosigue Elías.

—¿De qué estás hablando?

—Buscas vencerme, y para ello necesitas derrotarme con mis propias reglas. Solo así obtendrás satisfacción.

—Tú nunca juegas según las normas.

—Acepto que tu plan era bueno, pero debes tener algo claro: cualquier cosa que hagas me parecerá una mierda.

Santi se irrita. La mano se tensa sobre el puñal. Alicia aguanta la respiración ante lo que está por venir.

—¿Una mierda? ¿Crees que mi plan es una mierda? He matado a Pol y ahora voy a volver a hacerlo.

—Muy audaz, pero sí, me parece una mierda. ¿Y sabes por qué? Porque hagas lo que hagas, yo lo habría hecho de otra manera. Por eso da igual lo que intentes, todo será basura a mis ojos.

—¡Te libraste de ir a la cárcel por suerte! —grita Mur—. ¡Suerte, joder! La casualidad estuvo de tu parte, pero yo he mejorado eso y desde el principio lo tuve todo bajo control. Eso no es una mierda.

—Intentas ser como yo, pero no te das cuenta de todo el viaje vital que he tenido que hacer hasta llegar a donde estoy. Y te comprendo, yo me dedico a esto, pero quieres correr antes de saber andar. Tienes madera, pero te falta mucho por aprender.

Santi mira a Elías con odio, pero a este le da igual. No ha mentado: todo lo que haga Mur él lo puede mejorar diez veces.

—Antes has dicho que esto era un juicio —recuerda Elías—. La juez, el abogado, y el jurado. Lo que no entiendo es para qué nos has traído aquí si ya has tomado una resolución.

—¿De qué vale ganar si no se puede disfrutar de la victoria? —dice—. No me vale con matar a Pol. Necesito ver vuestras caras retorcerse de dolor igual que yo vi la de Charry mientras moría.

—¿No quieres saber lo que tengo que decir? —pregunta mientras abre el maletín.

—¿Más papeles impregnados en droga? —Mur le pone el cuchillo en el cuello a Pol—. Ya hemos pasado por eso, profe.

—No, Santi —contesta, sacando un dossier—. Tengo una oferta para ti.

Alicia intenta pasar desapercibida. Si Elías tiene un plan, espera que sea efectivo, porque ella no tiene ninguno. Contaba con que sería difícil convencer a Mur, pero también esperaba poder pararlo antes de que hiciera daño a Pol. Observa a su hijo, tan cerca y a la vez tan lejos. Se consuela pensando que, con suerte, Mur no haya aprendido a apuñalar en prisión y Pol resista lo suficiente para ir a un hospital. Ella lo consiguió, y él es más fuerte. Sí, confía en su pequeño.

—No tienes nada con lo que negociar, «padre» —se burla Mur.

Elías levanta la mirada. Su pose es seria. Sin duda, está actuando como un abogado.

—Lola.

Mur se encoge de hombros.

—Mátala si quieres. Me da igual.

—No se trata de eso, Santi. En realidad, como has dicho antes, no tengo nada con lo que negociar. Sí, tienes a Pol, pero debes entender que ya he llorado su muerte.

—Entonces, ¿por qué nombras a Lola?

—Ella me sirve de ejemplo para demostrarte una cosa.

—¿El qué?

—De lo que soy capaz.

Mur se tensa y Alicia lo ve. El chico es pura dinamita. Hace dos años lo vio abalanzarse sobre Pol como una fiera y le partió la cara por varios sitios. Santi es voluble, impaciente y agresivo. Su talón de Aquiles es a la vez su mayor peligro.

—Nada de lo que digas salvará a Pol —prosigue, levantando la barbilla de Pol y colocando debajo el cuchillo.

—Lo sé y lo acepto. De hecho, no puedo hacer nada para que no lo apuñales. Es tu decisión, tú manejas el arma.

Deja de hablar y mira a Mur. La pelota está en su campo, es el momento de actuar. Alicia siente cómo el tiempo se condensa, el aire de sus pulmones

trae un regusto amargo y su visión se llena de pequeños puntos brillantes. Pero Mur no se mueve. Espera a ver qué tiene que ofrecer Elías.

—Estamos jugando tu partida, con tus reglas —prosigue Elías—. No puedo darte órdenes. Lo que sí puedo hacer es contarte lo que ocurrirá después.

Alicia aguanta la respiración. No ha querido ni pensar en qué pasaría si muere Pol, pero parece que Elías sí lo ha hecho. Por un momento se plantea si su marido quiere salvar a su hijo o solo vencer a Santi Mur. Por mucho que diga, en el fondo admira el desparpajo del joven, capaz de montar una trama así en tan poco tiempo y con todas las dificultades que tenía. Pero no puede morir, Pol no puede morir.

—Primero, mataré a tus padres —dice Elías—. Los acogeré en el bufete de abogados para llevar el caso de tu desaparición. Créeme, aceptarán encantados. Y, una vez confíen en mí, acabaré con todo su patrimonio.

Alicia no puede creerse lo que oye. Lo que hace Elías va en contra de cualquier estrategia negociadora. Amenazar con represalias no va a funcionar en alguien como Mur.

—Los dejaré en la ruina, Santi. Tengo mil formas de hacerlo, unas más lentas y otras más veloces, pero creo que me tomaré mi tiempo con ellos. — Enseña un expediente con fotos de sus padres—. ¿Sabías que tu padre se operó del riñón? ¿O que tu madre realiza donativos a la Iglesia? Conozco sus vidas mejor que tú, Santi. Así que no dudes de que iré a por ellos hasta que no tengan nada y, cuando estén al borde del suicidio, los mataré.

El tono de Elías es calmado y pausado. No hay ira en sus palabras, solo la constatación de que algo muy grave sucederá cuando muera Pol.

—Tú verás esto desde el agujero donde decidas esconderte. Sabrás que la explosión de gas en la vivienda no fue un accidente, como dirán los medios y los bomberos. Tú, solo tú, sabrás la verdad.

Hace otra pausa. Alicia no las tiene todas consigo. Puede que Elías sepa actuar ante un jurado o dar una clase magistral, pero la situación que están viviendo es mucho más. Está en juego la vida de Pol, su futuro como familia e incluso lo que les queda de cordura, que en caso de Elías parece poca. Alicia levanta la cabeza y ve a Mur en la misma posición.

—Me da igual —responde—. Mis padres son unos gilipollas.

—Reyes —interrumpe Elías.

Santi se muestra abrumado. No esperaba que Elías pronunciara esa palabra.

—¿Qué tiene que ver la asistenta de mi familia con esto?

—No me entiendes, Santi. Si matas a Pol, no me quedará nada. Mandaré a Julieta a un internado y me dedicaré en cuerpo y alma a destruir tu vida. Mataré a todos los que te conocieron, desde tu primera novia hasta tu compañero de instituto. Y eso incluye a Reyes.

Elías saca otro informe. En él aparecen varias fotos de Reyes cogidas con un clip por la esquina superior.

—Estás enfermo...

—Acabaré con todos los que te conocieron. —Elías saca otro informe y se lo muestra a Mur antes de lanzarlo al suelo—. Los arruinaré, los humillaré públicamente y, si quiero, los mataré. —Un nuevo dossier, en este caso de una chica joven que Alicia no reconoce—. A todos, Santi. No descansaré hasta que llegue el día en que nadie se acuerde de ti. —La tercera carpeta que lanza al suelo muestra a un equipo de fútbol universitario—. Será como si nunca hubieras existido, nadie recordará tu cara ni tu nombre.

Elías va lanzando más y más fotos al suelo para que las vea Mur. Gente joven, adultos, ancianos e incluso algunos niños. La cara de Santi va tornándose roja por segundos. Una vena se hincha en su frente y empieza a palpar. Alicia sabe que la presión puede con él y la salida fácil es matar a Pol.

—Santi, tienes que dejar libre a Pol —le suplica.

—Ni hablar —contesta sin mirarla.

—Acepta esto como un empate, no como una derrota —dice, maternal—. Hemos enterrado a un hijo, hagas lo que hagas ya has ganado.

Esta vez sí gira los ojos en su dirección. Están vidriosos. Las palabras de Elías le han afectado más de lo que le gustaría reconocer. Respira con prisa y el filo tiembla en su mano, amenazando con degollar a Pol por accidente.

—Márchate lejos —prosigue Alicia, haciendo el esfuerzo de prever el futuro—. Vive tu vida. Aún eres joven. A nosotros nos dejarás el miedo a que vuelvas a aparecer y no podremos descansar pensando que le pueda ocurrir algo a Pol. Esa será tu victoria.

Elías lanza la última carpeta y se desparraman más fotos. El suelo ha quedado alfombrado de rostros desconocidos para todos excepto para Santi. Alicia piensa que su marido ya tenía previsto amenazarlo cuando saliera de prisión, pero ha decidido jugar esa baza ahora.

—Esas son tus dos opciones, Santi —dice Elías—. Como te he dicho antes, eres tú quien decide. Pero, por si acaso, he traído esto.

Elías muestra el maletín abierto. Dentro ya no quedan expedientes, sino que está repleto de billetes de todo tipo, tanto grandes como pequeños. Mur lo observa desde su atalaya, sin soltar el cuchillo ni un instante.

—Medio millón. Con esto tienes de sobra para desaparecer y trazar un plan mejor. Deja a Pol y vete, o mávalo y acepta las consecuencias.

Elías se agacha y cierra el maletín.

—Tu plan no era malo, pero te has precipitado en su ejecución —dice mientras le echa los cerrojos de seguridad—. Estas cosas llevan tiempo, Santi, y eso es lo que te estoy ofreciendo. Tiempo para que aprendas, para que seas más listo con los años, para que puedas pensar cómo matar al padre de verdad y no solo intentarlo.

Mur no reacciona. Alicia sospecha que tenía varios planes en mente por si fallaba todo, pero que marcharse con medio millón y la promesa de Elías de no tomar represalias no se encontraban entre ellos.

—De lo contrario, yo sí me tomaré mi tiempo en ir desmontando tu vida persona a persona hasta que no quede nadie. Ya has visto lo que he hecho con Lola, así que imagina lo que haré con planificación y sin miedo a perder.

Elías agita el brazo en el que sostiene el maletín y lo lanza al piso superior donde aguarda Mur.

—Cuando regreses, serás más listo y estarás más preparado. Y yo seré un viejo, Santi. Más fácil no te lo puedo poner.

Mur no dice nada. Alicia sabe que está debatiéndose entre sus emociones, que le dictan matar a Pol, y su mente racional, que comprende que su mejor opción es agarrar el dinero y huir. Es el momento de presionarlo un poco más.

—Siempre viviré aterrada por lo que le pueda ocurrir a Pol —añade Alicia—. ¿Era eso lo que querías? A Julieta la podemos mandar a estudiar al extranjero, pero a Pol no puedo protegerlo. Me lo has demostrado.

Los ojos de Santi van del maletín a las fotos del suelo, y de vuelta a Elías.
Mucha información y poco tiempo para decidirse.

—¿Y bien? —pregunta Elías—. ¿Qué escoges?

En el lenguaje jurídico, a esto se le llama un «acuerdo entre las partes». Se evita la sentencia del juez y se ahorran los costes del juicio. En principio, salen ganando todos.

Elías ha hecho su exposición. Se ha mostrado claro y contundente. Para él, Pol ya ha muerto. Y, en cualquier caso, la decisión no depende de él. En lo que sí puede influir es en lo que va a ocurrir después. Santi tiene que baremar ambas posibilidades y tomar un camino: matar a Pol, o prepararse mejor y matar al padre. Su destino está en su mano.

—Normalmente este tipo de ofertas tienen un plazo para aceptarlas o denegarlas —explica Elías—. Pero creo que nosotros tenemos algo más de prisa, ¿no, Santi?

Mur aprieta la mandíbula con fuerza, al igual que el cuchillo. Elías se mantiene firme, pero por dentro solo desea que tome la opción adecuada. Santi sabe que Elías habla en serio. Le ha mostrado los dosieres de toda la gente a la que va a matar si acuchilla a Pol. Lleva planeándolo desde hace tiempo, no es ningún farol.

—Todo acto tiene sus consecuencias, Santi —prosigue—. Pero también su recompensa.

—¿Qué me impide matar a Pol y llevarme el dinero? —pregunta.

—Nada —dice Elías—. El medio millón ya es tuyo. Al igual que la decisión que tomes. Yo no puedo hacer nada.

Se escucha una sirena de fondo. No se acerca, sino que se aleja, pero todos los presentes se ponen tensos. Elías reconoce que es el momento de atacar.

—¡Vamos, Santi! —grita—. ¿Vida o muerte?

—Elías... —Escucha la voz de Alicia.

—¡Demuéstramelo! Mata al padre.

Pol se remueve en la silla de ruedas. Los ojos de Santi Mur son fríos y tiene algunos capilares rotos, mostrando sangre en la mirada. La mandíbula se cierra como un cepo, el puñal tiembla en su mano. Quiere matarlo, y Elías lo sabe. Odio irracional frente a una mente calculadora, pasión contra

reflexión, el corazón en conflicto con el cerebro. Y Elías de pronto se siente perdido, sin poder hacer nada más, en manos de Santi Mur. Le gustaría que le escuchase, que luchase contra su instinto asesino, que deje en paz a Pol, que deponga su actitud. Ya ha ganado. Bruno está muerto y ellos destrozados. La duda nada en el lóbulo frontal de Mur, pero aún le falta un pequeño empujón.

—Lola está viva —dice Elías.

Mur lo observa desde los cielos. Elías sabe que no le cree.

—No me atrevía a matarla —explica—. La Policía no es tonta. Solo la asusté lo suficiente para que te delatase. Si miras la foto verás que respiraba, que tenía los ojos abiertos y miraba a la cámara.

Pol se remueve de nuevo. El efecto de los narcóticos está desapareciendo. Es el final de la cuenta atrás.

—No es tarde, Santi —repite—. No me obligues a matarla.

En ese momento algo cambia, pero Juan Elías no sabe si es a favor o en contra. La mirada de Mur se incendia y aprieta aún más fuerte los puños.

—Eres un hijo de puta —dice—. Que te jodan, Elías.

Mur empuja la silla de ruedas de Pol. Es un gesto leve, pero suficiente para que se deslice hacia el foso donde están ellos.

—¡No! —grita Alicia, abalanzándose hacia el lugar donde va a caer.

Elías va junto a ella. La silla se despeña y queda suspendida en el aire un segundo eterno. Alicia y Elías están debajo con los brazos estirados. Saben que es imposible parar el golpe, pero al menos lo amortiguarán a costa de sus vidas.

El impacto es terrible. El cuerpo de Pol cae sobre ellos y los derriba. Elías siente cómo el tobillo se le dobla y un ardor intenso se instala en el pecho. La adrenalina hace que no se desmaye. Palpa alrededor y se da cuenta de que está bajo la silla. Alicia ha caído a su lado. Pol sigue atado con cinta adhesiva.

Entonces abre un ojo.

—¿Dónde estoy?

Alicia le besa entre lágrimas. Elías se ríe y el dolor de su pecho va en aumento. Mueve la cabeza hacia atrás y mira al cielo.

Mur ha desaparecido. Y también el maletín con el dinero.

No le importa.

Ya no le importa nada.

Cuando Giralt llega al colegio abandonado, no se cree lo que ven sus ojos: Pol Elías ha resucitado.

Su corazonada era cierta y la realidad era que nunca murió. Lo que empezó como un caso claro de suicidio se había convertido en un asesinato, pero la víctima no era la que todos sospechaban. Ahora tenían un cadáver sin identificar, que además habían incinerado, y al presunto muerto de nuevo entre los vivos. Además, cuando empezó todo, el asesino estaba en la cárcel y ahora andaba libre y en paradero desconocido. Sí, sin duda habían sido unas horas de locura, pero Giralt confía en que todo esté llegando a su fin.

La lluvia ha vuelto a aparecer. Las ruinas del colegio están rodeadas de curiosos con paraguas que observan los coches patrulla y las ambulancias allí reunidas. Giralt se abre paso hasta una de ellas.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunta a la médico que atiende a Pol.

—Pierde y recupera el conocimiento —contesta mientras comprueba el gotero—. Tenemos que llevarlo al hospital y hacerle análisis para saber con qué lo han drogado.

—Sí, pero además de eso.

La médico es joven y parece que todo eso también le viene grande. Giralt no la culpa. Todos están desconcertados.

—Un par de heridas menores debidas a la caída, pero nada grave.

Giralt asiente y se aleja. Es mejor dejarles hacer su trabajo, sobre todo porque el suyo todavía no ha terminado. Camina hacia otra de las ambulancias, donde atienden a Juan Elías y a Alicia Castro. Su gesto es cansado, pero también halla alivio en sus miradas.

—¿Cómo se encuentran? —pregunta.

Alicia le sonríe. Sí, sin duda es alivio lo que siente.

—Mi hijo está vivo —dice—. Estoy... feliz.

Un enfermero le venda el antebrazo y se lo inmoviliza. Juan Elías tiene una bolsa de hielo en el pie. Ambos tienen rasguños por la cara.

—Saben que tendrán que contestar un millón de preguntas, ¿verdad? Para

empezar, quién era el chico al que quemaron.

Alicia y Elías se miran durante un segundo. Giralt sabe que es imposible, pero juraría que se están comunicando de forma telepática.

—Es una larga historia, inspector —contesta.

Giralt saca su móvil y les muestra una foto. Es un pijama con el logo del hospital privado donde tenían ingresado a Bruno.

—Lo encontramos en el sótano de Villa Castro —explica—. Les llamé para avisarles de que íbamos, pero no me devolvieron las llamadas.

—¿Qué hacía eso ahí? —pregunta Alicia.

—Creemos que Santi Mur retuvo allí primero a Pol y luego a Bruno.

La expresión de los padres no cambia. Giralt los observa con atención. Esperaba al menos un poco de sorpresa ante la existencia de Bruno.

—Hemos visitado el hospital y nos lo han contado todo.

—Entonces, ¿por qué nos ha preguntado por su identidad? —dice Elías.

—Necesito saber lo que ustedes saben —contesta, firme—. Santi Mur sigue suelto. Ha matado a una persona y casi hace lo mismo con Pol. Y, sabiendo eso, deciden venir solos a este lugar para encontrarse con él.

Los reproches tampoco hacen mella en su coraza. Está claro que al rescatar a Pol se sienten satisfechos y todo lo demás no les importa, incluidas las opiniones del inspector.

—No tuvimos más remedio —dice Alicia.

A Giralt no le gustan las vaguedades. Puede llegar a comprender que la existencia de Bruno fuera un secreto familiar, algo que no necesitaban hacer público bajo ningún concepto. No han cometido ningún delito a ese respecto, y por tanto Giralt no va a entrar ahí. Pero la negociación con un asesino y secuestrador sí que entra dentro de sus competencias y no le gusta que unos padres aficionados hayan hecho su trabajo.

—¿Qué ocurrió ahí dentro? —pregunta el inspector.

—Ya se lo hemos dicho a sus compañeros —intercede Elías.

—Repítamelo a mí, a ver si así lo entiendo.

Todo ha terminado bien, pero sabe que le ocultan algo. Y no le gusta.

—Mur se puso en contacto conmigo —explica Juan—. Me pidió dinero a cambio de la libertad de Pol, así que vine y se lo di.

—¿Cuánto?

—Medio millón —dice—. He dejado el bufete en bancarrota.

—¿Y Bruno?

—Era su forma de vengarse de mí —interrumpe Alicia, a su lado—. Me culpa de la muerte de su hermana, ya lo sabe.

—Pero ¿por qué hacerlo pasar por Pol?

—Es un maniaco —prosigue ella—. Cuando creímos que Pol estaba muerto, nos destrozó. Y el muy psicópata esperó y esperó hasta dar un paso adelante y mostrarnos que estaba vivo, que el de las vías era Bruno. —Hace una pausa—. Nos tuvo a su merced. No pudimos negarnos a obedecer sus órdenes y entregarle el rescate.

De nuevo, hay cosas que no le cuadran a Giralt. La versión de Alicia Castro concuerda y es sólida, pero algo falla.

—No lo entiendo —dice—. Mur se fugó aprovechando un despiste. No parece que tuviera previsto pedir un rescate.

Elías se encoje de hombros.

—Nadie sabe lo que piensa Santi Mur. Incluso cuando le tenía en mi clase se comportaba de forma impredecible. Pregunte a sus amigos, seguro que le dirán lo mismo.

La ignorancia suele ser una buena estrategia para evadir preguntas incómodas, y Elías lo sabe. Giralt decide cambiar de dirección. Ya tendrá tiempo de investigar más a fondo lo que ocurrió en realidad.

—Barajamos la teoría de que tenía un cómplice, pero no sabemos quién es. —Giralt les clava la mirada—. ¿Les dijo algo?

Alicia niega con la cabeza muy despacio.

—Estaba solo.

—¿Sospechan de alguien?

—Si yo fuera usted —interrumpe Elías—, empezaría por sus compañeros de pabellón. Quizá se trate de alguien que conoció en la cárcel y que ahora esté en libertad. La gente hace lo que sea a cambio de dinero, y Santi Mur es un experto manipulando a las personas.

Giralt piensa que Elías también es un gran mentiroso, pero necesita pruebas, evidencias verificables ante un tribunal. Sospecha que no le cuenta todo lo que sabe, pero en este caso es la víctima y Santi Mur el fugitivo. No

tiene mucho con lo que presionarle.

—¿Santi Mur dijo algo? —pregunta.

—Bueno, se burló de nosotros. Quería vernos suplicar.

—¿Saben cómo llegó aquí? ¿Vieron su vehículo?

—Lo siento —se lamenta Alicia—. Quizá las cámaras de tráfico le puedan ayudar más que nosotros.

—¿Alguna pista de dónde puede haber ido?

Elías levanta la barbilla. Su gesto es desafiante, pero enseguida vuelve la serenidad contenida que suele transmitir.

—Santi Mur es un superdotado, tiene cuatro carreras, y está furioso —dice—. Ha burlado los controles, secuestrado a dos personas y asesinado a otra. Probablemente nunca lo encontrarán si no quiere que lo hagan.

Giralt entiende la frustración de Elías, pero también tiene que comprender que la Policía tiene sus métodos.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano —dice—. Buenos días, señor Elías, jueza Castro.

La lluvia arrecia y se levanta viento. La primera furgoneta de televisión llega en ese momento y una cámara sale de un salto. Empiezan a grabar y a preguntar a los curiosos allí cerca. Cualquier opinión, por disparatada que sea y venga de quien venga, será noticia dentro de unas horas.

Giralt se escabulle por un lateral y se dirige a su coche. Sabe que, por muy lejos que Santi Mur se marche, antes o después cometerá un desliz y lo atraparán. Entonces sabrán toda la verdad sobre ese asunto tan turbio.

La furgoneta huele a grasa y zinc. El tipo también tiene pinta de mecánico. Mur lo observa. Es calvo y tiene mugre en las gafas. Todo en ese asunto le parece sucio, hasta los implicados.

—Ve memorizando esto —le dice el conductor, pasándole unos papeles—. Te llamas Iván. Trabajas para Sarrión, una empresa de transportes.

El tipo continúa explicándole datos de su nueva identidad, pero a Santi no le interesan. Piensa en la dantesca escena en el taller cochambroso donde se cortó el pelo y le hicieron un pasaporte a medida. Ahora responde al nombre de Iván Mercadé y tiene una tarjeta que lo habilita como transportista.

—¿Adónde voy a ir? —pregunta.

—Ahora subirás a una pequeña embarcación. Está amarrada en el muelle 23, tienes que recordarlo.

—¿Y después?

—Tomarás rumbo hacia Formentera. A unas 30 millas marítimas te recogerá un barco más grande y te llevará a Túnez. Allí te daremos un nuevo pasaporte y podrás volar donde te dé la gana: China, India, Sudamérica...

La información que le pasaron en prisión era buena. El pasaporte parece real. Mur sospecha que lo han manipulado usando uno auténtico, de ahí la calidad. Todo parece en orden. El hecho de que no lo hayan entregado a la Policía le da confianza en esos desconocidos.

—¿Tú vendrás conmigo?

El calvo sonrío.

—Todos preguntáis lo mismo.

Llegan al puerto. La furgoneta se detiene y Mur desciende. El conductor le da las llaves del barco y las instrucciones. Santi sonrío. Se pregunta cuánta gente dará clases de patrón de barco, y él, sin tener ni idea, va a conducir uno. Le da las gracias al de las gafas y se marcha.

Mira alrededor con cautela. Ha modificado su aspecto, pero no sabe quién puede estar buscándole. No hay mucha gente en esa zona, pero camina lento para no llamar la atención. Lleva un petate con el dinero que le dio Elías. El

maletín lo tiró hace tiempo por miedo a que ocultase algún dispositivo de seguimiento. Los billetes son auténticos, los ha comprobado.

Avanza hasta llegar al amarre 23. La lancha es en realidad un barco pequeño, aunque a él le parece enorme. Sube con cuidado de no caer por la borda y observa que todo esté en orden. Los controles parecen sencillos: velocidad, marcha atrás para frenar y maniobrar y el timón para girar.

Va a desaparecer del mapa durante un tiempo. En su fuero interno se arrepiente de no haber matado a Pol. Le habría gustado ver cómo Alicia Castro se derrumbaba delante de él. La imagina tratando de taponar la herida de su hijo, sangrando a borbotones. Y mientras eso ocurre, él se la habría sacado y les habría meado desde arriba. Sí, así de sucio y rastrero, así de humillante y perverso.

Le gusta esa idea. Se siente poderoso realizando algo así. Lo anota mentalmente para cuando regrese. Porque lo hará. Elías amenazó con matar a todos sus seres queridos, y tras meditarlo mucho llegó a la conclusión de que le habría afectado. Le dolía lo de Charry, ¿cómo iba a pasar por alto la muerte de su padre? Había errado el objetivo. Tenía que ir primero a por Elías y luego a por el resto. Así sería todo mucho más sencillo.

Ahora tiene tiempo, dinero y más rencor que nunca, pero será paciente. Se instalará en algún lugar discreto, llevará una vida sencilla, sin lujos, y buscará un trabajo fácil que le deje tiempo para maquinarse su siguiente paso. Entonces, usando el dinero que le había dado, destruirá su vida desde la distancia. Esta vez no se expondrá, ni tampoco a sus seres queridos. Volverá y será peor. Mucho peor.

Mur observa el petate con el dinero en el suelo y piensa que se le puede mojar e incluso caer al agua en un mal giro. Ahí no está seguro. Antes de soltar amarras, debe colocarlo en otro sitio. Hay una puerta en el suelo que da a un pequeño camarote en la parte inferior del barquito. Mur agacha la cabeza para no golpearse en la estrecha entrada y es entonces cuando ve algo que lo descoloca por completo.

—Santi.

Juan Elías está dentro. Mur no es capaz de reaccionar. No puede creer que esté sucediendo eso. Es imposible que supiera que estaba allí. Ni siquiera se da cuenta de la pistola con la que le apunta a la cara.

—Dijiste que...

—Mentí —contesta Elías antes de apretar el gatillo.

Barros tiene los brazos entumecidos y siente pinchazos en las piernas. De vez en cuando estira el cuello en un intento de despertar los músculos de su espalda, pero cada vez le cuesta más.

No sabe el tiempo que lleva allí atado. Calcula que más de diez horas, pero no es fácil saberlo sin reloj ni ventanas. Los rusos no duermen, solo beben, gruñen y ríen. Unos entran y otros salen, pero ese local no parece tener más uso que el de blanquear dinero para la organización.

Barros lleva calculando sus posibilidades desde que lo atraparon como un novato. Si Elías no quiere que la cinta salga a la luz, tiene que liberarle. Es la única posibilidad. Aliarse con Santi Mur fue un suicidio, pero su plan parecía lógico en ese momento. Él le ayudó con Bruno, solo eso, y Mur le proporcionó la información que necesitaba para joder a Elías. Se han ayudado mutuamente, pero no son amigos, ni socios, y eso tienen que verlo. Es poli, no se atreverán a hacerle nada.

La puerta se abre. Heredia entra y mira a Barros con gesto apesadumbrado.

—Bien que me jode —dice—, pero Elías quiere que te soltemos.

—Ya era hora.

Heredia se pone a su espalda y empieza a cortar las bridas que lo mantienen sujeto a la silla.

—Pórtate bien, ¿eh? —le advierte—. Que yo no te he tocado un pelo y tú tienes las zarpas largas.

Barros no dice nada. Cuando se libera de la última brida empieza a abrir y a cerrar las manos con la esperanza de recuperar la circulación sanguínea en sus venas. Cada movimiento es una tortura, tiene los dedos hinchados y morados, apenas siente nada salvo dolor.

—Tengo las piernas dormidas —dice.

—¿Te traigo un despertador? Vamos, largo de aquí. No eres el único que quiere volver a casa.

Se incorpora con dificultad. Le pesa todo el cuerpo. Sus rodillas son de

plastilina y amenazan con tumbarlo. Se apoya contra la pared y poco a poco va avanzando hasta la puerta. No se ha dado cuenta de lo mucho que se meaba hasta que se ha incorporado, pero no piensa parar ni un segundo más en ese antro de mala muerte.

Alcanza la barra. Hay otros rusos distintos, también en chándal y con cara de pocos amigos. Podrían ser los primos o los hermanos de los que vio al llegar, o puede que los hayan clonado a partir del malo de *Rocky IV*. A esas alturas ya le da igual todo.

—Dile a Elías que ha decidido correctamente, pero que sigo teniendo la cinta en mi poder.

—¿La vas a entregar a los medios?

—Eso no te importa.

—Nosotros hemos cumplido nuestra palabra. Ahora te toca a ti hacer lo mismo.

Barros permanece en silencio. Primero toca salir de allí, lamerse las heridas, y buscar a Mur. Tiene que ponerse al día de lo que ha ocurrido mientras estaba secuestrado y trazar un nuevo plan. La grabación es su seguro de vida y Elías no hará nada contra él mientras eso no cambie. Todo el tema de su encierro en el bar no le servirá de nada y acabará entre rejas, que es donde debía de estar desde hace años.

—¿Y mis cosas? —pregunta.

Heredia se adelanta y le tiende la pistola. Barros duda si cogerla, pero los rusos no le prestan atención. Sospecha que está descargada, o simplemente saben que abrir fuego allí sería un suicidio de manual. Despacio, estira la mano y guarda el arma.

Paso a paso, Barros llega hasta la salida. La persiana está levantada y fuera llueve. Se sube el cuello de la chaqueta y sale al exterior.

Es libre. Ha vencido.

—Oye, Barros —le llama Heredia.

El policía se gira. Heredia se enciende un puro en la puerta.

—Santi Mur ha muerto —dice—. Está enterrado en una fosa en mitad del monte.

Barros acepta el golpe sin inmutarse. En realidad, le conviene que Mur esté muerto. Un problema menos del que preocuparse. Ahora solo le queda

salir de allí y joder a Elías.

—¿A mí qué me importa? —pregunta con desdén.

—Al parecer le dispararon varias veces.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque parece ser que los disparos se los hicieron con tu arma reglamentaria.

De repente, la pistola de Barros ya no es un objeto que le da seguridad, sino un trozo de hierro que cada vez pesa más.

—¿Quién habrá podido hacer algo así? —se burla Heredia—. Pero vamos, tú tranquilo, que si en algún momento aparece el cuerpo no te van a acusar de su muerte. Tú estabas aquí conmigo esta noche, tienes una coartada perfecta.

La ira hace que su cuerpo adormecido empiece a recuperar la fiereza de antaño. El odio que siente por Elías se multiplica por mil y solo piensa en hacérselo pagar, empezando por su socio allí presente.

Heredia sonrío y le señala con el puro.

—El trato es sencillo, pero como tienes la cabeza dentro del culo, mejor te lo explico. Nosotros nos ocuparemos de que Mur siga desaparecido y tú no haces pública la cinta de Ana.

Heredia se despide escupiendo a un lado y desaparece en el interior del local. Barros se queda un rato mirando la puerta mientras la lluvia lo empapa por completo.

Elías llega al hospital donde han ingresado a Pol. Alicia está junto a él, dormido sobre una cama. Viéndolo así, a Juan Elías le viene el recuerdo de Bruno. Pero no es él, es Pol, el mejor hijo que podría desear.

—¿Cómo está? —pregunta al llegar a su lado.

Alicia parece más cansada que nunca, pero al mismo tiempo nota su alivio por que todo haya acabado bien.

—Se despierta cada poco rato, pero luego vuelve a caer —explica—. Los somníferos que le dio ese desgraciado aún hacen su efecto, pero está bien.

—¿Sabe lo que ha pasado?

—Lo último que recuerda es que alguien le sorprendió en el parking por la espalda —dice—. Le he contado lo principal, pero no sé si lo habrá comprendido. Con las drogas en su sangre es imposible saber si está lúcido o confundido.

—Antes o después se enterará.

—Es adulto, Elías —corta su esposa—. Sabrá encajarlo. Y, en el fondo, esta experiencia ha sido menos traumática para él que para nosotros.

Elías asiente. Lamenta haberlos dejado solos tanto tiempo, pero necesitaba ponerle punto y final al asunto de Santi Mur. Acertó con su plan de fuga y pudo tenderle una emboscada final. De lo contrario, no habría vuelto a dormir jamás.

—Santi Mur no nos volverá a molestar —susurra.

Alicia asiente muy despacio. No hace falta que le cuente nada más, ella ya sabe lo que significan esas palabras.

—Aún tengo que asimilar lo que ha ocurrido estos días —dice ella—. Giralt ha vuelto a preguntar, pero no sé qué más decirle porque ni yo misma lo comprendo del todo.

—Debemos olvidarlo cuanto antes —contesta Elías—. Todo. Como si no hubiera pasado.

—¿Y el juez Santos?

—Alegaremos estrés postraumático. Lo importante es que Pol está bien.

—Durante este tiempo me he dado cuenta de los peligros a los que estaba expuesto. No puede ser que tus enemigos vayan a hacerte daño a través de los niños. Eso es imperdonable.

—Mur también iba a por ti, no olvides que intentó matarte.

—Ya sabes a lo que me refiero. Esos rusos...

—Se portaron como nuestros aliados —zanja Elías—. Igual que Heredia.

—Que tu mejor amigo sea el secuestrador de Julieta dice mucho de ti, ¿no crees?

Pol se remueve en la cama. Abre un ojo y los mira, cansado. Tiene los labios agrietados y aspecto decaído.

—Dejadlo ya... —murmura.

—¿Pol? —lo llama Alicia—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Por qué... por qué estáis siempre discutiendo?

Elías siempre tiene una respuesta preparada para todo, pero no sabe qué contestar a esa pregunta por inesperada y sincera.

—Vuestro hijo ha resucitado —prosigue Pol, esforzándose para no cerrar los ojos de nuevo—. ¿Qué más necesitáis para daros un beso?

Elías se ríe bajo la barba. Mira a Alicia, que también tiene una sonrisa en el rostro. Quizás es por la luz, o tal vez por el cansancio, pero al verla piensa que está más guapa que nunca.

La televisión ladra basura, como siempre:

—A continuación les ofreceremos nuevos datos sobre el increíble caso de Pol y Bruno Elías —dice Susana Martín, la carroñera del momento—. Y contestaremos varias incógnitas que todavía tienen en vilo a las autoridades. ¿Por qué los Elías Castro mantuvieron en secreto la existencia de un gemelo? ¿Quién ayudó a Santi Mur a escapar de prisión? Y, la más importante: ¿dónde se encuentra en la actualidad? Nuestra colaboradora Silvia González tiene nueva información que nos contará en unos minutos. Solo les adelantaré esto: Venezuela.

Pol apaga la televisión. Solo la ha puesto para comprobar si todavía hablaban de él. En realidad, odia todo lo referente a esos días que no existen en su cabeza. La resaca del somnífero le duró varias horas, pero el asimilar lo que ocurrió mientras dormía le llevará años. Trata de quedarse con las cosas buenas, como que la familia luchó por él cuando todo indicaba que era un suicidio. No hablan mucho de esto delante de él, pero sabe que Marc se partió la cara por Ana, que Ana luchó por su padre, y que su padre casi se deja la vida por rescatarlo.

Avanza por la casa y llega a la cocina. Han montado una barbacoa en el patio y él ha entrado por cervezas. Le ha costado separarse de Julieta. Su hermana se ha empeñado en dormir en su cama todas estas noches y él no ha podido negárselo. Sabe que lo hace para protegerlo, o esa es su intención.

Agarra un par de latas y regresa sobre sus pasos. Intenta no pensar en Bruno, aunque se dice a sí mismo que ahora podrá descansar de verdad. Lo que tenía no era una vida, y aunque su muerte le llena de tristeza, también ha supuesto una liberación para todos. Sí, trata de no pensar en eso para no sentirse como un desalmado. Tampoco le da vueltas al hecho de que Lola no le devuelva las llamadas. Tras lo de Santi perdieron relación, pero en el fondo la echa de menos.

Pasa junto a la estantería donde reposa la urna con las cenizas. Aún lleva grabada su nombre. Es raro contemplar tu propia lápida, ver cómo sería la vida cuando ya no estés. Sacude la cabeza para desterrar también esos

pensamientos. Hoy es un día especial: celebran su nuevo cumpleaños.

Sale al patio. Todos ríen y hablan entre sí. El sol luce en lo alto. Se siente bien al observar a su familia unida. Todos parecen haber enterrado sus rencillas. Alicia y Silvia están más unidas que nunca, e incluso Marc y Ana vuelven a llevarse bien. Heredia le enseña a Julieta a instalarse un juego en el móvil y nadie llama a la Policía por ello. Solo Marta Hess sigue como siempre, provocando escalofríos solo con la mirada. Ella no cambiará nunca.

Pol aguarda a unos metros. Le gusta espiarlos, verlos sin que se sientan observados. Elías, despacio, se acerca a Alicia y la toma de la mano. Ella no se aparta, sino que entrelaza los dedos con los de él. Pol sonrío.

Las tragedias unen o separan a las familias, pero los finales felices nunca se olvidan.